

HELIOS

❖ PEDRO GONZÁLEZ-
BLANCO ❖ JACINTO
BENAVENTE ❖ ❖ ❖ ❖

U NO de los escritores dramáticos que poseen más armonía, más encanto, es Jacinto Benavente. Hay en cada personaje que busca, en cada carácter que descubre, en cada ser humano que saca á escena, una fuerte saturación de vida intensa y ese *heroísmo trasplantado* del arte que está, según Hegel, «más alto que la naturaleza con toda la distancia que separa á la naturaleza del espíritu.» Demasiado conocedor del oficio para equivocarse sobre el alcance de una obra, pone á su imaginación el freno de su genio lógico y doloroso, y sabe, ante todo, conservar la sencillez de las cosas naturales y una elegancia de pensamiento y de expresión que le es peculiar.

Ha sido el más feliz de los innovadores en el teatro español contemporáneo. Descubrió con una ingeniosidad extraña, acciones artificiales que nacían, al parecer, de múltiples prejuicios, hasta tal punto, que todo su teatro—y en esto concuerdan Benavente é Ibsen—no es sino una serie de ensa-

yos encaminados á inquirir cómo y en qué medida podemos conformar nuestra vida social con nuestra vida interior. Nadie como él ha dicho cosas tan justas sobre criaturas tan falsas, y sus obras abren á los psicólogos el campo inexplorado de un teatro más humano, más complejo, acaso menos entretenido—al modo con que el vulgo interpreta esta palabra,—pero mucho más artístico, mucho más real.

Benavente marca un punto de partida en la literatura dramática, buscando tan sólo la vida, la vida que quiere extinguirse, la vida privada, reveladora de las mentiras que por todas partes nos rodean. ¿Qué importan las leyes, los códigos, los rigores de un mundo que limita su acción con estrechas fórmulas? El marido y la mujer no son entidades jurídicas: el matrimonio conserva en cada individuo sus pasiones, su alma; la naturaleza sus derechos, y los juramentos si ligan á la criatura social, no transforman á los seres en la intimidad. El hombre sigue siendo amante y la mujer querida. Quieren—como decía La Bruyère—constituir toda la felicidad, y si eso no puede ser, toda la desgracia de lo que aman.

Benavente es un dramaturgo que se entrega á sus *argumentos* apasionadamente, poniendo en ellos la experiencia de su sensibilidad y algo de lo permanente de su corazón. El arte para un alma delicada, puede llegar á ser una cosa temible. Los incesantes ataques de que es objeto el pensamiento, hacen del escritor un escéptico ávido de perfección, es decir, de verdad. La lenta y misteriosa tortura de las ideas que nacen límpidas y que de pronto se desvanecen; de las palabras que nos cantan al oído con ritmo vibrante y de repente

pierden todo su encanto; de las imágenes que nos deslumbran y súbito se borran, todo eso, á más del triste desencanto de las horas estériles, son tormentos que agostan no pocas veces la inspiración. De un amor puramente pasajero, transitorio y no apreciado como tal, sólo queda un recuerdo que nos hace sonreír, de un amor profundo queda una herida que, aun después de cicatrizada, no desaparece: basta evocarlo un instante, por corto que sea, para que el pasado resucite y el presente se conmueva dolorosamente. Así ama el autor de *Sacrificios* sus asuntos. Conoce las seducciones fáciles y adivina fácilmente los resortes que le asegurarán su posesión.

El teatro, se decía antes, es la representación de acciones y de grandes ideas que se adoptan. La vida es una sucesión de actos, de pequeñas acciones, muchas veces poco dramáticas, pero que determinan crisis violentas en los individuos. Es infinitamente más artístico hacer interesantes los hechos simples que tienen por móviles inmensos sufrimientos, que trazar á grandes rasgos la historia de acciones casi gigantescas llevadas á cabo por personajes casi inverosímiles. He aquí una de las grandes novedades del teatro de Benavente: el estudio del alma hecho por el alma. Menos interesante que los personajes es el argumento de las obras. Así comprendido el teatro requiere un estudio perfecto y original. Antes el diálogo parecía ser un medio. La última palabra de la frase llamaba á otra frase. A preguntas indirectas respondían contestaciones precisas, y el pensamiento del autor, imponiéndose al de los personajes, daba al lenguaje un cierto aspecto de conven-

cionalismo. En las obras de Benavente, por el contrario, las réplicas se suceden precisas, ligeras. Tal personaje no dice esto para que se le responda aquello; sigue con su idea fija interesándose en la conversación general y el diálogo adquiere una brillantez sorprendente, una seducción arrebatadora. Nada tan admirable como la armonía que preside á la formación del estilo y á la de los caracteres en las obras de algunos autores modernos, Benavente entre ellos, á quienes á diario se les imputa conocimiento escaso de los clásicos.

Verdad es que todas las obras de nuestro antiguo repertorio nacen de una convención que se erigió en soberana durante dos siglos. Este convencionalismo es la separación rigurosa de la tragedia y de la comedia, de lo serio y de lo agradable, de la risa y del llanto. Añadíanse á este convencionalismo otros que son su consecuencia. El teatro clásico pinta los caracteres más bien que los individuos. Estos caracteres se desarrollarían mal en la realidad ordinaria: nuestros clásicos los separan de ella. Poco cuidadosos de las épocas ó de las costumbres, hacen á sus personajes *contemporáneos de todas las edades*. Concentran en el tiempo y en el espacio los asuntos. Describen las pasiones al punto en que va á estallar una crisis suprema, y como una crisis es, naturalmente, algo rápido y violento, les bastan veinticuatro horas para exponerlas. De ahí las famosas reglas atribuídas á Aristóteles y que son de creación francesa; de ahí las tres unidades de lugar, acción y tiempo.

Benavente es un teórico recalcitrante. Su filosofía—sin metafísica, lógica ni moral, pero repleta de observaciones psicológicas—es enemiga del car-

tesianismo, y de buen grado concedería alma á los brutos y llamaría autómatas á los hombres. Inspirada por la ironía, ríe con soltura y se enternece con gracia, soportando tan sólo el bagaje ideológico de un hombre de esta época que repugnase las ideas profundas por miedo al pedantismo, y sobre todo á la fatiga.

A más de esto tiene Benavente toda la inmoralidad de un aficionado á puritanismos. Cínico—en el sentido antiguo de la palabra—profesa una religión, una metafísica de esta religión y cree ciegamente casi con fanatismo en eso que en tiempos menos duros y más religiosos se llamó el *αναγκη* y nosotros decimos *destino*. Esquilo, Sófocles, Lucrecio, todos los creyentes del paganismo sintieron el admirable placer de interrogar su misterio sin poder penetrarlo. El cristianismo lo consagra con la expresión consoladora de *Providencia* y los dos cultos inclinanse ante sus inexorables manifestaciones. Pero desapareció la sencillez llevándose consigo muchas de las creencias. La edad teológica había muerto y de sus despojos formábanse las religiones nuevas. Y en esta época en que todo se explicaba, en que se resolvían apuradamente, pero con lealtad, los problemas de lo incognoscible, tropiézase este fenómeno misterioso que no había desaparecido con las religiones muertas. Y como después de perdido el respeto á las ideas aun se guardaba, respeto á las palabras, el gran fenómeno, terrible é incierto, se llamó pomposamente *Destino*. Así este sentimiento inexplicado é inexplicable que tantas y tantas transformaciones ha sufrido, permanece á través de todos estos sacrilegios como el homenaje supremo al misterio. La idea deformada de

Esquilo á Benavente sigue arraigándose en el corazón del hombre. Divinamente hablando, se llama el Destino; humanamente considerado, la Esperanza. Benavente sacrificó á esta idea toda su filosofía. Dan algunas de sus obras esa sensación única de los pensamientos expresados con toda la emoción de una fé arraigada; se desprende de ellas un perfume de extraña poesía. Hasta podría considerarse tal idea como la expresión definitiva del pensamiento de Benavente, si Shakespeare no hubiese escrito la famosa frase que comienza así: *There is a tide in human businesses...*

De todos los sentimientos humanos que el romanticismo ha falseado, exaltándolos, ninguno como el amor. Porque el amor es de todas las pasiones la más difícil de mostrar al desnudo, como la verdad, y de pintar con verdad, como la vida. Siempre idéntico en su esencia, como en el fin que le ha prescrito la naturaleza—el amor, dice Schopenhauer, es el niño que quiere nacer—se presenta bajo todos los aspectos, toma todos los disfraces. Y la confesión, la declaración es la primera mentira del amor. El macho ha deseado siempre una compañera: en el estado salvaje se apoderaba de ella, y, cuando la civilización cristiana hubo dulcificado las costumbres, y la caballería, esa flor del feudalismo, impuesto al caballero el respeto á su dama, establecióse definitivamente que la fuerza rogase humildemente á la debilidad, que es también la belleza y la gracia.

La declaración de amor se reducía entonces á prometer perseverancia hasta la muerte: así se expresa en la tragedia clásica. La mujer se imponía entonces al hombre y podía con más facilidad

soñar el amor puro é ideal. La reacción era inevitable: la obra del realismo se propagó desde la novela de Galdós hasta el teatro de Benavente, que era al cabo el teatro el amor más la poesía. Hasta Benavente nunca había sido la mujer en el teatro la iniciadora, la vidente, la santa cecidadora del misterio, la que inspiró á Shelley aquellos versos que dicen:

Y never thought before my death to see
Youth's vision thus made perfect...
Y am not thine: Y am part of thee...

«Me molestan, dice Goethe en sus *Máximas y Reflexiones*, los que conceden demasiada importancia á la muerte de todo lo existente y se pierden en la contemplación de la nada de las cosas terrestres. ¿Acaso tiene nuestra vida otro objeto que hacer permanente lo pasajero? Pues bien; no podremos conseguirlo sino sabiendo apreciar lo uno y lo otro en su justo valor.» Los últimos versos del *Fausto* expresan la misma idea:

Alles Vergänglichliche
Ist nur ein Gleichniss;

«Todo lo que pasa no es más que un simulacro.» Sí; simulacro, imagen ó símbolo. Debemos unir el símbolo con lo que representa: debemos unir en nuestro espíritu lo pasajero y lo permanente; contemplar lo segundo á través de lo primero. Amémoslo todo; porque esto es lo único que nos acercará al Sér. No hagamos cosas muertas de estos simulacros, de estas apar encias, de estos símbolos. Revistámonos, por el contrario, de vida, de carne, de sangre; «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.» Goethe, mostrando la esencia incorruptible de lo que está sujeto á corrupción, ha sabido responder á Sackya-Mou-

ni y al *Eclesiastés*. Ciertamente que la antigüedad helénica, así como Goethe, amaban la tierra y sus goces tanto como el rey Salomón, pero jamás el miedo á la muerte les turbó el goce de la vida. Por el contrario, el abismo y las tinieblas aumentaban para ellos su encanto. Tal el negro del terciopelo realzando el brillo de los diamantes.

La tragedia, que es una contemplación profunda y atrevida de los aspectos más tenebrosos del destino humano, nació en el momento en que la civilización griega llegaba á su más alto grado de esplendor. La desesperación de Edipo es ciertamente más inmensa que la del *Eclesiastés*, y con todo este espectáculo, representándose frente al Partenón, en el teatro dedicado á Dionisios, dios del vino y de la alegría, sólo inspiraba al pueblo más feliz de la tierra el sentimiento de desafío de que habla Nietzsche y que el *Fausto* de Goethe provoca lo mismo que el *Prometeo* de Esquilo ó que *La Noche del Sábado* de Benavente: desafío á la vida y á sus misterios, á la muerte y á sus terrores; desafío compuesto, como la tristeza de Juan Jacobo, de la esencia de muchas, de demasiadas cosas. Y así la obra armónica de Benavente, fortalecida con la autoridad misteriosa de una estética, producto de la observación y del amor á la vida, va desarrollándose con esa pasmosa regularidad con que la Naturaleza trae siempre las estaciones y los años y los siglos.

Todo lo que ha sido criado obedece á una ley de sufrimiento y de necesidad. Mas cuando el bien redobla sus esfuerzos, el mal desaparece. No hay que olvidar que el bien es la única flor del espíritu. Benavente hace sobre este tema en sus obras observaciones singularmente lúcidas, pene-

trantes, agudas, expresadas con excepcional perspicacia en un tono de *humour* acre, trasvertiendo eso que llama Lemaitre el espíritu *chatnoiresque*, en un estilo que nada tiene de común con la jerga abstracta empleada por los filósofos.

En las obras de Benavente están implícitas ideas que pueden leerse en Schopenhauer. «Nunca hay un fin verdadero; nunca una satisfacción final; en ninguna parte una mansión de reposo.»

El aroma de un alma solitaria que el tiempo va entenebreciendo, pero que aún sigue respirando ternura, palpita en toda la obra como la melancolía del tiempo en las canciones viejas y olvidadas. Así en los jardines abandonados ocúltase una flor que en otro tiempo cuidaran manos aristocráticas y que vive aún arraigada á la tierra, conservando la eterna belleza de los días muertos en que el sol radiante del Mediodía irisaba la gota de rocío temblorosa sobre sus pétalos luccientes...



❖ RAMON PEREZ DE
AYALA ❖ SONETOS EN
EL GUSTO FRANCÉS ❖ RE-
DONDELAS Á LA MANERA
DE CARLOS DE ORLEANS
PRÍNCIPE Y POETA ❖ ❖ ❖



*Sonetos y redondelas,
redondelas y sonetos;
son los galantes minuets
que amaron nuestras abuelas,
son crujir de ricas telas
sobre los rígidos petos...
redondelas y sonetos,
sonetos y redondelas.*

*Ceremoniosas estelas
de lejanas pastorelas
son los rítmicos sonetos,
y son sutiles concetos,
discretar de secretos
las rítmicas redondelas.*

LUZ

*Eres luz dorada,
luz que Dios envía
cuando muere el día;
luz que derramada
en el alma mía,
tiene poesía
de una melodía
solemne y sagrada.*

*Tus vivos cambiantes
no hay en los brillantes
de la rica Ormuz.
Luz del lampadario
que arde en mi sagrario,
luz, luz, luz, luz, luz.*

PARISINA

*Parisina, Parisina,
la atracción de tu figura
ante mis ojos fulgura
como aparición divina.
Algo hay en ti que fascina
y extraño placer augura;
¡como tu escultura pura,
Parisina, Parisina!*

*Cuando rímas tus andares
al cruzar los bulevares,
mi alma tras tí se encamina.
Tus pies van sembrando amores
y á tu paso nacen flores,
Parisina, Parisina.*

VICTORIA

*Victoria, no es ilusoria
tu victoria; sin tu cara
divina, nunca yo hallara
en este mundo la gloria.
En el libro de mi historia,
allí donde yo triunfara,
hay una página, para
recordarte á ti, Victoria.*

*En mis luchas incruentas
como Musa te presentas,
me inspira tu nombre bélico
y la victoria me augura.
¡Te adoro, frágil figura
de cuadro prerrafaélico!*

NIEVES I

*He de labrarte una icona
en alabastro ó en plata.
¡Nieves I, nonnata
bajo el reino de Pomona!
Tu sien ceñirá corona,
tus hombros manto escarlata
é incensaré yo mi oblata
ante mi adorada icona.*

*Fuí tu paje y tu poeta;
canté á tu sonrisa inquieta,
á tu majestad divina,
y mi cincelado arte
querido ha inmortalizarte
en icona bizantina.*

NIEVES II

*Floreceste en mi camino
y eras frágil, vaporosa
y pálida: rosa, rosa
que ha sido de sangre ó vino.
Tú trazaste mi destino,
fuiste mi Musa y mi Diosa;
pero Erato la celosa
nevó luego en mi camino.*

*Marchitóse tu hermosura
y huyó tu débil fragancia;
mas supe con tu amor breve
que hay rojo tras la blancura,
que en hielo pasión se escancia
y que fuego funde nieve.*

BLANCA

*Mi amor es un pecado
y tú una absolución;
mi espíritu has domado,
Blanca de mi Aragón.
¿Qué súcubo ha acuñado
mi rojo corazón
con tu nombre plateado
que es una evocación?*

*¡Castísima azucena;
la sangre de mi peña
en tu blancor se estanca,
y mi alma por ti pura,
viste una vestidura
blanca como tú, Blanca!*

AMALIA

*Las huellas de tu sandalia
hacen florecer las rosas;
el oro de las mimosas
unge tus manos, Amalia;
hay una sangrienta dalia
entre tus crenchas sedosas;
y atrae á las mariposas
tu boca-clavel, Amalia.*

*Es fascinación, encanto
primaveral lo que siento
cuando hasta mí arrastra el viento
la fragancia de tu canto
y el sonido de tu aliento.*

TU BOCA

*Adoro tus labios gruesos,
voluptuosos y sensuales,
rojos labios orientales
que me sonríen traviesos;
languidecer quiero en esos
dos crepúsculos carnales,
que yo juzgo manantiales
nunca agotados de besos.*

*Mieles escancia en su copa
tu divina boca loca,
y cuando voy á beberlas
me brindas, mientras sonríes,
el oriente de tus perlis
en un lecho de rubíes.*

TU PELO

*Tu aurino pelo es el llanto
que vierte el sol al morir;
es oro rubio de Ofir
con destellos de amaranto,
y tiene el místico encanto
de un fondo de Patinir;
tu pelo aurino es el llanto
que vierte el sol al morir.*

*En un plinto de zafir
orlado de hojas de acanto,
cincelaré un áureo canto
que para ti he de escribir,
pelo rubio como el llanto
que vierte el sol al morir*

LA TURQUESA

*Turquesa opaca, turquesa
de triste y tibio fulgor,
símbolo eres del amor
de mi espiritual princesa;
con su mirada me besa,
su mirada de color
azul como tu turquesa
de triste y tibio fulgor.*

*Sus labios son una flor
de sangre, igual que la fresa,
y en su mirada traviesa
hallé tu monte Thabor
turquesa, opaca turquesa.*

MAESTÁ

¿Habéis visto «la cocota
Maestá», de Benavente?
El chorro cae y rebota...
en la concha de una fuente,
y su susurro riente
desgrana perlada nota.

— Esta ha sido «la cocota
Maes'á», de Benavente. —

En el mármol de la fuente
sobre la concha ya rota,
cae el agua gota á gota
sollozante, lentamente...
Admirable es «la cocota
Maestá», de Benavente.

LA MUSA NUEVA

La escena ha sido en Francia.
El Zeus del Parnaso
en un antiguo vaso
el néctar nuevo escancia.
Dilúyese en fragancia
su risa de payaso
y deja atrás de un paso
la retórica rancia.

Como Banville divino,
derramo un nuevo vino
en caliz principesco,
y hasta el Olimpo salto
en un muy noble y alto
rimar funambulesco.



❧ S. Y J. ALVAREZ

QUINTERO ❧ ❧ ❧ ❧

❧ ❧ EL CUENTO DE

LA HECHICERA ❧ ❧

❧ ❧ ❧ ❧ ENTREMÉS

PERSONAJES

.. MAGDALENA .. MARÍA LUISA ..

.. SEÑÓ LEANDRO .. JOSÉ

Alcoba blanca y pobre en casa de Magdalena, en Sevilla. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda. Al foro una ventana que da á la calle y cuyas vidrieras están cerradas. Junto á la ventana una cama, donde duerme María Luisa. Varias sillas, una cómoda y una mesa. Sobre la cómoda un cuadro con alguna imagen de la Virgen, ante el cual arde una lamparilla.

Es de noche. Cerca de la ventana, en la calle, un farol encendido

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA Y MARÍA LUISA

MAGDALENA. (*Arrojando con mimo y cuidado á María Luisa, que duerme*).—Hija de mi arma: ya se quedó otra vez dormidita... ¡Qué presiosa eres! Dios te bendiga y te dé más suerte que á tu madre, anger mío. (*La besa*.) Con er cuento de la hechisera se queda siempre cuajaíta... ¡Ay, lo que le gusta!... Lo escucha embelesá... Yo no sé lo que á eya se le habrá figurao eso de la hechisera. Er caso es que si no se lo cuento no se duerme. (*Se sienta junto á la ventana y suspira*.) ¡Ea! ¡A esperá á esos bigardones ahora!... Es mucho sino er mío: mi padre, borracho; por er vino se pierde; mi madre, que no lo despresa; mi cuñao... que ¡vamos ayá!... y mi marío... que ve una caña y es capaz de cantarle una saeta. Y cuidao que es bueno. Porque José es bueno... Quitándole la bebía... quitándole er juego... quitándole er tabaco... y quitándole que pa dí

á los toros empeña hasta la voz... es más bueno que er pan er pobresito. Lo que se dise en otras mujeres no piensa é; eso lo tengo á orguyo: pa mi José, no hay más que su Madalena. Pué que sea porque no tiene tiempo... (*Mirando por los cristales á la calle.*) ¿A yé? ¿Viene ahí?... (*Se ve pasar al señó Leandro, dando tumbos.*) No; no es José... Es er gandulaso de mi papá... Y me paese que viene como pa atravesá er río por sima un alambre. (*Se va por la puerta de la derecha del actor, y á poco se la oye discutir dentro con el señó Leandro, que trae una borrachera como para tres ó cuatro personas, y sobra vino.*)

ESCENA II

DICHAS Y EL SEÑÓ LEANDRO

SEÑÓ LEANDRO. (*Saliendo con Magdalena y hablando á gritos.*)—¡Qué monserga de que me caye ni que me cayel ¡Toas las noches hemos de tené la misma historia!

MAGDALENA.—¡Chssss!

SEÑÓ LEANDRO.—¡No quiero! ¿No estoy en mi casa? ¿eh? ¿No soy er jefe de la casa? ¿eh? ¿No soy yo er que suerta la guita pa pagá la casa? ¿eh?

MAGDALENA.—Sí, sí...

SEÑÓ LEANDRO.—¿Entonses á qué canastos me dises que me caye?

MAGDALENA.—Porque está dormida la niña, y se va á despertá el angelito...

SEÑÓ LEANDRO.—¡Que se despierte! ¡Soy su abuelo!

MAGDALENA.—Pos paese mentira.

SEÑÓ LEANDRO.—¡Pos es verdá!... Y esa niña es tuya porque yo he querío... ¿te enteras?... porque yo me casé con tu madre... Y yo me casé con tu madre exclusivamente pa que tú vinieras ar mundo... porque sí no yega á sé pa eso... ¡qué canastos me había yo de casá con tu madre!

MAGDALENA.—Bueno, sí; tienes mucha rasón... Caya y vete á la cama.

SEÑÓ LEANDRO.—¡Ahora sí me cayo! (*Chillando más*

que nunca.) ¡Me cayo porque se me pide por las buenas! Si no, ¡qué canastos había yo de cayarme! ¡Pero por las buenas me cayo! ¡me cayo! ¡ya lo creo que me cayo! ¡Leandro, á vé si te cayas!

MARÍA LUISA.—¡Mamá! ¡mamá!

MAGDALENA.—¿Ves? ¡Ya se ha despertao la pobresita!

SEÑÓ LEANDRO.—¡Que se despierte! ¡Soy su abuelo!

MAGDALENA. (*Metiéndolo á empujones por la puerta de la izquierda.*)—Anda, anda, anda...

MARÍA LUISA.—¡Mamá! ¡mamá!

MAGDALENA.—Ayá voy, hija mia; ayá voy:

ESCENA III

MAGDALENA Y MARÍA LUISA

MARÍA LUISA.—¡Mamá!

MAGDALENA. (*Acercándosele y acariciándola.*)—Si estoy aquí, tontiya: no te asustes tú. Anda, duérmete, gloria. Vaya, á serrá los ojitos... Er que gritaba era el abuelo, que venía... con un amigo de confiansa. No te asustes. Ea, ea, á serrá lo ojitos, y á dormí; hasta mañana si Dios quiere. ¿Se va á dormí mi niña, verdá?—Está asustaita, la pobre.—¿Qué quieres tú, reina, qué quieres tú? ¿Te cuento er cuento de la hechisera otra vez? ¿Te lo cuento? ¿Se lo cuento á mi niña? (*La niña asiente con la cabeza.*) ¿Que sí? Pos vaya que sea: se lo voy á contá mejó que nunca. (*Le da muchos besos.*) ¡Si no te tengo más que á tí en er mundo!...—Pos señó, este era un rey que vivía en un palasio de oro y plata, mu lejos... mu lejos... pasao er má... pasaos los montes... ¡más ayá der moro! Este rey, que no caresía de na en er mundo, no podía sé felí... Yorando se yevaba las noches enteras... ¿Y tú sabes por qué? Porque de su matrimonio con la reina, que era bonita como un só, le había salío un niño tan feo tan feo, que paresía un cangrejo boca arriba. La reina le aconsejaba ar rey que tuviera pasensia, que no yorara tanto por er niño, y desía que si era verdá que daban ganas e tirarlo, eya esperaba que se enmendase en er desarroyo. Pero er rey no

se fiaba de estas ilusiones, y estaba con er niño más escamao que un matutero. A la cuna iba á verlo toas las mañanas, y ca vez lo encontraba más feo; y tanto fué así, que dió en dudá de que aquer fenómeno fuera hijo suyo, y jasiendo pucheros de rabia amenasó á la reina con echarlo en la bersa er día menos pensao. La pobresita e la reina, que era más buena que una tasa e cardo, sufría y penaba en verlo tan emperrao y tan sin consuelo, y yegaba á desirle que si er niño era de Jesús y tres gorpes, quisá fuera á salí de é un rey mu santo y más sabio que er mismo D. Salomón. Pero er rey, fijo en su idea, desengañao de to lo que la reina le inventaba, acabó por jase de eya menos caso que de un prosperto. Y por si esto era poco pa la pobresita, cuá no sería su pena ar mirá por sus ojos que así como er niño iba cresiendo se afeaba que era un horró y sacaba las intensiones de un gato montés. Ar rey se lo yevaban los demonios na más e de verlo, y un día fué tan grande su indirnasión, que si la reina no se lo quita de las manos, intensiones tenía de ponerlo entre dos puertas y serrá de gorpe. Pos señó, que como no hay mar que dure sien años, er rey de tanto pená fué y estiró la pata, y la reina lo yoró seis noches seguías, y en er reino fué mu sentío, y le jisieron un entierro como si en vez de un rey se hubieran muerto media osena... (*Silencio. Contemplando á María Luisa.*) Ya está dormidita...

MARÍA LUISA. (*Saltando con gracia.*)—No.

MAGDALENA.—Ah, ¿no te has dormido? Como tenías los ojitos serraos, corasón...

MARÍA LUISA.—Sigue.

MAGDALENA.—Ayá voy, ayá voy. ¡Jesús, y cuánta saliva hay que gastá pa referí esta historia!

MARÍA LUISA.—Sigue.

MAGDALENA.—Pos señó, pasó er tiempo, y la reina, que se iba acostumbrando á la farta der rey, no se podía jase á mirá ar niño, que á los seis años le daba un susto ar miedo. Una gitana que lo vió un día, tan negro y tan canijo como era, fué y se dejó desí: «¡Ay er niño, que paese más que un prínsipe un corcho quemao!» Y así

estaban las cosas, cuando una tarde que paseaba la reina por sus jardines, y que er prínsipe iba delante de eya queriendo arcansá á un gato pa dejarlo rabón, se les presentó de pronto una negra mora, que vivía por aqueyos sitios, más mala que la rúa y con toa la cara de la maestra e tu colegio. Hate cuenta tú lo fea que sería la gachí. La reina prinsipió á temblá como la gelatina, porque sabía que aqueya mujé era hechisera, y ya iba á echá á corré y á gritá pidiendo aursilio, cuando vió que traía de la mano á un niño rubio como una espiga de los campos y más bonito que una oración. Farsiná se queó la señora y no pudo menos de compará en su pensamiento la cara de aquer luserito, con la cara de quinqué del arrastrao der prínsipe. Le preguntó la hechisera si le encontraba ar querubín que eya traía paresido con arguien, y lo mismo fué oirlo la reina que repará en que era to un retrato der rey difunto. No fué menesté más... La hechisera le declaró que er verdadero prínsipe era aqué, y er que corría detrás der gato el hijo suyo, y que eya una noche. resién nasíos los dos, los cambió pa probá si los reyes eran buenos padres. Porque á los hijos se les debe queré sargan feos ó sargan bonitos. Y dicho esto, la hechisera y er niño malo se vorvieron dos pájaros negros, uno mu grande y otro mu chico, y echaron á volá. La reina se fué á su palasio tan contenta, dándole muchos besos á su pimpoyo, refirió la historia, y hubo torneos y fiestas reales pa resibí ar prinsipito nuevo; y nadie más que eya se acordó der difunto rey, que por mar padre estaba en el infierno, y le resó una sarve con la idea de que le rebajaran de su pena siquiea dos tisonasos ó tres. Y colorín colorao, mi cuento se ha acabao y por la chimenea se fué ar tejao. *(Viendo si duerme María Luisa.)* Ahora sí. ¡Anger de Dios, lo que me jase charlá toas las noches!... *(Suspirando.)* ¡Ay! me he quedao seca. Voy á tomá una poquita de agua. *(Bebe de un vaso que hay encima de la cómoda. Dentro, en la calle, óyese ruido de cristales rotos.)* ¡Jesús! Ya está ahí ese. Un faró menos. ¡Miste que la manera de yamá! Y mañana, naturalmente, vorverá er guin-

diya der juzgao... ¡Ay, qué pasensia hase farta, Dios mío! ¡qué pasensial!... *(Váse por la puerta de la derecha. A poco entra con José, que no digamos que trae una borrachera como la de su señor suegro, pero que no le faltan dos copas para igualarla.)*

ESCENA IV

DICHAS Y JOSÉ

JOSÉ. *(Con voz llorosa y triste.)*—¿Me perdonas, mujé? ¿me perdonas?

MAGDALENA.—Habla bajo, que duerme la niña.

JOSÉ.—¿Me perdonas?

MAGDALENA.—Sí; te perdono, sí; pero ¿de ande vienes de esa manera?

JOSÉ.—De insurtá ar río, que está cresiendo una barbaridá. El agua en Seviya es la perdisión de los pobres.

MAGDALENA.—¡Miá si er vino que bebes se te vorviera sá, pa que te yevaras un año seguío pidiendo agua!

JOSÉ.—¡Agua, no!

MAGDALENA.—Agua, agua.

JOSÉ.—¡Agua no, Madalena, agua no! ¡To lo que tú quieras menos agua!

MAGDALENA.—Estás que te caes... Anda á dormirla pronto. ¿Pa qué demonios beberás?

JOSÉ.—Mujé, porque al agua le tengo tirria, y descartando al agua, si no bebo vino ¿qué ví á bebé? ¿aseite?

MAGDALENA.—Tienes rasón, José, tienes rasón: anda pa dentro, anda... anda á acostarte.

JOSÉ.—Pero ¿tú estás enfadá conmigo?

MAGDALENA.—¡Qué disparate, hombre!

JOSÉ. *(Muy afligido.)*—¡Sí! ¡sí estás enfadá! ¡Si yo soy un mal esposo! ¡si soy un sinvergüensa! ¿Pa qué bebo yo, teniendo una mujé que es una santa?

MAGDALENA.—Bueno, déjame á mí. Y caya, que se va á despertá la niña.

JOSÉ.—¿Pa qué bebo yo, teniendo ahí ese cacho e gloria?

MAGDALENA.—¿Quiés cayarte, José?

JOSÉ. (*Llorando.*)—¡No; si yo me porto mu malamente con ustedes! Madalena, déjame que te convide esta noche.

MAGDALENA.—No, no, muchas gracias.

JOSÉ.—Anda; que á ti también te gusta tomá una copita de vez en cuando.

MAGDALENA.—¿A mí, sinvergonsón?

JOSÉ.—A tí, á tí. Aunque no sea más que por simpatía.

MAGDALENA.—¿Quiés cayarte? Si á mí también me gustara bebé... esa criatura en vez de sé una niña, sería una uva en aguardiente. ¡Anda á la cama, pirandón!

JOSÉ.—Pos déjame que primero le de un besito á mi pimpoyo.

MAGDALENA.—¡En seguía! ¡Pa que la despiertes!

JOSÉ.—No la despierto, no.

MAGDALENA.—¡Vamos, hombre!

JOSÉ.—¡Déjame, Magdalena, déjame!

MAGDALENA.—¡Jesús!

JOSÉ. (*Logrando al fin acercarse á María Luisa.*)—¡Hija e mi sangre, qué desgrasiá has nasío, con este padre que es un pirata! ¡que es un criminá! (*Al agacharse para besarla está á punto de caerse al suelo. La niña se despierta.*) ¡Toma, hija mía, toma!

MAGDALENA.—Bueno está ya: vamos á la cama.

MARÍA LUISA.—¡Mamá!

MAGDALENA.—¿Ves tú?

MARÍA LUISA.—¡Mamá!

JOSÉ.—¿Pa qué bebo yo, pa qué bebo?

MAGDALENA.—¡Pa dormirla ahora! ¡Arsa pa dentro y no preguntes más! (*Lo empuja y lo mete por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA ULTIMA

MAGDALENA Y MARÍA LUISA

MARÍA LUISA.—¡Mamá!

MAGDALENA.—Aquí estoy, corasón, aquí estoy. No tengas miedo. Era papá... que ha venío también con el amigo de toas las noches.

MARÍA LUISA.—Ota vé

MAGDALENA.—¿Ota vé? ¿Qué quieres?

MARÍA LUISA.—Ota vé

MAGDALEMA.—¡Ah! ¿el cuento? ¿El cuento de la hechisera otra vez?

MARÍA LUISA.—Sí.

MAGDALENA.—¡Ya lo creo! ¡Si le gusta mucho á mi niña! ¡Vaya si se lo cuento yo! Oye, oye... *(En tono resignado y con cierta cómica conformidad.)* Pos señó: este era un rey, que vivía en un palasio de oro, lejos... mu lejos... más ayá der má... más ayá de los montes... mu lejos... *(Suspirando, como armándose de paciencia.)* ¡Ay, Señó! ¡que no venga mi cuñaito hasta mañana por la mañana!... *(Principia á caer el telón lentamente.)* Este rey tenía un hijo, que era er prínsipe, más malo que el asiba y más feo que corré con capa... cosa que ar pobre der rey lo traía mu desconsolao... Y susedió...



❖ CARLOS NAVARRO
LAMARCA ❖ JUAN PA-
BLO FEDERICO RICH-
TER ❖ ❖ «FIXLEIN Y
BLUMENSTUCK» ❖ ❖

JUAN Pablo, *el único*, como lo clasifica Carlyle; el inspirador de De Quincey, Póe y Víctor Hugo, es un espíritu colosal; de proporciones gigantescas, porque los elementos todos de su composición artística son vastos y geniales á través de su delicadeza y humorismo.

Es un intelecto agudo, impetuoso, intenso, adentrándose siempre, hecho para desmenuzar fábricas intelectuales arcaicas y extraer de sus escombros torrentes luminosos.

Abrillantan su prosa tonalidades innúmeras é irisaciones sin cuento; maneja lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande con la agilidad con que un juglar sus artificiosos cubiletes. Tiene, como Shakespeare, el raro privilegio de pintar unas cejas con la misma firmeza que dibuja montañas.

Ha subido los peldaños de la escalera de los genios y sabe el secreto de traducir las cosas en armonías.

Su *humour* es brillante y hondo, á veces irregular y exótico; pero siempre genuino y sincero; semejante al shakesperiano ó cervantesco, surge del amor y de la ternura, no de la frialdad de alma y el desdén escéptico, se identifica íntima y plácidamente con la naturaleza sin apelar á disloques macabros y amaneramientos de forma.

Su imaginación nos abre el mundo de los sueños; navegamos con él por océanos procelosos y espumantes; atravesamos abismos, y al hacerlo, los impenetrables secretos del espacio, del tiempo, del ser y del no ser, se

ciernen sobre nosotros en formas vagas y nebulosas que nos angustian y asedian como las dilatadas y relumbrantes pupilas de las gigantescas lechuzas rojas perseguían el alma del guerrero Azteca al atravesar el río de las sombras.

Aun los asuntos más vulgares los trabaja Richter con herramientas ciclópeas. Arranca á una verdad común sus antiguas formas y la presenta á nuestros ojos con aspectos nuevos y vibrantes. Reviste de palpitante humanidad sus más nímios personajes novelescos, y aunque los esculpa en cuatro rasgos, se destacan fuertes y enérgicos como si el martillo de Vulcano los forjara.

Nada hay vedado para el genio de Richter; penetra como soberano en los reinos del Arte y de la Ciencia, y descubre los arcanos de la Naturaleza como las hadas de Oberon, los Silfos de Tieck ó el Ariel de *La Tempestad* shakesperiana.

Penetra como profético vidente en lo más oculto de las inteligencias y en lo más hondo de los corazones. Es filósofo y moralista, poeta y apóstol.

Su *Autobiografía* es una historia de desengaños y lágrimas interiores; su *Siebenkaes*, hondo compendio de filosofía de la vida; su *Levana*, deliciosa escuela de corazones; su *Fixlein*, prodigio de humorismo genial, y su *Selina* (1), en fin, lamento desgarrador de un alma lacerada que al perder á su hijo pierde su mundo y se desploma, como se desplomó el rey Lear al estrechar delirante entre sus brazos el cadáver de Cordelia.

Abundan sus obras en visiones ultrahumanas y misteriosos símbolos que con deslumbrador parpadeo de luz desgarran la tenebrosa niebla de sus sueños de muerte para desvanecerse al punto en reflejos pálidos de formas vagas, pero sugestivas, que se hunden en el seno del quimérico infinito sin esencia.

Su originalidad es potente y amable. Prodúcenos sus

(1) *Selina* fué la última obra de Richter, escrita á raíz de la pérdida de su hijo Max, en quien cifraba todas sus esperanzas. Meses después murió (1824).

libros profunda sensación de asombro que por grados se convierte en reverencia y amor. Ocúltase su espiritualidad en las primeras lecturas; pero á medida que penetramos en su obra, la vemos resplandecer en toda su virilidad, honda y sublime, y exteriorizarse en melodías de ritmo genial y extraño que encerrar no pueden escalas críticas, ni pentágramas retóricas. Sus acordes son rugidos de tumultuosas cataratas, lamentos desoladores de condenados dantescos, acaso rumores de selvas prehistóricas sacudidas por geológicos cataclismos, acaso suspiros ardientes de almas sencillas y oscuras, nostalgias de paraísos. Es el Wagner de la prosa poética, desacorde para oídos débiles, hondo y majestuoso para intelectualidades atentas.

Difícil me sería caracterizar las obras del sublime escritor germánico, casi imposible analizarlas. Su factura artística no es fija y firme como la de Goethe, ni ática como la de Herder, ni batalladora como la de Carlyle, ni distinta y gramatical como la de Klopstock, ni pomposa y antitética como la de Schiller.

Difiere de la de todos sus coetáneos; es suya, genuina, originalísima, inimitable «richteriana» en una sola palabra.

Citaré como ejemplo algunos fragmentos que elijo por su brevedad, aun á pique de dejar de lado otros de mayor belleza.

Es el último atardecer primaveral:

.... «Cuando salí del bosque umbroso de acacias vacilantes en el que escribo este capítulo, hacia la luz vívida y esplendente, y miré al firmamento abrasado y á la tierra que bajo su fulgor florece, surgió ante mis ojos la Primavera como nube vasta y opalina, con esplendores de azul y verde tinte. Vi al sol descansar sobre rosas en el Occidente donde arrojado había su pincel de rayos, con el que durante el día decoró la tierra. Al mirar á mi alrededor, aun contemplé tibio su esmalte en las montañas; en la tierra las flores impregnadas de color vegetal se iban secando lentamente, resaltando entre ellas el

myosotis con sus colores de miniatura brillante. En el espejo luciente de los arroyos Helios había bosquejado su propia pupila... y se alejaba por el confín del horizonte arrojando una última mirada á la Primavera hermosísima, cuyas vestiduras son los valles, cuyas guirnaldas son los jardines y cuyo sonrojo es el atardecer vernal... ¡Cuando despierte será verano!..»

Hemos hablado de la fuerza imaginativa de Richter y de la sublimidad simbólica de sus sueños. Extractaré el más notable, el que tanto admira Carlyle, que lo transcribe íntegro en sus *Ensayos*, considerándolo superior en fantasía épica y espíritu bíblico á las más inspiradas estrofas de Milton.

Richter mismo, al mencionar en su *Autobiografía* la impresión que produjeron en su ánimo las célebres líneas de *La Tempestad*, de Shakespeare:

.... We are such stuff
As dreams are made of, and our little life
Is rounded with á sleep....

versos que dice hicieron surgir en su espíritu libros enteros, da al sueño cuyos fragmentos traduzco de la versión inglesa de Carlyle, y que las tales líneas shakesperianas inspiraron, excepcional valor sugestivo: «Si alguna vez mi corazón fuera tan desgraciado, dice, ó estuviera tan muerto que en él se hubiera extinguido todo sentimiento de la existencia de Dios, releería este bosquejo de mi sueño para aterrorizarme, y renacería la fe en mí.»

He aquí los fragmentos:

«El objeto de esta fantasía es la única disculpa de su atrevimiento.»

«Nadie en la creación está más solo que el que niega á Dios; gime con corazón de huérfano que ha perdido el más grande de los Padres, ante el cadáver de la Naturaleza, que ningún espíritu anima ni sostiene; gime ante ese cadáver, hasta que con él se desmorona en la tumba. El universo entero surge á sus ojos como la Esfinge pétreo de Egipto á medio sepultar en el arenal ardiente; y el

Todo, es la fría máscara de hierro de una eternidad sin forma.»

«Si oímos contar en nuestra infancia, que hacia la media noche, y cuando nuestro sueño invade los dominios del alma oscureciendo los ensueños mismos, se despiertan los muertos de sus tumbas y parodian en las catedrales desiertas el culto de los vivos, nos estremecemos ante la idea de la muerte por los muertos mismos, y en la soledad de la noche apartamos nuestros ojos de los elevados y silentes ventanales de la iglesia, temerosos de escrudiñar sus resplandores lívidos, por si distinta y más oculta causa que la luz lunar los produjera.»

«Las sensaciones de terror toman alas y fulguran en los ensueños de la niñez, más á menudo que sus encantos, brillando como fuegos de artificio en la noche de su alma.... ¡No extingais estas rutilantes chispas!... Dejados nuestros sueños dolorosos y oscuros como símbolos, ó reflejos pálidos de ultrahumanas realidades. Con nada podréis sustituir en nuestra alma estos sueños que nos apartan de los torrentes tumultuosos, llevándonos á la planicie tranquila de la niñez, donde aun se desliza suave y plácida la corriente de la vida en su pequeño cauce, espejo entonces cristalino del cielo, y que más tarde avanza acelerado hacia el abismo.»

«Reposaba al sol una tarde de verano y me sorprendió el sueño. Despertóme el vibrante son de las campanas del reloj. Daban las once. Busqué el sol en el cielo vacío de la noche, suponiéndole velado por la luna en un eclipse. Todas las tumbas estaban abiertas y los férreos portones del osario oscilaban movidos por manos invisibles. Dibujábanse en las murallas sombras que de nadie procedían, alargándose y surgiendo otras en la atmósfera pálida.»

«Sólo los niños dormían en los sarcófagos abiertos. Sobre el firmamento todo, colgaba en largos pliegues una niebla gris y sofocante que, empujada por una sombra

pavorosa y gigantesca, se acercaba más y más abrumadora y ardiente.

»Oí sobre mi cabeza la caída distante de las avalanchas; sentí á mis pies los primeros estremecimientos de un terremoto sin límites:

»La iglesia subía y bajaba en dos disonancias interminables y angustiosas que entre sí luchaban, pugnando en vano por acompasarse.

»Pasaban de cuando en cuando por las ventanas resplandores cárdenos, y á su paso se derretían y caían hirviendo el plomo y el hierro de sus esqueletos.

»El velo de nieblas y la tierra tremante me arrastraron hacia aquel horrible templo, á cuyas puertas y en dos grandes estanques procreaban basiliscos.

»Atravesé entre sombras desconocidas impresas con huellas de siglos. Todas se apiñaban alrededor del altar vacío, y sus pechos sin corazón latían y se agitaban.

»Uno solo de los muertos recién sepulto, yacía tranquilo en su ataúd; sin que su pecho se agitase; reposaba su faz con melancólico sueño; pero al entrar un sér viviente, despertó, apagóse su sonrisa y levantó sus pesados párpados... No tenía ojos, y en su oscilante pecho descubría una herida en vez de corazón... Levantó sus manos para juntarlas en actitud de plegaria, pero sus brazos se alargaron y se disolvieron, y sus manos cayeron al juntarse.

»Arriba, en la cúpula de la iglesia, veíase el cuadrante de la *Eternidad* donde no aparecía número alguno y que era su propio horario.

»Surgió de pronto una forma majestuosa y nobilísima y se encaminó hacia el altar con mirada de tristeza insondable... Los muertos exclamaron:—¡Cristo!.. ¿Acaso no hay Dios?.. No existe—contestó...

»Las sombras todas se estremecieron y una tras otra cayeron despedazadas.—Cristo, continuó:—¡Atravesé los mundos, subí a los soles y volé con las Galaxias á través de la inmensidad del espacio, pero Dios no está en él!.. Descendí hasta la profundidad misma en que el sér arro-

ja su sombra, miré hacia el abismo y grité: ¿Padre, dónde estás?.. Sólo me respondieron los rumores de la eterna tempestad que nadie guía, y el arco iris de la Creación derrumbándose sin el sol que le origina y cayendo al abismo destrozado y tremante... Y al buscar en el mundo inmensurable el Ojo divino, contemplé tan sólo una cuenca vacía, negra y sin fondo... Y la Eternidad se arrojó sobre el Caos destrozándolo y royéndolo... ¡Gemid disonancias!.. ¡Gemid, oh sombras, porque Él no existe!...»

«Cuando caí y miré al Universo, vi los enormes anillos de la Serpiente-Gigante, de la Serpiente de la Eternidad, enroscarse alrededor del Todo de los mundos, estrecharse, y encerrarlo en doble espiral para bifurcarse luego en caminos sinnúmero en torno de la naturaleza, barrer los mundos de sus lugares eternos y exprimir rechinando el templo todo de la inmensidad hasta encerrarlo en la iglesia del cementerio... y apareció todo estrecho, oscuro, terrible, y un colosal martillo estaba á punto de caer marcando la última hora de los tiempos y haciendo pedazos el Universo... cuando desperté!

»Lloró mi alma de gozo porque aun podía rogar á Dios; y la alegría, y las lágrimas y la Fe en Él fueron mi oración... Al levantarme brillaba pálido el sol sobre los campos de púrpura y lanzaba plácido el resplandor de su crepúsculo rosa sobre la pequeña luna que por el Oriente y sin aurora iba surgiendo; y entre cielo y tierra los raudos habitantes del aire despleaban sus cortas alas y vivían como yo ante el Padre Infinito; y de la Naturaleza toda subían ondulantes acordes suaves y plácidos como lejanos ecos de campanas que despiden crepúsculos.»

Termino con este singular fragmento mi ligerísimo bosquejo de la genialidad richteriana. Larga tarea sería delinear sus variadas fases y múltiples aspectos. Acaso en otra ocasión estudie y extraiga trozos en los que se destaque su originalísimo humorismo.

Ello completaría en lo posible este débil tributo de admiración al espíritu sublime que entrever pudo entre nebulosidades etéreas la «Divina idea del Universo» que reconoció al Invisible, y trató de representarlo en lo visible inculcando la buena nueva á sus semejantes; altísimo poeta, padre de poetas, filósofo hondo, inspirador de filósofos, artista supremo de la sensibilidad y de la forma, humorista genial y único sin más precedentes que la Naturaleza misma y las claridades deslumbradoras de su intelecto.





EMILIO SALA ❖ ❖ ❖

❖ ❖ ❖ ❖ EL COLOR

II

COLORES COMPLEMENTARIOS

PODEMOS clasificar en tres los modos de unir colores: Primero, los de luz con rayos espectrales, ó bien filtrándose aquélla á través de cristales coloreados. Segundo, por rotación, cuando superponiéndose en giro rápido unos á otros, se obtiene la sensación de una tinta común; ó vibración cuando ésta se produce por partículas coloreadas que á distancia se unen. Y tercero, el de mezclas químicas, que es el usual entre pintores y tintoreros, para obtener con dos ó más colorantes una tinta homogénea.

Aunque difieran entre sí como resultado estos tres modos, guardan, sin embargo, íntima conexión, y son de grandísimo interés para llegar al conocimiento de los colores complementarios, tan útil al pintor como al artista que inquiere las leyes que puedan regir la *armonía* en la coloración, ó sea la estética del color.

Reproducimos en la figura 1.^a el esquema que se adoptó en los primeros estudios de la física de la luz, para demostrar gráficamente cuanto sobre los colores puros lle-

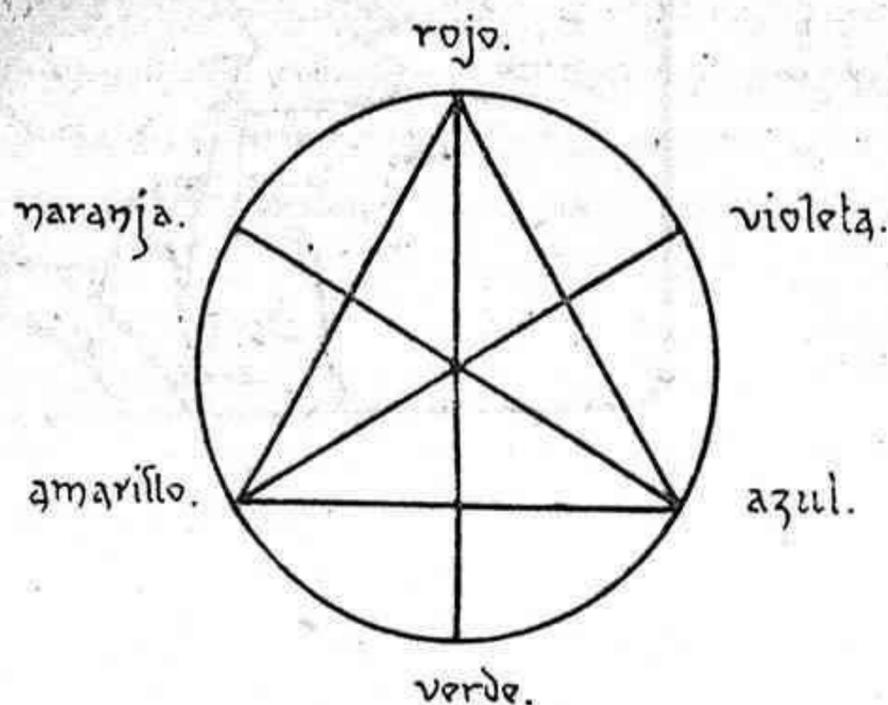


Fig. 1.^a—Círculo cromático elemental.

vamos dicho, aceptándole aquí más como claridad de expresión y documento de la historia del color que como perfección científica.

Los ensayos verificados para invertir el trabajo del prisma, reuniendo en uno los rayos dispersos, no bastaron á Newton para el convencimiento de la teoría de los colores, pues ni al unirlos químicamente ni con colorantes en polvo, mezclados en proporciones semejantes á los del espectro como cantidad y coloración, debieron satisfacerle cuando intentó unirles por rotación; hizo un disco giratorio que dividió por sectores, rellenando cada uno de ellos de coloración semejante á las de las bandas del espectro; púsole en movimiento, y al fundirse por rotación todos ellos en uno solo, apareció el blanco. No quedaba duda alguna; el gris de los colorantes en polvo, la neutralidad más ó menos obscura de las mezclas químicas, el blanco de la rotación y la luz de los colores espectrales evidenciaron de modo patente que la luz es la unidad; que el blanco, el gris y el negro ó son sus representantes, y que todo color no es otra cosa que una parte más ó menos reducida de aquella unidad.

Ensayando la supresión de ciertos colores en otros discos, se afianzó en la conclusión de que tres colores son *fundamentales*, supuesto que con amarillo, azul y carmin se reconstituye la unidad, ó sea el blanco; y á los otros tres, el verde, el violeta y el anaranjado (que hoy llamamos binarios) los denominó colores complementarios, porque vió que con uno de éstos y un fundamental que no tuviere parte alguna en la formación del binario, se completaba también la unidad. En el esquema citado puede advertirse como todo complementario se encuentra diametralmente opuesto, en el círculo cromático, al color fundamental del cual es complemento. También se advirtió que si se inscribe un triángulo equilátero en un círculo cromático (subdividiendo éste, como lo hizo Mr. Chevreul, en modulaciones relacionadas con las del espectro) los tres colores que coinciden con los tres vértices, formarán también, si se unen, la neutralidad ó unidad perseguida. Y en efecto, así sucede cuando en la construcción de círculos cromáticos no se tienen en cuenta las diferencias de anchura de las bandas del espectro. (1)

Estudios posteriores han venido á demostrar que la calificación de complementario aplicada á un determinado color no tiene valor alguno, pues el que un color sea complementario depende de circunstancias accidentales y no de la virtualidad de su propiedad específica, y en este sentido fácilmente se comprende que siendo la luz una unidad descompuesta en colores, si de éstos quitamos uno cualquiera y queremos con los restantes reconstruir la unidad, ésta no aparecerá perfecta, supuesto que le falta una parte. Esta parte, pues, que falta para formar la unidad se llama complementaria: de ahí que cualquier color pueda ser complementario, siempre que, con otro ya color ó tinta homogénea, se complete la unidad que se persigue, de lo cual se desprende que

(1) Las diferencias originadas por subdivisión de la banda azul é interpretaciones poco ajustadas de colocación para el carmin, rojo y anaranjado, dieron lugar á estas deficiencias.

cuando dos colores se complementan entre sí son mutuamente complementarios.

Las experiencias ó estudios sobre las *imágenes sucesivas* pueden llevar al ánimo del lector el convencimiento que deseamos.

Llámanse así en óptica fisiológica aquellas imágenes que persisten en nuestra retina después de haber sufrido la impresión de un exceso de luminosidad, tal como la mancha que, como recuerdo, queda impresa en nosotros obstuyendo nuestra visión después de haber mirado al sol (no muy fuerte). Estas imágenes persisten más ó menos en razón directa del esfuerzo hecho por nuestra retina, debilitándose poco á poco hasta la reposición completa del nervio óptico, ó sea su vuelta al estado normal.

Divídense las imágenes sucesivas en positivas y negativas, según el fondo sobre que se las observa. Las que por ahora nos interesan son las negativas.

Obedecen éstas á tres leyes: Primera. Igualdad de forma; esto es, que si la observación fué círculo, triángulo ó estrella etc., círculo, triángulo ó estrella será la mancha.

Segunda. Inversión de intensidad luminosa, exactamente lo mismo que un cliché fotográfico. Si, por ejemplo, fué la impresión un rombo en tercer tono (dado nuestro tonómetro que consta de diez) su inversión será la de un rombo en séptimo tono; si en quinto, su inversión será una quinta y así sucesivamente; en suma, la ley á que obedece como intensidad luminosa todo negativo fotográfico.

Tercera. Inversión de color, que en vez de llamarse negativo como en las cuestiones de claro ú obscuro, aquí se llama color complementario, supuesto que el de la imagen objetiva anterior, sumado al de la sensación consecuente, completan la unidad de la luz: de modo que si la impresión fué en verde, según el punto de éste, más ó menos amarillento, así más ó menos violaceo será el carmín complementario de la imagen consecuente; si azul, amarillento más ó menos anaranjado, etc., etc.

Sobre un fondo plano y gris en quinto tono, un pedaci-

to de papel de color algo vivo basta á provocar una *imagen sucesiva*. (Esto empleó Chevreul para una gran parte de sus estudios sobre los *contrastes*). Colocados aquéllos sobre una mesa y en plano, para que ninguna sombra ó pliegue perturbe la impresión que se desea, fíjese la mirada por algún tiempo en el papel de color, hágasele desaparecer rápidamente sin cambiar uno su punto de mira, y entonces el lugar que ocupaba el papel de color será reemplazado por una mancha complementaria de aquél; clara si el papel fué oscuro, oscura si claro, roja si verde, violeta si verde amarillento y así sucesivamente; obedecerá siempre á las particularidades ya consignadas de las *imágenes sucesivas*. (1).

Aunque cómodo este procedimiento para familiarizarse con los colores complementarios, tiene la desventaja de producirse algo más débil de lo que es de rigor, y progresivamente va debilitándose hasta desaparecer, lo cual no impide el convencimiento.

Todo encarecimiento sobre estos estudios nos parece poco, pues no se trata solamente de conocer los complementos de colores saturados, sino de llegar hasta el de una tinta ó coloración rebajada á la cual, como debe comprenderse, le corresponde otra que, con ella, debe completar la síntesis luz; conviene recomendar, además, que los estudios de pares de complementos se consignent por medio de *notas* pintadas, no fiandolas nunca á anotaciones escritas.

Así lo practiqué siempre y voy á contar parte de unos ensayos que hice en el comienzo de mis estudios que, aunque acusen inexperiencia, tienen, sin embargo, su utilidad.

En una habitación encalada, muy rebajada de luz (no negra como la en que, generalmente, se suele estudiar el espectro) recibía éste sobre un plano gris é inclinado;

(1) Importa mucho para estas experiencias saber mirar de cierto modo: una mirada como extraviada, aunque fija en un punto; por ejemplo, el borde del papel de color contiguo al gris, y si al papel de color se le sujetó una hebra previamente tirada de otro cabo de ésta, fácilmente se la hace desaparecer.

no dejaba pasar más de él que una banda y aun ésta por secciones pequeñas; al resbalar la banda por el plano, aumentaba de tamaño y disminuía con ella su intensidad, algo molesta. Acostumbrado á fijar la mirada en un color y provocar su complementario por la *imagen sucesiva*, observaba la justeza de coloraciones, y las fijaba luego, pintadas, en un lienzo, con la inocente pretensión de hacer, por medio de una serie de pares, los complementarios de los colores del espectro. Apenas habría llegado á la tercera banda, cuando comprendí mi insensatez. Fuí á mi armario; de un cajón en donde tenía guardados estudios sobre el color, saqué una imagen pintada del espec-

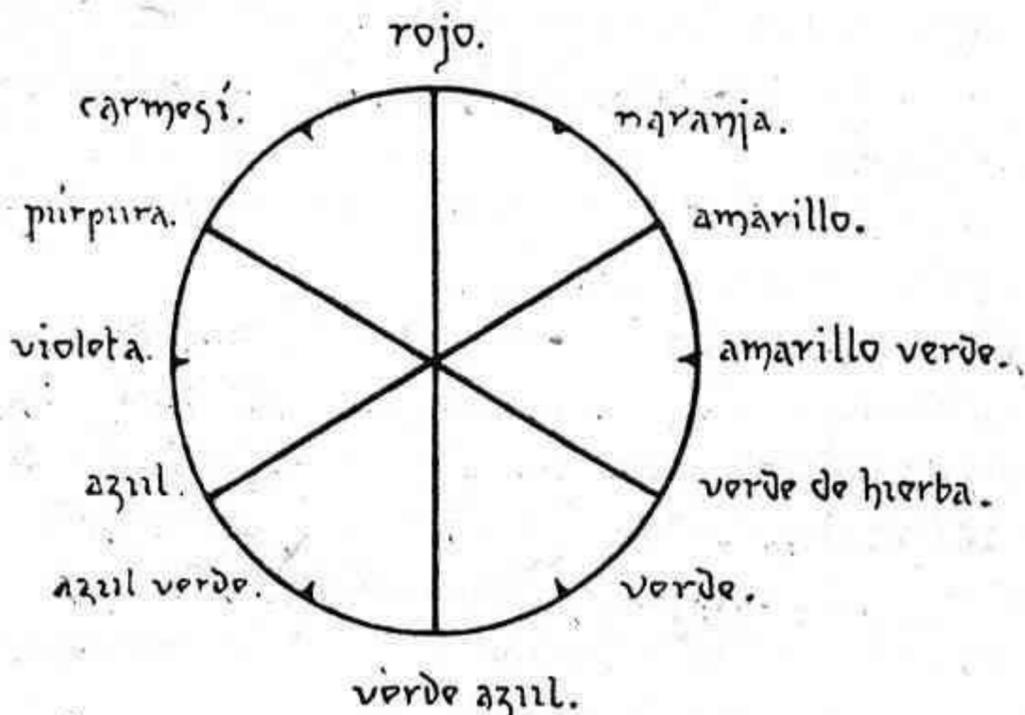


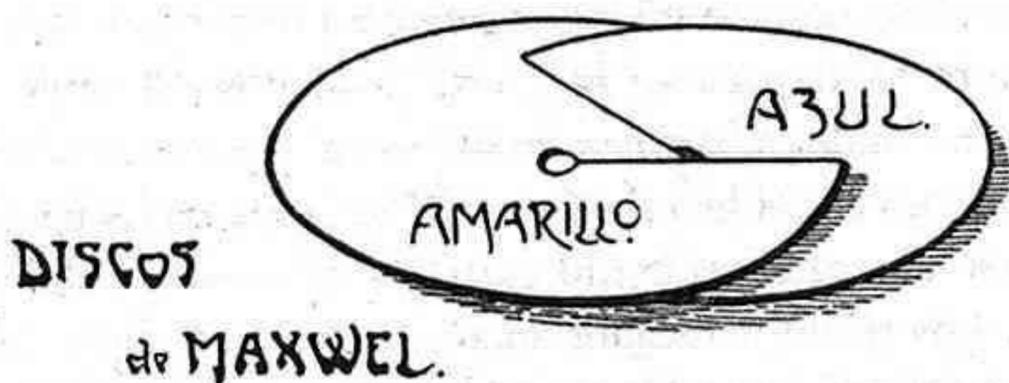
Fig. 2.^a—Círculo cromático de Brucke.

tro y con las tijeras la corté casi por la mitad verticalmente, por donde la línea *b* del espectro de Fraunhofer separa el verde del verde azul y colocando la mitad de la izquierda yuxtapuesta y debajo de la derecha, dejé la parte superior del verde un poco hacia afuera, para que coincidiese con la púrpura, que ya hemos dicho que no aparece en el espectro, y me encontré con que así como el diccionario se explica á sí mismo, la pretendida clave de los complementarios que yo buscaba se encuentra en el espectro mismo.

Damos aquí una copia del círculo cromático que pu-

blica en su obra *Los colores* el profesor Brucke, cuya ley diametral de complementarios está más ajustada á los progresos de la ciencia.

En la peonza de Maxwel con sus discos especiales, semejante á las llamadas «Camaleón», con las que hemos jugado de niños, pueden estudiarse los colores unidos por rotación, y cuando dos coloraciones diferentes suman blanco, estamos de lleno en el estudio que nos interesa; por otra parte, los de *imágenes sucesivas* son los mejores medios para las experiencias de estudio personal, pues el hermoso aparato inventado por el Dr. H. Brucke llamado «Schistoscopo», en el cual, por el sistema de luz polarizada aparecen juntos un color dado y su complementario, es demasiado cómodo para el estudiante, y todo lo que se ve con facilidad se suele olvidar demasiado pronto.

Fig. 3.^a

R. B. CUNNINGAME

GRAHAM ❖ ❖ ❖ ❖

❖❖❖ EL ESQUELETO

DEL CANEY ❖ ❖ ❖

EL éxito, el triunfo, lo que con más precisión se llama en inglés y en francés *succés*, eso que da un tinte de vulgaridad á todo cuanto toca, no debería tener más recompensa que él mismo. La verdad es que las recompensas, de cualquiera clase que sean, son siempre vulgaridades. Todos aplaudimos á los que alcanzan éxito y nos apresuramos luego á olvidarlos, como sucede con las bailarinas, los cómicos y los oradores. Se pavonean durante una hora fugaz para ser luego encasillados en títulos de nobleza, condes ó barones, en libros en que constan los terratenientes ennoblecidos y demás de la laya. Los triunfos rápidos alcanzan recuerdo corto en la memoria del público. Los triunfos mismos solamente viven lo que tarda el carro triunfal en rodar por las calles; es algo así como una maravilla que dura nueve días, como un perro con cinco patas, como un ruiseñor bicéfalo, como la inteligencia precoz de un muchacho que calcula con sorprendente velocidad, como un prodigio sietemesino nacido antes de tiempo para su propio mal y para servir de asombro á paletos que se dislocan las quijadas por ver mejor, en su éxtasis de admiración, y que en seguida se van en busca de otros ídolos que adorar. Todos sentimos que, á la postre, el hombre de éxito no es más que el favorito de la fortuna, y que la buena suerte y él unidos, han sido iguales á dos hombres ordinarios. Muchos pueden soportar la pobreza con dignidad. ¡Cuán pocos son los que pueden soportar el éxito con decencia y sin que sus íntimas debilidades aparezcan desnudas ante la vista del

público! Colmamos á todos los que han tenido éxito en la guerra, en el arte ó en las letras con caricaturas de bronce ó mármol, con títulos que resultan ridículos por su estilo exótico, les damos dinero, y durante una estación no hay Lúculo africano de los que viven en Park Lane que pueda comer sin tenerlos á su mesa. Hecho esto nos parece que hemos pagado el servicio, y generalmente no añadimos el tributo de nuestro respeto á las demás dadas.

Pero para aquellos que fracasan; para aquellos que se han hundido luchando todavía bajo las turbias y enlodadas ondas de la vida, para esos conservamos nuestro amor y aquella curiosidad respecto de su vida que mantiene su memoria fresca y verde en la nuestra, cuando el oro de relumbrón que damos á los triunfadores fué barrido por el tiempo. ¡Cuán pocos de estos son en realidad interesantes! Anníbal, Alcibiades, Raleigh, Mitrídates y Napoleón, ¿quién pensaría en compararlos por un momento con sus meros vencedores? Los desgraciados Estuardos, desde aquel rey poeta muerto en el juego de pelota, hasta el pobre y enmohecido cardenal de York, con todas sus faltas, dejan á los estólidos Jorges millones de leguas atrás, hundidos hasta el cogote en su pudding y en su prosperidad. La próspera Isabel, que tras una vida de honores, se resistía á rendir sus cosméticos á la muerte en su lecho de estado, y María al tender la cabeza al tajo en Fotheringay después de 49 años de fracasar en todo lo de su vida (con excepción del amor), ¡cuántos millones de millas de mares insondables y de sierras amontonadas sobre sierras separan á estas dos!

Y lo propio sucede con las naciones, con las cosas y con los acontecimientos. Hay naciones tan interesantes en la decadencia, como otras en su apogeo al diez por ciento mate, vulgarote y de lugar común. Hay causas perdidas, casi desde el principio del mundo, de las cuales todavía no se desespera, como por ejemplo, la larga lucha entre los ricos y los pobres, que algunos necios consideran eterna, pero que un día vendrá á ser resuelta, ya por

la absorción de los ricos en las legiones de los pobres, ó ya á la inversa; casos que son todavía interesantes y que continuarán siéndolo mientras subsista el desigual combate. Hay casos que han perdido su voga, viniendo á ser tan ridículos como un sombrero de París pasado de moda hace diez años; casos que perduran en burla monumental completamente fuera de sazón, como el de Polonia, pero que son mucho más interesantes que la rivalidad y la lucha entre ingleses y alemanes para ver cual de ellos vende más alcohol y más pólvora que el otro, á los negros de la costa africana. Hay también aún acontecimientos que hace mucho sucedieron, que los hombres sensatos han relegado á que se empolven en los desvanes de su cerebro, pero que interesan ó que repugnan, según que su tendencia sea hacia el éxito ó hacia el fracaso. El fracaso es la única cosa que puede despertar interés en la mente especulativa. El éxito se ha hecho para los millones del mundo trabajador que ve llegar á Edimburgo desde Londres en ocho horas la locomotora, y se maravilla del último adelanto introducido en sus ruedas, en tanto que el verdadero interés en el asunto está en los esfuerzos olvidados de algún alquimista que ante la majestad de la ley, siempre alerta para quemarle por brujo, teniendo en el oído la estridente carcajada de los hombres de negocios, fabricó su rudo modelo de máquina de vapor y acaso perdió la vista cuando el modelo estallaba.

En una playa desierta de Cuba, no lejos del Caney, hace tiempo encontraron unos viajeros un esqueleto. Las gaviotas se habían posado sobre sus clavículas; alrededor de los pies, las algas y hierbas marinas se entretejían á manera de guirnalda. Sobre los huesos flotaba todavía con ligeras ondulaciones, todo desgarrado, un uniforme militar español, y en una caja de tabacos cercana al sillón en que estaba sentado el esqueleto halláronse papeles por los que se veía que el muerto había sido un oficial de alto rango. En uno de esos papeles hallábase escrito el santo y seña del día en que había perdido su vida; mientras los viajeros contemplaban los huesos, un cangrejo se

asomó por debajo del sillón. En todas direcciones de la costa hallábanse esparcidos despojos de la pompa y de los cosas pertenecientes á la gloriosa guerra: rifles con los cañones tomados por el orín y las culatas cubiertas de conchas marinas, vainas con espadas dobladas y gastadas, al punto de ser tan sólo ferralla sin valor, restos de uniformes y de correajes, trozos de cadenas de bronce, huesos de caballos arrastrados de las praderas, barridas por los vientos, para sufrir las agonías del transporte en barcos en que se les apiñaba como á las sardinas y luego, abandonados para morir, heridos, en tanto que los buitres les arrancaban aún vivos los ojos de sus cuencas. Toda la gloria de la guerra estaba allí literalmente expuesta á la vista, como lección objetiva para servir de enseñanza á los tontos que escriben sobre el valor, si es que esos tontos tuvieran inteligencia para ver; cureñas medio sepultadas en la arena, Maxims rotos y enmohecidos, daban ese aire de ruina que se halla siempre allí en donde el hombre, á guisa de Titán, se ha puesto á jugar y roto sus juguetes y dádose á la tarea de matar á sus hermanos, colegas suyos en imbecilidad. Y con todo ello nada de dignidad en esa escena; un escenario inhábilmente arreglado con telones y bambalinas y bastidores baratos; allí estaban también pudriéndose las costillas y el marco de lo que había sido la flota del almirante Cervera, cociéndose al sol con los portalones á flor de agua, como ya antes se habían asado en las llamas que los quemaron con sus tripulaciones. Desolación por todas partes; pero una desolación mezquina, no de las causadas por el tiempo, por el hambre, por la pestilencia ó por causa alguna que pudiera dar un aire de tragedia, no; era solamente la desolación causada por aquellos que respectivamente enviaban á sus pobres ilotas á combatir, quedándose ellos tranquilos y repantigados en sus propias casas y en conveniente proximidad para leer las noticias de la bolsa y estudiar las fluctuaciones de los valores.

Y así, sentado en su silla, que lentamente se convierte en polvo, estaba el general con el anticuado santo y seña

delante, á disposición de cualquier transeunte, como si fuera un anuncio de píldoras para el hígado. Ese uniforme, sin duda su orgullo en un timpo, hecho jirones, la espada (comprada en casa de algún abastecedor) robada del cadaver hacía largo tiempo y vendida para comprar aguardiente con que emborracharse el ladrón; pero á pesar de todo eso, aquellos huesos blanqueados por el sol que en un tiempo habían sido un hombre, eran mucho más interesantes que los conquistadores vivos, con sus aires triviales de insincero triunfo.

El mundo sale á pagar al conquistador con flores y con griterío, pero ese conquistador primero tiene que conquistar y atraer sobre su persona las aclamaciones de la muchedumbre; de esa muchedumbre que no sabe que cientos como él, á quienes aturden con sus ruidos, han fracasado gloriosamente y que ya es bastante tener que soportar lo odioso del triunfo sin que se agregue la ignominia del aplauso popular. ¿Quién que tenga una chispa de ingenio en el alma podrá soportar el éxito sin sentirse irritado? Si no fuera por nuestra suerte, pudiera tocarnos ser de entre los que corren y se desgañitan, bañados en sudor ante el carro triunfal. Al hombre de ingenio que ve estas cosas, debe asaltarle la duda de si el triunfo no lo ha convertido en un paquidermo ante la alabanza, este sublimado que desgasta los ángulos de nuestra dignidad y nos deja lisos para recibir el lodo que nuestros camaradas arrojan sobre nosotros en su ciega adoración de hechos cumplidos. El éxito es el reconocimiento (principalmente por nosotros mismos) de que somos mejores que nuestros prójimos. Es un sentimiento mezquino estrechamente aliado á la teoría baja de castigo y de recompensa que ha hecho áridas á las fes religiosas y que hace que las acciones nobles en sí mismas, se conviertan en asunto de la calaña de traficantes en seguros de incendios.

Si es que un hombre expone su vida al peligro con el solo objeto de ganar la cruz de Victoria, ó pasa largos días trabajando en su laboratorio, atormentando á perros y

Otros animales con el solo fin de que al cabo le den un título de barón, entonces ¡malditos sean el valor y la asiduidad en el trabajo! Las artes, las ciencias y la literatura, como todas las demás trivialidades antiguas que los trabajadores ociosos inventan para darse ocupación, desde el momento en que conducen al éxito material, echan á perder á los que las profesan y se degradan al nivel de trabajar por precio, á tantas libras esterlinas la hora.

No hay cosa alguna que pueda mantenerse fresca y lozana ante el éxito. Tanto los individuos como las naciones sucumben bajo su influencia que las vuelve vulgares; entre todas las naciones de Europa, España es la única que todavía yergue la cabeza, la raza no echada á perder, contenta en cierto modo filosófico de fracasar en cuanto emprende, conservando así la independencia individual de sus hijos. Las naciones que alcanzan el éxito tienen que contentarse con él. Sus ciudadanos no pueden ser interesantes. Tantos cientos de pies de tubería sanitaria por minuto ó por hora, tantos inventos ó máquinas economizadoras de salario, tantos hombres enriquecidos... Imaginad á un poeta millonario con sus rimas ó un filósofo ahogándose en billetes de banco, en tanto que escribe su último plan de sabia filosofía. Pero los que fracasan, no importa cuán ingloriosamente, tienen su venganza sobre los pocos que triunfan, porque se levantan de la vulgaridad y porque mueren desconocidos. El minero que perece ahogado por el grisú en el pozo de una mina al querer salvar al camarada vencido por la cerveza que queda sepultado, ese minero no puede ser vulgar aun cuando en vida hubiere sido un ladrón. En cambio bastantes hombres de éxito, que tienen estatuas en nuestras calles (aparentemente para asustar á los pájaros) y que al morir ocupan columna y media en las enciclopedias de barato, convierten todo interés en ceniza por su apoteosis ante el ojo vulgar. Pero el general olvidado, sentado allá en su silla, con los descarnados pies bañados á porfía por las ondas que los lamen, en tanto que sus huesos se convierten en polvo poco á poco,

á ese general nadie podrá convertirle en cosa vulgar, no habrá ningún necio que pueda coronar su frente con una guirnalda de latón, imitación de laurel, ni habrá tampoco ningún poetastro que cante sus alabanzas en oda quejumbrosa ó en vacilante trenodia, porque ese general ha entrado por la puerta de la desgracia al reino de aquellos que despiertan la simpatía de los poetas que son mudos.

Como arquetipo del fracaso queda él allí, vigilante de las gaviotas que vuelan gritando á través del espacio, observando los peces que saltan al aire y vuelven á caer con golpe recio en las tranquilas ondas que bañan esa lejana playa tropical.



❖ J. PEREZ-TRIANA

❖ ❖ ❖ ❖ APUNTES

INTERNACIONALES

EL UKASE DEL ZAR

EL mensaje de paz de más trascendentales intenciones que registra la historia moderna, partió, no hace muchos años, de los labios mismísimos del jefe autocrático é irresponsable de la comunidad militar más poderosa y disciplinada de cuantas existen en el orbe. Anómalo ha de parecer que el Zar de todas las Rusias, dueño y señor absoluto de vidas y haciendas en su vasto imperio, jefe del ejército más numeroso de los grandes ejércitos del globo, fuera quien viniese á preconizar el sistema de dirimir todas las contiendas internacionales, todos los choques de las corrientes que impulsan á los pueblos por la vía del arbitramento. Pero no por extraño fué menos patente el hecho; y el Congreso de La Haya y el Tribunal internacional permanente que de él resultó, son acontecimientos cumplidos, gérmenes fecundos de altísimo ejemplo, cuyos beneficiosos resultados ya empiezan á apreciarse. Nunca sucede que la doctrina que entraña un alto ideal resulte eficaz en toda su amplitud desde el momento mismo en que se la reconozca y acepte: principio quieren las cosas y las costumbres arraigadas á través de los siglos, no pueden desaparecer cediendo el puesto á las prácticas nuevas en corto espacio de tiempo. No estaba seca todavía la tinta con que se escribieron las actas del Congreso de La Haya, cuando una de las grandes potencias signatarias rehusó someter al Tribunal que ella misma había contribuído á crear su litigio pendiente con dos Repúblicas libres que quisieron amparar su derecho bajo la égida del novísimo Tribunal. Los preceptos proclamados quedaron tan en olvido como las nieves de los inviernos desvanecidos; y el fuego y el hierro vinieron á dictar el fallo inapelable de la fuerza con la destrucción,

como entidades políticas, de las naciones débiles vencidas y rendidas ante el exterminio inminente y ya iniciado en grande escala de los seres humanos que las formaban.

No por ello ha de renegarse del principio de arbitramento; él constituye un ideal supremo, al cual han de dirigir sus pasos los pueblos con mayor ahinco y con mejor fortuna cada día.

Dícese que el Zar fué movido á lanzar su convocatoria por la lectura de un libro sobre la guerra del futuro, escrito por un pensador polaco, M. de Block, libro en el cual se pintaban, con datos precisos y dominio absoluto de la materia, los estragos inevitables, las pavorosas consecuencias de una guerra entre dos grandes potencias preparadas y armadas á la moderna. Por la mente imperial hubo de cruzar, estremeciéndola y horripilándola, el cuadro de lástimas, de ruina y de miseria que la guerra habría de traer consigo; todo lo que narran las historias de cruentos horrores en los tiempos pasados, habría de quedar eclipsado ante las nuevas manifestaciones de la violencia, equipada con todos los recursos; no habría lugar seguro ni en el agua ni la tierra, ni en el aire ni bajo el suelo, y más terrible y destructora que las mismas fuerzas naturales de terremotos, ciclones é incendios, la potencia bélica humana habría de tornar campos y ciudades en inmensos eriales de insepultas muchedumbres.

¿Qué mucho, pues, que quien tenía en las manos dócil á su voluntad, la más poderosa máquina de exterminio de las estudiadas por M. de Block, al recordar que cada una de sus infinitesimales partes componentes, era un sér sensible, apto para el dolor y para la dicha, con un mundo propio de sentimientos, de recuerdos y de esperanzas? ¿Qué mucho, pues, que ese poseedor se sintiera conmovido por un pensamiento de lástima infinita, que estalló en sus labios, llamando á los hombres á formular los preceptos y á establecer las bases de una concordia universal?

De nuevo ha vuelto ha resonar con un mensaje de paz y de cariño humanitario la voz del Zar de todas las Ru-

sias. Si hemos de comparar la palabra de caridad cristiana con los vientos tibios que acarician los vergeles y robustecen las plantas, ya que esas palabras confortan á la humanidad, parece también extraño que sea de la estepa rusa, blanca y misteriosa bajo el manto de nieve que la cubre, de donde soplen vientos para el espíritu que no son helados é implacables como el boreas. Y todo el mérito ha de atribuirse por fuerza al autócrata omnipotente; en Rusia no hay opinión pública, las vibraciones del sentimiento mueren necesariamente bajo el sistema imperante, como las del sonido al choque con cuerpos insonoros; los millones de seres humanos que pueblan el imperio forman una aglomeración amorfa en que no cristalizan las florecencias de las formas sistemáticas y definidas. En pueblos en que el sentimiento individual alcanza algún grado de libertad, se transmite de cerebro en cerebro hasta producir un impulso que, venciendo los obstáculos con más ó menos dificultad, guía las voluntades y modela los resultados. Buscar tal cosa sería ocioso en el Imperio Ruso, en donde el benévolo señor de todo cuanto le rodea, reúne en su persona tantas potencialidades para el mal, tan ilimitadas facultades para hacer que su capricho sea ley, como tuvieron sus antecesores en el trono; un Ivan el Terrible, un Pedro el Grande ó una Catalina. Y si Nicolás II trata de seguir por los caminos de la bondad, es porque principalmente hacia ellos tiende su natural temperamento y, sin duda también por lo que alcance á ver en el resto del orbe civilizado. El Zar de Rusia es Jefe militar y teocrático de su pueblo; en él confluyen todas las fulguraciones del Altar y del Trono. Su derecho divino es, pues, por decirlo así, de doble investidura y en cuanto consiente que la autoridad del uno ó del otro se cercene ó siquiera se debilite, hace una concesión que por natural que parezca á los extraños que juzguen sin apreciar su punto de vista, para él entraña una concesión suprema. Vamos á los hechos.

El día 12 de Marzo último fué proclamado un úkase imperial que produjo, al decir de los corresponsales de la

prensa europea, sentimiento universal de gozo en Rusia entera. El documento era nuncio de esperanza, y produjo más entusiasmo que ningún acontecimiento político en la vida interna del imperio, desde la emancipación de los siervos en 1861. Los párrafos más importantes del úkase son éstos:

«Estamos irrevocablemente decididos á satisfacer las necesidades para las cuales ya está maduro nuestro imperio; consideramos conveniente decretar la estricta obediencia á los principios de tolerancia establecidos en las leyes fundamentales del imperio ruso, que al reconocer como suprema la iglesia ortodoxa, conceden á todos nuestros súbditos de otras religiones y de distintas creencias, libertad para ejercerlas y practicarlas según sus ritos respectivos; además, estamos resueltos á continuar la implantación de medidas para el mejoramiento del clero rural ortodoxo, permitiendo á sus miembros tomar una parte más activa en la vida pública y en la vida intelectual.

»De acuerdo con medidas que están al dictarse para la consolidación de la economía nacional, los esfuerzos de Institutos de Créditos Nacionales, y en especial los de los Bancos de Nobles y de Aldeanos, deberán tender al robustecimiento y desarrollo del bienestar de las bases fundamentales de la vida del pueblo ruso en las aldeas, es decir, de la nobleza local y de los aldeanos ó labriegos... En esta labor debe consagrarse como principio fundamental la inviolabilidad de la propiedad comunal. Sin dilación de ninguna especie deberán tomarse providencias para libertar á los labriegos de la pesada carga que hoy los abrumba, sujetándolos al trabajo forzado.»

Para entender el alcance de las palabras citadas es preciso recordar que el labriego ruso nace y vive como el árbol, vinculado al suelo en donde ve la luz. Hasta ahora las comunidades han tenido el derecho de expulsar á su voluntad á cualquiera de sus miembros aunque éstos no hubiesen violado las leyes; pero los miembros no pueden separarse de la comunidad á que pertenezcan sin el con-

sentimiento de ésta. Nadie, por ejemplo, puede moverse sin pasaporte, y así, al labriego no le es dable buscar en otras regiones del imperio ó del mundo campo más benéfico para su trabajo individual.

El úkase encarna dos concesiones esenciales; la religiosa, aunque trascendental, no está llamada á hacerse sentir en tan grandes proporciones como la libertad de traslación. Los rusos—salvo aquellos que pertenecen á la raza judía—gustan poco de emigrar á países extraños; pero teniendo libertad de hacerlo, su tendencia es desde luego la de abandonar las regiones pobres y áridas en busca de las fértiles y ricas. Y aquí se ha presentado ya la primera dificultad, pues los habitantes de estas últimas rechazan la invasión que amenaza su bienestar. El problema crece día por día á tal punto, que el Gobierno imperial concentra sus esfuerzos para lograr que la gran corriente emigratoria se dirija á las tierras no habitadas del Sur de Siberia, que se dice son tan feraces como las mejores de Rusia. Sea de ello lo que fuere, el úkase del Zar inicia una nueva era, siquiera sea por el reconocimiento, si no de derechos—porque no pueden llamarse tales los que tengan los individuos si están sujetos á una voluntad que por sí y ante sí puede anularlos,—de necesidades.

Los pesimistas alegan que el úkase del Zar no pasará de una buena intención más, y que no correrán mejor suerte los labriegos que la corrida por Finlandia, nación que era hasta hace cuatro años autónoma, y que sólo reconocía al Zar como Gran Duque. Al coronarse el actual soberano juró mantener la Constitución de Finlandia y respetar su independencia; en repetidas ocasiones puso de manifiesto, como ahora respecto de los labriegos, sus buenas intenciones para con los súbditos fineses. Hoy Finlandia ha sido borrada del mapa de las naciones, su gobierno derribado, sus antiguas libertades conculcadas y en su lugar entronizados el espionaje, la censura, la conscripción, el destierro sin fórmulas de juicio y todo el ominoso aparato de la tiranía. El hambre vino en pos de la ruina causada por la persecución, y en esa tierra infeliz

mueren de hambre los hombres á millones, sin más alimento que un pan amasado con cortezas de árboles y serrín de maderas, en tanto que el autor de todos estos males insiste en proclamar ante el mundo el incansable y solícito interés con que vela por el bienestar de sus súbditos.

Así hablan los pesimistas, pero al sumar los resultados no hay que olvidar que esa voluntad suprema no lo es en realidad; que el autócrata, en apariencia omnipotente, es la síntesis de un sistema que se defiende al sentirse herido, y que cuanto tienda hacia la libertad y al respeto del derecho ajeno es una amenaza para el sistema del cual viven, y á cuya sombran medran todos los poderosos de Rusia.

Individualmente ó acaso en grupos podrá el Zar dominarlos, pero contra todos ellos sus esfuerzos se estrellarán en vano si quiere efectuar cambios radicales y violentos. Él mismo es un esclavo de la institución monstruosa en cuya cúspide domina; y si bajo la púrpura imperial penetra la mirada, ha de encontrar á un hombre aislado de sus semejantes, rodeado de obstáculos formidables, abatido en toda hora por el temor del asesino en acecho; y por lo mismo que tiene un corazón lleno de benevolencia, atónito y perplejo ante el clamoreo de las muchedumbres que se agitan á sus plantas y que le hacen—concreción del mal que las oprime—responsable de sus dolores y de sus miserias y de que el pueblo ruso marche al través de los siglos como un gran fantasma ciego, cubierto de sangre y de harapos, vuelto de espaldas hacia la libertad y hundiéndose en las sombras, en tanto que las demás naciones, alzándose y cayendo en la vía de su calvario, se acercan al día de la redención.



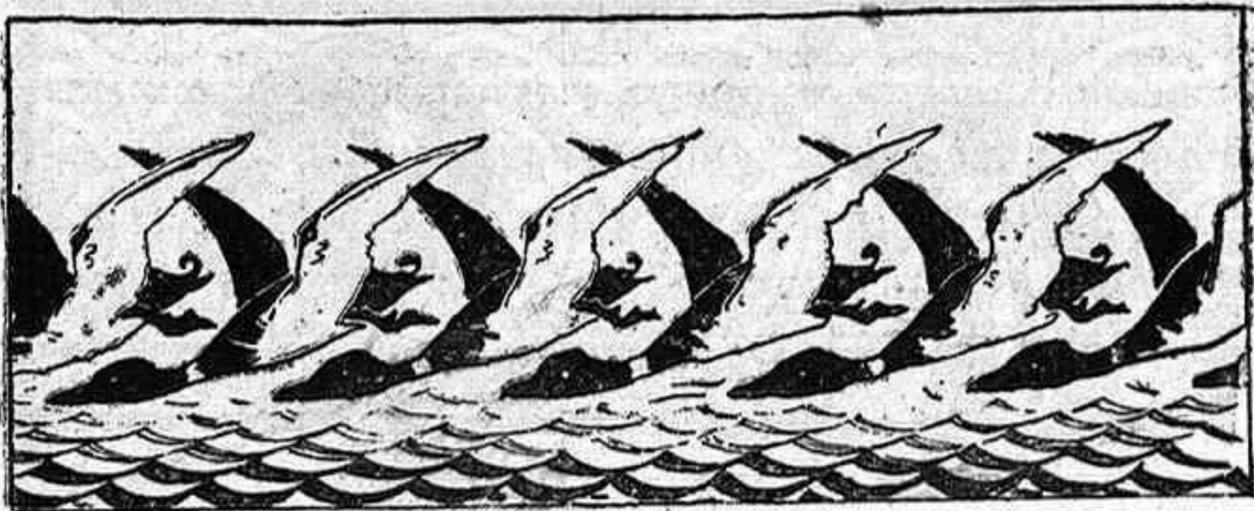
❖ SALVADOR RUEDA

A QUEROL ❖ SONETO

*Toca Moisés la piedra con la vara
y un raudal se despeña de agua pura,
y tú arrancas raudales de hermosura
con el cincel tocando en el Carrara.*

*Dios puso en ti, por maravilla rara,
ver en cada perfil de piedra dura
oculta una magnífica escultura
en la que ciego el mundo no repara.*

*Igual que de Jesús dijo el acento
«¡Lázaro, ven á mí!» y en el momento
surgió de entre la muerte sollozante,
tú al mármol dices: «¡Muévete, palpita!»
y la estatua en su seno resucita
surgiendo del Pentélico triunfante!*



❖ MAURICIO LOPEZ-
ROBERTS ❖ EL POR-
VENIR DE PACO TU-
DELA ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

II

HISTORIA DE DOS TRABAJADORES

BERNABÉ Palomin y su esposa Petra Migares no se alegraron ni mucho menos cuando les nació una niña á quien bautizaron con el nombre de Irene, pues aunque un refrán reza «que donde come uno comen dos», no es tarea fácil llenar diez bocas en lugar de nueve, cifra alcanzada por la prole Palomin antes de ver Irenita la luz del día.

Pero Dios misericordioso veló por la pequeñuela, y mientras algunos de sus hermanos, cinco ó seis, se morían de diversos modos, ella se defendió intrépida y colgada del maternal seno, revolcándose por las polvorientas callejas de aquella aldea alcarreña ó diableando por eras y sembrados, pasó su niñez con salud y entró en la adolescencia con robustez.

Cuando Irene fué mayorcita ayudó á su madre en los

cuidados domésticos. Mientras los hombres estaban lejos, en los campos, sembrando ó labrando, las dos mujeres ajetreábanse por la casa, cociendo el pan de la semana, aderezando guisos y fritangas. En los intervalos de estas tareas cuidaba Irene del gallinero, hirviendo en inquietas y cacareadoras aves, y del palomar, henchido de arrullos y nidadas.

Durante el verano, madre é hija aprovechaban los largos crepúsculos para recoser los trajes de los hombres, y sentadas en el escalón de la puerta cosían añasas, mientras de vez en vez sus ojos enfocaban el campo, que empezaba al concluir la calle. Desde allí y en los días de siega, veíanse llegar las carretas de mies que se acercaban lentamente, empequeñecidas, lejanas, recortándose negras sobre el incendio agonizante del sol. Luego crecían, hasta aparecer cual enormes masas doradas donde la luz moribunda reverberaba en los haces de espigas, que, reventando sus ligaduras, florecían el camino con los sangrientos pétalos de las amapolas. Llegaban los carros por todos sitios; por los atajos, por los senderos, por la amplia carretera. Acercábanse en silencio, al impulso de la fuerza de los bueyes que, ocultos bajo la balumba desmelenada de las gavillas, erguían á veces el baboso hocico para mordisquear las pajas vecinas. Luego, el pueblo tornaba al reposo, y el áureo círculo de las mieses esparcidas sobre las eras engastaba el parduzco caserío, que dormía ya, bajo el mirar inquieto de las estrellas.

Mas no todos los recuerdos que Irenita conservó de su adolescencia campesina se envolvían en la paz de las tardes de verano. Aquella tranquila existencia se turbó por desgracias y calamidades. Inundaciones, pedriscos, langosta, sequía, todas las plagas con que la Naturaleza hostil se defiende del hombre aniquilaron las cosechas y ensombrecieron, con su recuerdo ó su temor, los días apacibles que de vez en cuando volvían. Dos hermanos de Irene se fueron á servir al Rey. Los dos murieron en una algarada carlista. De su lucida prole sólo guardaron los Palomin dos hijos: Irene y Acisclo, mozo endeblucho y

holgazán que mal ayudaba á Bernabé en la labor cada día más difícil y trabajosa para sus brazos viejos.

Entonces Petra, adoptando una resolución, decidió que Irene se marcharía á servir á Madrid, donde abundan los buenos acomodos. De tal suerte, podría ser útil á sus padres si la fortuna le era propicia y de todas maneras dejaba de serles gravosa.

Cumpléndose lo dispuesto por Petra, Irene fué encomendada á la solicitud del ordinario, y cabalgando sobre un macho y viendo balancearse sobre el lomo de otro un baúl peludo que contenía su equipaje, abandonó el pueblo, al amanecer sereno de un día de otoño. Tenía entonces la chica quince años.

Su buena estrella le proporcionó pronto colocación; pues, gracias á la recomendación de una prima del ordinario, entró de niñera en casa de los señores de Menéndez Negro, personas adineradas y bonísimas.

La seriedad de la muchacha y su inteligencia que despertó con el trato de gentes instruidas, le granjearon el afecto de su ama. Esta, la bondadosa doña Micaela, interesándose por su sirviente, le permitió asistir á las lecciones de lectura, escritura y cuentas que los niños tomaban, y la alcarreñita las aprovechó bien; pues en poco tiempo aprendió ciencias tan precisas y para ella casi desconocidas.

Los servicios de Irene fueron tan apreciados que, al crecer los niños, continuó prestándolos en calidad de doncella de doña Micaela. Por entonces era la muchacha una moza esbeltísima, muy fresca y lozana. Sin ser una hermosura, atraía y sujetaba la vista por la expresión inteligente y franca de sus ojos vivarachos y el aspecto simpático de toda su persona, impregnada de un perfume de limpieza y laboriosidad. Trabajaba á destajo, sin descansar un momento. Cuanto hacía lo hacía bien y de prisa, y en sus salidas domingueras se reputó de seria y honrada por la esquividad con que respondía á los piropos atrevidos de domésticos y soldados.

Tales dotes de honestidad y trabajo hicieron de Irene

la favorita de doña Micaela Menéndez Negro. Los obsequios y regalos de la señora permitían á la doncella mandar el sueldo íntegro á sus padres. La voluntad poderosa, que tanto había de valerle luego, la aplicó entonces Irene á un solo fin: el sostenimiento de la hacienda paterna, cuya ruina no evitaban los brazos débiles de Bernabé, ni los holgazanes de Acisclo. El pensamiento de Irene no se apartaba un punto del pueblo, y sus sueños, sus ilusiones, todas las alegrías y los pesares todos de su vida residían allí, en aquel abatido hogar, que ella levantaría con su inteligencia y con sus esfuerzos.

Mas este anhelo no lo vió cumplido la valiente muchacha. Una mañana barría el recibimiento, canturreando entre dientes, cuando llamaron á la puerta. Apoyó la escoba en una silla, y mientras el polvo saliendo por el balcón se doraba al sol, abrió, encontrándose frente á Acisclo que la abrazó sin decir palabra. El presentimiento de una desgracia hizo preguntar á Irene, «¿le ha pasado algo á padre?», sin poder añadir más; pues al oír á su hermano responder conciso «á padre y á madre se los ha *llevao* Dios», cayó redonda al suelo.

Cuando volvió en sí estaba echada en la cama, y doña Micaela la dirigía frases cariñosas. Las palabras de la señora le recordaron su desdicha y lloró mucho, desesperadamente. Su llanto, sofocado y profundo, se agitó al escuchar á Acisclo referir la desgracia. Los pobres viejos murieron en el mismo día, arrebatados del mundo con diferencia de horas por el cólera que entonces asolaba España. Oyendo los tristes pormenores, Irene gemía.

«¡Pobrecitos míos! ¡Ay, Dios! ¡Pobrecitos! Morirse así. Los dos en un día. Y ¿cuál murió antes? ¿Padre? ¡Ay, Virgen qué pena! Y ¿lo supo madre? ¿No? Más vale que fuera así... ¡le quería tanto! ¡Ay, señora, señora, qué dolor tan grande! Mi madrecita muerta, los dos... qué horror... Y en el pueblo, ¿qué dijeron? Y el señor cura querrá que me resigne. No, no, no puedo. No señora, no tengo conformidad, ni acato nada. ¡Ay mi padre, mi padre! Y el Pascual lo habrá sentido mucho, ¿verdad? Pues, ¿y la pobre

señá Mariana? Todos, todos les querían... Si, eran tan buenos, tan buenos que ya no hay nadie como ellos en el mundo.»

Su pena mezclaba los apelativos cariñosos con detalles pueriles, con recuerdos de la aldea, y así parecía aplacarse un poco. Pero una trase, una remembranza cualquiera hacían revivir el pesar, y la huérfana tornaba á atronar el espacio con sus alaridos de animal lastimado, que repetían sin cansarse, una palabra, una queja, martilleando el tímpano de la bondadosa doña Micaela.

La misma intensidad del dolor le hizo más corto. Al cabo los gritos cesaron, y aunque las lágrimas corrían aún y el cuerpo se agitaba, sacudido por los sollozos, Irene pudo levantarse ya más serena y acompañar á Acisclo á la cocina, donde ambos hermanos restauraron sus fuerzas. Satisfecho el primer apetito, Acisclo comenzó á desembuchar más noticias, todas desagradables. La enfermedad y la muerte de los Palomin habían dado el último golpe á la mermada hacienda. Cuanto quedó sin vender, que no fué mucho, estaba empeñado, y la alcarreña oía, dolorosamente asombrada, aquel relato de ruina.

Por la ventana que abría al patio entraban rumores de otras cocinas, voces confusas, cantos comenzados, que, interrumpiéndose de pronto, anudaban la cadencia, al cabo de un rato, en el punto que la rompieron. Todos estos ruidos se acompañaban con el golpeteo menudo de una media luna que, picando carne, caía incansable sobre madera, manejada junto á un fogón ignorado por una invisible maritornes. Aquel continuo y monótono ruidito seguía palabra á palabra la triste narración de Acisclo. Al compás del enfadoso rumor caían las ilusiones de Irene, como si la cuchilla corva las fuese desmochando una tras otra. Trataba la muchacha de sobreponerse á aquella obsesión, inquiriendo la suerte de las mulas, de la casa, del olivar, de las tierras y la respuesta de Acisclo, subrayada por el inevitable golpe burlón del maldito hierro, arrebatábale otra esperanza. En resumen, que los hermanos sólo poseían lo puesto ó punto más.

Mas Acisclo no dijo que la ruina de los Palomin se debió en gran parte á la inercia y vagancia del mancebo, quien, holgando por romerías y ferias, se dejó muy buenos cuartos en tabernas y rústicas chirlatas. Esto lo averiguó Irene más tarde, y por ello suprimió todo socorro á su hermano, quien, á decir verdad, tampoco necesitó de él mucho tiempo, pues á poco, y en una reyerta tabernaria, le asestaron un navajazo tan certero, que entre los vapores del vino pasó á mejor vida, sin sospecharlo.

El desengaño sufrido por Irene al enterarse de la ruina de su familia, detuvo por algún tiempo el impulso de su voluntad. Entonces, y por virtud de tal chasco, tornóse más seria y reservada. Su afición al trabajo se extremó, y batallando con las otras criadas, puliendo sus facultades laboriosas, llegó á hacerse indispensable á doña Micaela. La tenacidad de Irene no teniendo fin próximo que alcanzar, inclinó el ánimo de la alcarreña al ahorro, haciéndola depositar en manos de sus señores su salario íntegro, que crecía y engordaba prodigiosamente.

Aquella semi apatía de su voluntad influyó en Irene algún tiempo, haciéndola acudir los domingos y fiestas á las iglesias, donde su espíritu dolorido reposaba. Allí, sentada en un banco, hundida en la penumbra de la nave, empezaba á rezar por el descanso de sus padres.

En los comienzos, la oración formábase en el cerebro y los labios la repetían conscientes, pero luego era la boca la sola en continuar el rezo, pues distraída la atención de la muchacha, acudían á ella pensamientos profanos, desterrando el ruego y sustituyéndole con su movimiento incesante y sus infinitas combinaciones. A igual de la iglesia al principio sumida en sombra triste, iluminada después por el temblor de las velas encendidas para el tríduo ó la novena, Irene veía aclararse lentamente las tinieblas dolorosas de su espíritu con ideas consoladoras, con esperanzas de mejores días que, enardeciendo su voluntad, la vigorizaban é infundían alientos para empresas grandes. ¿Por qué desesperarse? Queriendo, todo se consigue en el mundo.

Estas resurrecciones se hicieron más frecuentes según pasaba el tiempo, royendo la pena, y al cabo llegó un domingo en el que Irene en vez de meterse en la iglesia, se fué de paseo con una amiga suya llamada Adela.

Ataviadas con sus mejores trajes, las dos jóvenes se dirigieron hacia el puente que enfla la Casa de Campo, en cuyo lugar había de esperarlas el joven Emilio, dependiente de un comercio de lencerías, novio á la sazón de Adela. En efecto, allí estaba, y con él un compañero suyo llamado Francisco Tudela. Juntos los cuatro, cruzaron el puente.

Lindando con las tapias de la Casa de Campo se extiende hasta las orillas del Manzanares una apacible pradera que sombrean añosos sauces y álamos blancos con un toldo de pálidas hojas. Mansos arroyos cortan aquel sitio ameno con el tardo paso de sus corrientes que duermen en cauces estrechos y hondos, bajo las verdes lentejas de agua.

Algunos grupos, esparcidos por el prado, alborotaban y reían en espera de la merienda que freíase sobre rústicas fogatas. Chillaban agudamente modistas y cocineiras al elevarse raudas, en los columpios, el Tío vivo cruja al girar rápido de su eje, y ante el tumulto domingue-ro huían rezongando los pacíficos patos y las prolíficas gallinas, que son señores habituales de aquellos parajes.

Imitando á las prudentes aves, Irene, Adela y sus caballeros abandonaron el mundanal bullicio, y junto á la tapia de la Casa de Campo se acomodaron; muy juntitos los novios, á honesta distancia la alcarreña y su acompañante.

Mientras Adela y Emilio charlaban por los codos, olvidándose del resto del mundo, Irene y Tudela comenzaron á hablar, indiferentes al principio, más animados luego. Su conversación se deslizó sobre asuntos familiares. El la preguntó la causa de su luto. Ella le narró sencillamente su desgracia, sin alardes de sentimentalismo. El respondió á aquella narración contando su historia. Era navarro, de Aoiz; un poblachón triste, enterrado en-

tre altos cerros, primera estribación de los vecinos Pirineos. Allí pasó su infancia. Sus padres habían muerto. No le quedaba más familia que una hermana. ¿Mayor que él? No, una niña. Vivía con el tío que le cuidó hasta su venida á Madrid. En la corte estaba desde hacía algunos años. No le iba mal, había ahorrado algo y con el tiempo esperaba establecerse por su cuenta. Entonces vendría la hermanilla y todos serían felices.

Después de este relato siguieron hablando, sintiéndose cada vez más inclinados el uno hacia el otro, simpatizando de manera maravillosa. Ambos eran ambiciosos y anhelaban ascender. La misma voluntad existía en los dos, y semejante á los trozos de un imán roto que puestos en presencia pugnan por juntarse, trataba de unirse para realizar su deseo. Se confiaban sus aspiraciones. El estaba seguro de ganar si abría tienda. Ella animábale con sedudas reflexiones. Una tienda bien administrada es un río de oro. Pero, ¡ay! el no poseía lo suficiente; en fin, qué se le va á hacer... esperaría.

Irene, oyéndole, hacía cálculos mentales y apreciaba el pro y el contra del negocio, estimando aquella ocasión como única para el aumento de sus intereses. Pero la desconfianza le hizo temer posibles pérdidas. Preguntó al joven cuánto necesitaría para establecerse.

Tudela citó una cantidad. Irene volvió á reflexionar. Sus ahorros no ascendían á tanto... Se podría pedir un anticipo á doña Micaela, quien no se negaría. Mas, ¿y si perdía el dinero? A una mujer le es siempre difícil intervenir en negocios. ¿Cómo evitar tal contingencia? Meditó un instante, y luego, mirando cara á cara á Francisco Tudela, le dijo serenamente: «Yo puedo facilitar á usted lo que busca. Pero antes, dígame usted francamente, pues en la franqueza no hay ofensa. ¿Le repugno á usted para mujer?»

Como Irene, Tudela contempló á su compañera un momento. Los ojos de ambos cambiaron una mirada seria y reflexiva, equivalente á un contrato. Examináronse mutuamente, y pensando los dos á un tiempo: «Parece honrada»

«Parece bueno», se dieron la mano diciendo: «Trato hecho».

Después de pronunciar aquellas palabras decisivas siguieron su conversación comercial, y mientras trataban de compras á crédito y al contado, de ventas con pérdida, de tantos por ciento y otras zarandajas semejantes, la tarde moría en paz, cerniendo su luz entre la temblorosa cabellera de los sauces. A flor del suelo rastreaban ráfagas doradas, escurriéndose entre los troncos, y de las lejanías campestres de la Casa de Campo llegaban bocanadas de brisa olorosa, trayendo el aroma primaveral de la tierra florecida. Cabeceaban blandamente las copas de los árboles, y el Océano de verdor reventaba en el muro, saltándole y cayendo fuera en oleadas de flores y de hojas. Abriáanse rosadas y amarillentas las madreselvas, corrían á sus citas amorosas, verdes sabandijas y bronceados coleópteros, y en el aire bailaban torbellinos de moscas sobre las recortadas margaritas y los matacandiles morados. El amor llenaba con su alegría el mundo entero, haciendo palpar de gozo las vibrantes alas de los insectos, entreabrir voluptuosos los cálices de las madreselvas. De pronto sonó un chasquido leve que hizo volver la cabeza á los comerciantes. Emilio y Adela se habían besado. A los socios les chocó mucho aquello, y aunque nada dijeron, su actitud desaprobadora cohibió á los culpables, quienes se levantaron, proponiendo la vuelta para disimular su turbación. Aquellos paseos se repitieron, creció la simpatía, afirmóse la mutua confianza, y aunque Irene y Francisco no lo confesaban, algo más tierno que los cálculos comerciales hacíales cortas las horas cuando se veían...

Pasó algún tiempo, y al fin, juntados los ahorros, obtenido de los señores de Menéndez Negro el préstamo en condiciones ventajosísimas, los ambiciosos se casaron el día de Santiago. Hubo gran almuerzo, se bailó de firme, todos se divirtieron mucho y desearon felicidades sin cuento á los esposos. Y éstos, cuando al cabo juntos y solos se besaron por vez primera, convencieron de que, á más de la inclinación comercial, otra más honda unía sus

labios, y su noche de bodas lo fué también de amor. A semejanza de los héroes de cuentos de hadas, fueron afortunadísimos. Todo les salía bien. La tienda de lienzos, que con el título de «A la Fina Holanda» instalaron en la calle Ancha, se reputó en seguida, y allí acudieron los compradores, cada día más numerosos. El dinero prestado fué devuelto sin apuros. Eran jóvenes, estaban sanos, se querían, el almacén prosperaba y todos sus anhelos lográbanse en el acto. Es decir, todos no, pues, y pareciéndose también en esto á los príncipes de las historias mágicas, no tenían hijos.

La falta de familia no les contristó al principio. Pero á medida que su fortuna crecía, la esterilidad les amargaba todas las dichas, abrumándoles el triste pensamiento de que aquellas riquezas no alegrarían la vida del hijo deseado.

Por entonces Tudela dispuso que su hermana viniese á vivir con ellos. Así se animaría la casa. Irene acogió á su cuñada Fuensanta con cariño y solicitud no comunes en tal grado de parentesco. La niña (sólo contaba diez y siete años) pagó este afecto con otro entrañable y apasionado que le hacía mirar á Irene como á un sér sobrenatural y benéfico.

Fuensanta era una preciosidad. Pálida, de ojos negros, profundos y tristemente soñadores, recordaba una vírgen de la escuela española, una de esas madres humanas que contemplan con expresión serena y dulce los juegos del hijo divino. Y á las perfecciones de su cuerpo correspondían las de su alma, sencilla, buena, amante, sin mezcla de hiel ni asomo de mal. El almacén se alegró con la presencia de aquel pajarillo, que gorjeaba todo el día, y los esposos parecieron olvidar algo su infecundidad. Pero no les duró mucho aquel consuelo, pues Fuensanta se casó á poco de llegar á Madrid.

Un día de Corpus la vió pasear por la calle Mayor Evaristo Muchaniel, y enloqueció desde entonces por la navarrita. Ella también se apasionó, y tras unos amoríos brevísimos, idílicos, que no turbó reyerta alguna, se casaron.

Evaristo era un buen muchacho. Perteneía á una familia palatina. Su padre fué ayuda de cámara de Fernando VII y de Muñoz; su madre, moza de retrete; el propio Evaristo era carrerista y multitud de parientes suyos ocupaban en Palacio empleos de porteros de banda, alabareros, ujieres, guardas mayores y otros puestos parecidos. Estos empleados sustituyen en el Alcázar á los sirvientes de las casas particulares; pero por una condición muy humana, quienes desempeñan tales cargos no admiten la servilidad que llevan consigo, sino que, creyéndose ruedas indispensables de la máquina real, miran por encima del hombro á los demás míseros mortales.

Evaristo no sentía estos desvanecimientos presuntuosos, pero su hermana, la ilustre señorita doña Teodosia de Muchamiel y Orondo de Tejares, se enfatuaba por los dos. Tan excelsa dama era bastante mayor que el enamorado, y tomó muy á mal el matrimonio. Porque, como decía á las nobles hembras que con ella tertuliaban en el cuarto de Caballerizas destinado á los Muchamiel: «Esa chica será muy bella, no lo niego, buenísima, líbreme Dios de dudarlo, pero no es de nuestra clase, es de extracción plebeya. ¡Ay, si mi madre levantara la cabeza! En fin, qué vamos á hacerle. Son pruebas con que el Señor aquilata nuestros méritos.» Pero aquellas lamentaciones fueron cesando poco á poco ante el encanto de Fuensanta, y al fin, la cuarentona señorita de Muchamiel concluyó por decir de su cuñada que era una pavisosa, frase equivalente á un elogio, pronunciada por tan venerable mujer.

Una vez casada Fuensanta, los Tudela cayeron otra vez en sus murrias. A pesar de seguir los consejos médicos, de visitar milagrosas imágenes y acudir á baños famosos, la aflictiva esterilidad de los esposos no tenía fin. Para colmo de dolor, á poco de casados Evaristo y Fuensanta, les anunciaron que iban á ser padres. Los lenceros escucháronles contristadísimos. Por no aparecer envidiosos disimularon su dolor, pero sus ojos se humedecieron.

Mas aquella fué su última prueba. Al poco tiempo notó Irene algo que le hizo esperar en la realización de su deseo. Pensando solamente en el alegrón de su marido, corrió á la tienda y allí, ante dos compradores estupefactos, abrazóse á Tudela, diciéndole algo al oído. Al escucharla, el comerciante pagó su abrazo con otro no menos estrecho, y dejando á los asombrados clientes en poder de los mañebos se retiraron ambos cónyuges al comedor. Allí hicieron cálculos, cotejaron fechas y descubrieron que el fausto acontecimiento se verificaría poco después del parto de Fuensanta.

Como princesa infecunda que anuncia la continuación de la dinastía, fué cuidada Irene por su esposo. Desde el bienaventurado instante en que Tudela conoció su dicha, no dejó á la futura mamá hacer esfuerzo alguno, ni moverse apresurada, ni ajetrearse en lo más mínimo. Él la atendía en todo, descuidando la tienda. Para ella los caldos substanciosos, las tiernas pechugas, los vinos añejos. Para ella también los orejones, las castañas pilongas, los garbanzos tostados y otras mil porquerías que ansiaban sus antojos. Pero estas pesadeces y algunas más, hijas del interesante estado de su costilla, las sufría D. Francisco con regocijo y angelical paciencia, y atendiéndolas creía pagar en algo á Irene la dicha de su paternidad.

Cogidos del brazo paseaban los esposos y caminando lentos disertaban sobre el próximo heredero. Se decretó que si era niño se llamaría Francisco, como su papá, y si niña, Petrita, en recuerdo de su abuela materna. A lo que fuera se le darían todos los gustos posibles, pues el pobre ó la pobre bastante tendría que pasar en este pícaro mundo para amargarle la vida desde chico. Si era varón seguiría una carrera, y aquí surgió una duda: ¿qué sería, militar ó abogado? El prestigio del uniforme se equilibraba con la majestad de la toga; pero la aterradora imagen de la guerra inclinó el platillo en pro de las leyes. Paquito sería letrado. Y lanzándose los Tudela por el campo inmenso y alegre de las esperanzas, veían al hijo nonnato, hecho hombre, bueno, cariñoso, talentado, adornado con

todas las perfecciones, exento de todo defecto, impecable en suma, que es como ven los padres á los hijos.

A su tiempo dió á luz Fuensanta una niña á quien bautizaron Castita, en memoria de su abuela, la célebre Casta Orondo de Tejares, afamada por sus habilidades en el bordado, de que dejó muestra en los cuartos de algunos sitios reales. El parto de Fuensanta fué difícil y peligroso, y aunque escapó con vida quedóse muy maltrecha y sin fuerzas para nada.

En cambio Irene cumplió su misión de modo perfecto. Al caer la tarde, se sintió enferma. Se metió en la cama y llamó á su marido para que avisase al médico, pues la cosa iba de veras. Y tan deprisa fué, que cuando Tudela entraba en la alcoba en unión del galeno, oyó un grito de Irene junto con el primer chillido del hijo esperado, que al fin nacía. El doctor fajó á la recién parida, lavó al chiquillo y largóse, diciendo que para tales casos no hacía falta asistencia facultativa. Así nació Paco Tudela y Palomin.

(Se continuará).

ALVARO DE ALBOR-
NOZ ❖ EVOLUCION
DEL SOCIALISMO ❖

QUE el socialismo marxista hizo progresos enormes en el último cuarto del pasado siglo es de todo punto innegable. Mas—fenómeno digno de ser notado—lo que ganó en adeptos, en votos, lo fué perdiendo en pureza doctrinal. A medida que fué conquistando voluntades aunándolas para la acción, fué poco á poco despojándose de su carácter revolucionario, adaptándose á la realidad. Rectificado en parte y en parte completado por ésta, relegada á segundo término la vieja ortodoxia, las exigencias de la lucha política, lucha de intereses, de tal modo desvirtuaron su esencia, haciéndole sufrir transformaciones de ideas y de procedimientos que, sin temor de ser desmentido por nadie, bien puede afirmarse que el marxismo militante, el que actualmente mete bulla en *meetings* y Congresos, en muchas de sus afirmaciones se halla en contradicción manifiesta con la pura tradición marxista.



Buena prueba de esto—entre otras de que luego haré mérito—es el programa agrario del partido obrero francés.

Como todo el mundo sabe, la aspiración final, suprema, del socialismo marxista es la socialización de los medios de producción. La evolución económica, concentrando la propiedad y demás instrumentos de trabajo en un número cada día menor de poseedores, conduce fatalmente al colectivismo. Querer detener ó violentar el curso natural de la historia es vano empeño, es una locura. Lo único que cabe hacer es favorecer la evolución,

acelerarla. Los marxistas franceses, como todos los marxistas, sustentan estas ideas, en cuyo exámen no tengo para qué entrar ahora.

Pero en Francia la propiedad territorial se halla en extremo dividida. La revolución industrial, que destruyó casi por completo al pequeño productor, dueño de su taller, ha respetado al pequeño agricultor, que forma la base de la población rural y aún de la total del país. El aldeano francés ha conservado su pedazo de tierra y no se halla dispuesto á entregarlo al primero que llegue. Mientras el socialismo pretenda expropiarle, será su enemigo.

Los directores del partido obrero se hicieron en seguida cargo de la situación. De un lado, necesitaban el concurso del aldeano, de la población rural, para llegar á ser mayoría en la Cámara. Mas, ¿cómo ganar la confianza de los pequeños propietarios? En tanto que, limitándose á afirmar la socialización de los medios de producción, no se cuidasen para nada del problema agrario, rechazando las pretensiones de los pequeños terratenientes, condenados á desaparecer por la doctrina marxista, y sacrificando á la teoría los intereses de la población rural, era imposible que conquistasen las simpatías del proletariado agrícola. De otro lado, ¿cómo faltar á los principios? ¿Cómo dificultar la evolución económica, oponiendo obstáculos á la concentración de la propiedad y retardando el momento de la emancipación?

Grave apuro. Que las aspiraciones de los paisanos son contrarias á la ortodoxia marxista, es indudable. Esta misma cuestión fué discutida por los socialistas alemanes en el Congreso de Breslau. Wollmar, Bebel y otros, la plana mayor entera, se inclinaban al oportunismo, á la *herejía*. Pero los intransigentes, los marxistas de una pieza se opusieron. Y, á fuer de marxistas, tenían razón. Sostuvieron, por boca del doctor Schippel, que el mantenimiento de la propiedad privada era incompatible con los principios. Kautsky, el director de la *Neue Zeit*, demostró que las pretensiones de los agrarios estaban en

contradicción con el *Manifiesto comunista* y con el *Capital*—como si se tratara, dice Bourdeau, del Evangelio según San Mateo ó según San Juan—.Y una mujer, una tal Zetkin, llegó á sostener que el interés del partido socialista alemán estaba en que los paisanos se proletarizarasen, por dolorosa que pudiera resultarles la operación. Ante todo... los principios. En el Congreso de Breslau quedaron éstos á gran altura.

Los marxistas franceses no se anduvieron con tanta *metafísica*. Antes que sus colegas alemanes hubieran planteado el problema, ya lo habían ellos resuelto. Mandaron la teoría á paseo y redactaron un programa agrario conforme á las aspiraciones de los paisanos. Esto ocurrió en el Congreso de Marsella de 1892. En el de Nantes, en 1894, añadieron al citado programa varios considerandos llenos de *herejías*. Engels no les ocultó su enojo. Poco faltó para que fuesen excomulgados y anatematizados.



Conocida es de todos la ley de los salarios de Lassalle, la famosa ley de bronce. Según ella, el salario del obrero debe reducirse á lo estrictamente indispensable para la vida y para la reproducción. Puede ocurrir á veces que el jornal se eleve sobre este *mínimum*, mas su aumento determina el de la población y, multiplicando los brazos, hace que el salario vuelva á su antiguo nivel. Es, pues, un círculo vicioso, del cual no hay medio de salir.

Dadas sus ideas, claro es que el gran agitador no había de sentir gran entusiasmo por la cooperación. Por otra parte, bastaba que Schulze-Delitzsch, su gran enemigo, hiciese de ella bandera de combate para que él la mirase con desconfianza. Bajo la influencia de Lassalle, el socialismo alemán permaneció alejado de la cooperación.

Marx no era opuesto á ella. Consideraba la producción cooperativa como una forma social de transición

que, aun con ciertos defectos inherentes al sistema de producción capitalista, anuncia ya, por la positiva supresión de los antagonismos entre el capital y el trabajo, el sistema de producción socialista. Reconocía en el movimiento cooperativo «uno de los resortes de la transformación de la sociedad presente, cuyo gran mérito consiste en mostrar prácticamente que el sistema actual puede ser sustituido por la asociación de productores libres é iguales». Consecuente con su manera de pensar, recomendaba á los obreros que fundasen cooperativas de producción. Las de consumo no le inspiraban grandes simpatías, pues «sólo tocan á la superficie del sistema económico actual. Las de producción, en cambio, lo atacan en sus fundamentos».

A pesar de esto, Marx juzgaba el movimiento cooperativo impotente para producir, como resultado de su evolución espontánea, la supresión del salariado. De otro lado, su doctrina de la creciente pauperización de las masas, su creencia en que el interés de éstas está en proletarizarse, á fin de hacer de tal modo inevitable y aun de acelerar la socialización de los medios de producción, eran manifiestamente contrarias á la idea de reforma lenta, pacífica, que la cooperación entraña. Así, sus partidarios, en vez de practicar la cooperación, la combatieron. El Congreso de Berlin de 1892 se pronunció contra ella. Bebel declaró en él que la cooperación podía favorecer, en determinados casos, á ciertos individuos, pero que, en general, no podía prestar ningún servicio á la clase obrera ni resolver un átomo de cuestión social.

En tanto, la cooperación hacía maravillas en algunos países de Europa. El libro de Mme. Sidney Webb *El movimiento cooperativo en Inglaterra* fué traducido al alemán. El ejemplo de Bélgica hizo pensar á los obreros alemanes. Allí la cooperación, organizada por socialistas, además de producir grandes beneficios como institución económica, servía admirablemente á los fines de propaganda del partido obrero. De ello daban elocuente testimonio el *Vooruit*, de Gante, y la *Casa del pueblo*, de Bruselas. Una

mujer, Adela Gerhard, demostró en su libro, *Cooperativas de consumo y democracia socialista* cuán infundado era el recelo con que los socialistas veían el movimiento cooperativo. Al fin, en el seno del socialismo alemán inicióse una corriente favorable á la cooperación.

Claro es que al principio halló grandes resistencias. El hecho de que los libertarios, que en Alemania, como en todas partes, son odiados por los socialistas, practicasen la cooperación, era una de las principales razones que éstos últimos tenían para combatirla. Lentamente fueron cediendo todos los obstáculos. La experiencia de lo que en la misma Alemania sucedía, donde las cooperativas de consumo, desdeñadas por los socialistas, que sólo discutían las de producción, progresaban sin ruido, contribuyó á ello no poco. Los socialistas concluyeron por aceptar la cooperación, que en estos últimos años hizo progresos enormes. Bebel, Bernstein, los prohombres del partido obrero discurren ahora acerca de la misión que á la cooperación toca cumplir en la gran obra de transformación social á que asistimos.

He aquí cómo la práctica, la realidad de la vida fué influyendo sobre la doctrina, amoldándola poco á poco á sus exigencias.



A idéntica conclusión nos llevaría el estudio de los Congresos celebrados en los últimos años por los distintos partidos socialistas. Sólo voy á referirme á dos: al de Viena de 1901 y al de Imola del pasado Septiembre.

El primero fué reunido con objeto de revisar el antiguo programa del partido obrero austriaco. Los depositarios de la tradición marxista se defendieron desesperadamente. Fué rechazada una proposición encaminada á atenuar el sentido exclusivista y dogmático de la evolución económica, fatalista, preconizada por Marx, y á sancionar el reconocimiento del importantísimo papel que el factor subjetivo, individual, personal, desempeña en las ac-

ciones y reacciones de los elementos sociales. Fué igualmente rechazada la proposición de Adler de cambiar el nombre de partido obrero democrático-socialista por el de partido socialista democrático, proposición que tendía, como es fácil comprender, á quitar al partido socialista austriaco su carácter exclusivamente *obrero, manualista*, y á hacer de él un partido abierto á *todas* las clases y á todas las iniciativas. Con todo, el nuevo programa del partido socialista austriaco señala una importante desviación del antiguo, de la ortodoxia rigorista, del dogmatismo estrecho y cerrado del marxismo impertinente y recalciante. En primer lugar, fué abandonada por absurda, por insostenible, la doctrina de la creciente pauperización de las masas, la teoría que hace suya la afirmación aventurada, basada en una generalización precipitada é imprudente, hoy categóricamente desmentida por las estadísticas más serias y más completas, de que la miseria de las clases populares aumenta de modo inevitable á medida que el industrialismo avanza y se verifica la acumulación del capital. Además de esto, que ya es algo, el nuevo programa de Viena, en vez de adoptar frente á las instituciones parlamentarias la actitud de reserva y desconfianza en que se inspiraran los redactores del viejo programa de Hainfeld, mantiene resueltamente el criterio opuesto y acepta en toda su extensión y con todas sus consecuencias, lo que un socialista distinguido, Rapoport, llama «lucha política y constitucional contra un régimen de absolutismo feudal que en vano se cubre con una máscara de libertad», con las apariencias engañosas del doctrinarismo.

Del Congreso de Imola sólo diré dos palabras. Discutióse en él la táctica que debía seguir el partido socialista italiano. Halláronse frente á frente los marxistas intransigentes, los revolucionarios, capitaneados por el profesor Ferri, y los oportunistas, los reformistas, representados por Turati. Por 484 votos contra 279, fué aprobada la política de transigencia, de conciliación, defendida por este último.



Estos diversos hechos—omito otros muchos por no extender demasiado este artículo—muestran claramente lo que pudiéramos llamar proceso de descomposición del marxismo y de integración del socialismo. No hace falta ser profeta para anunciar desde luego el término de tal evolución. «El proletariado sólo—ha dicho Rappoport—es un cuerpo sin cabeza. La emancipación de la humanidad tiene que ser obra de la humanidad entera. El socialismo será integral ó no será.» En efecto, sólo abriéndose á los cuatro vientos, sólo manifestándose nos tan justo, tan verdadero y tan bello como útil, podrá llegar á ser la gran idea liberadora que agite un día el cerebro y el corazón de las muchedumbres conscientes.



HENRI DE REGNIER
❖ JUEGOS MÍSTICOS
Y DIVINOS ❖ ❖ ❖ ❖
❖ ❖ EL VISITANTE

*La casa en calma y la llave en la cerradura,
la mesa en que los frutos dulces y el agua pura
de la copa se espejan sobre la tabla oscura;
dos caminos que guían—los dos—al horizonte,
la mar que se presiente, lejos, detrás del monte,
y todo lo que evoca risa sencilla y clara
de los que no desean nunca cosa más rara
que una fuente azul entre florecidos rosales,
que un racimo en sus vides, que una tarde en sus días
con vaguedad alegre y con melancolías,
—una hora en pos de otra, los días siempre iguales.—
Todo esto ha comprendido mi alma, Amor, al ver
tu esperada figura traspasar mis umbrales,
gustar los frutos con tu boca de mujer,
beber el agua límpida y sentarte, y plegar
tu ala divina sobre las losas de mi hogar.*

TRADUCCIÓN DE CATULO.



GLOSARIO DEL MES

HAY en la tierra estruendo de marciales preludios y de combates épicos; el pabellón celeste de azul exacerbado se torna violeta. Es la gloria triunfal de la inauguración.

Hierve en los cuerpos jóvenes el atavismo tórrido de muchos años muertos. Los perezosos árabes—siervos de las sultanas—que alancearon toros no han huído al *mogreb*. Los albos albornoces, sobre el corcel flotantes, nos arrastran aún en loco torbellino de ciegas aventuras y de bárbaras lizas. También el tronco ario de los abuelos griegos vibra en el corazón de la plebe estruendosa. Olímpica tragedia vamos á ver: la ciega fatalidad, que es fuente de estética emoción, constelando va el cielo de Vesperus con sangre de los hombres—bebida grata á los dioses.—Bajo el encaje-blonda brilla la crencha-blonda de nuestra aristocracia. Y hay ojos que acarician, de mirar temeroso, como de virgen núbil en la nupcial liturgia de las iniciaciones; ojos claros, que sufren la roja embriaguez de la sangre en torrentes; ojos negros, que evocan

la enervación diabólica de las caricias sádicas. Y hay flores como púrpuras, que llamean lascivas sobre el latir medroso de un casto seno oculto—modelárase en ellos una copa sagrada para ofrendar el néctar á los dioses ya viejos.—Flores que simbolizan el deshojar claveles en el tálamo intacto. ¡Placer... sólo con sangre! ¿No habrá un torero herido?

¡Oh fiesta de mi patria; para cantar tu gloria, en sáficos y adónicos esculpirla quisiera! ¡Oh, la oda pindárica y la tragedia esquílica!

Sobre la tierra extiéndese el silencio medroso de las tristezas hondas, y el cielo empalidece como una gran turquesa que declinase. Ruedan los carruajes con ritmo de ceremonia fúnebre, y las blondas movibles van esfumando lentas sus livideces vagas en la luz otoñal de la tarde que muere—fantasmas que aletean sobre la crencha rubia de nuestra aristocracia;—brillan algunas luces en la ciudad, rendida del amargo espectáculo, y tiemblan como fuegos fatuos en un macabro cementerio que bulle. En los arcos eléctricos hay el brillo engañoso de las glorias humanas, del fugaz regocijo... ¡Está herido un torero!

¡Oh, el tedio de la vida! ¡Quisiera conjurarte en prosa nazarena, como Juan Nieremberg!

ENHORABUENA á Emilia Pardo Bazán, la gran escritora, por su artículo *La sangre*, publicado en el extraordinario de Semana Santa de *El Globo*. Con alma abierta hacia el cielo, con mano de escultor atormentado y seguro, esta mujer admirable nos cuenta en estrofas divinas, salpicadas verdaderamente de sangre y de lágrimas, el misterio íntimo é inefable del vino celeste y todo el símbolo de la preciosa herida, en Jesús, y en nosotros. Las frases están unguadas de piedad y de amor, y hay á cada instante estremecimientos de corazón y éxtasis de ojos. Bien dijo D. Juan Valera, cuando colocó á Emilia Pardo Bazán al lado de Teresa de Jesús. Tesoro de esencia, tesoro maravilloso de forma, la obra de la grande é infatigable escritora gallega quedará como un jardín,

como un museo, como un santuario, para las venideras generaciones, y los artistas de lo futuro vendrán á las páginas de sus libros para descifrar el enigma sagrado de la letra y para depositar sobre tanta belleza la corona de oro.

BENDICIÓN de palmas. La iglesia estaba fría y muy obscura. Sólo unas cuantas viejas quedaban dentro. Fuera reinaba Abril, el Abril florecido de la tierra de España. Recuerdo cómo por las callejas de la aldea ondulaban las palmas procesionales y como el turiferario iba lanzando al aire nubes blancas, cuyo aroma fingía la fragancia de una flor más, recién nacida. Silbaban los rapaces en hojas de lirio; llevaban las mozuelas en la mano el romero bendito. Culebreante, la procesión se detuvo en el atrio. «Attollite portas, principes vestras, et introibit rex gloriæ». Conmovióse el recio portón, abrióse luego de par en par; el aire matutino, entrándose en la iglesia, empalideció las luminarias del fondo y estremeció los paños de duelo, sudarios de las santas imágenes. Las viejas rezadoras sintieron erizarse sus cabellos. Colóse un pajarillo por el boquete azul, hendió la nave con las alas abiertas, se posó en el retablo, rompió á cantar..... y de este modo entró la primavera en el templo.

EL rey Eduardo de Inglaterra pasea por tierras meridionales el fastidio de su vieja corona, hecha de brumas. He aquí que ha llegado á Portugal en pomposa visita de etiqueta; he aquí que ha pasado por su buen Gibraltar, paternalmente, y ahora va á Malta y luego á Roma á ver al Santo Padre, ni más ni menos que todo buen católico. Dícese que el rey de Inglaterra pasará por París... ¡Oh, corazón del príncipe de Gales! ¡Oh nostalgia y tristeza al entrar rey y sólo rey en la gran Babilonia que poseyó tu alma cuando eras hombre!

DULCE mes para los pobres árboles. Después de la tristeza del invierno, del frío de la nieve y del galope del viento; después de la burla estúpida y cruel de las serpentinas del Carnaval, he aquí que los troncos viejos se llenan de flores, en un fresco y alegre rejuvenecimiento de color. Los jardines están embalsamados y risueños; todo el verdor cuajado de pétalos claros. Y paseando el alma llena de irisaciones y lumbres—dentro del cuerpo y bajo la americana y el chaleco tan bien cortados y cosidos—por las avenidas, he soñado muy tristemente, mirando estas flores, delicadas y fragantes sobre el patrullar de la pata humana y la nube de polvo de la tierra. El árbol de este mes es, sin duda alguna, el árbol que el pueblo llama del amor, probablemente porque para el pueblo esta palabra amor es como el resumen de todo lo ideal y lo espiritual. Este árbol del amor, florido en su mismo tronco duro y fuerte, salpicado de estrellitas de seda, dice cosas inefables á los ojos y al alma, con su carga de cálices de un rosa-violeta velado y dulce sobre la corteza rugosa y obscura. Diríase que del cielo azul ha nevado una nieve rosa sobre el árbol del amor. Y en medio de los árboles de siempre, exótico, con su aire japonés, este árbol trae al sueño un recuerdo de esas primaveras fantásticas que todos hemos visto á través del vidrio de color de nuestra alma dormida.

EL automovilismo cunde. Pronto se ha de celebrar la carrera París-Madrid con su necesario acompañamiento de muertes *despachurrantes*, fieros males, emociones sangrientas y malsanas. Pero si se descarta este frenético perseguir á una muerte trágica, bajo la extremaunción hedionda de la gasolina, juzgo á este sport amable, bello y aun femenino. La voluptuosidad vagorosa de las distancias recorridas, el vértigo leve de la automoción veloz, el ansia creciente de un rápido caminar sin tino, pienso que son tres íntimas emociones. El agrado de la mujer contemporánea, inquieta é intelectual, rebuscadora de refinados placeres donde quiera que se encuentren.

Los *antañones* palafrenes, graves y de dócil mansedumbre no son cabalgados ya por las bellezas infanzonas y linajudas que imponían feudatario respeto, y sus arneses ricos, sus gualdrapas de recia tapicería, permanecen recatados en la eterna penumbra tácita de los rancios salones familiares, siempre olvidados, en donde alguna larga estría de luz polvorienta va girando á compás del día declinante. Los automóviles ruedan en ruidoso torbellino, ostentando en su seno preciosa carga de nobles damas, que titulan de rancios blasones.

Una linda marquesa amiga mía, que ilustra un hermoso nombre provenzal—se llama Amalia—me escribe: «He adquirido un *auto* que hace unas velocidades ideales.»

CREÍA yo ingenuamente que desde muchos años á esta parte las madres no daban el pecho á sus hijos.—Me refiero á las linajudas, encopetadas y elegantes señoras de nuestra aristocracia.—Y sin embargo, algo he visto el otro día que me llenó de asombro, como una revelación, é hizo latir en un misterioso repliegue de la sensibilidad cierta fibra delicada nueva en mi.

Ello fué en *el Retiro*. Pasábame repantigado en los nada muelles cojines de un simón, arrastrado con fatiga por infeliz animalejo. La tarde era muy tibia, impregnada de suave voluptuosidad primaveral, y yo gozaba de ella con la blandura perezosa de los gatos, grandes sibaritas. Al revolver una avenida umbrosa, con los ojos entornados—ya que el continuo y monotonó crujir de las ruedas sobre la arena húmeda me adormecía,—pude ver una escena amable. Un lacayo corpulento, de bondadosa sonrisa servicial, y vestido de parda librea heráldica, con blasonados botones, conducía de la mano á dos niños elegantes. Inclínaba el servidor su torso hercúleo para mejor coger las manos infantiles, con actitud de protección tierna. De la diestra mano llevaba á la niña y de la siniestra al niño, de menos edad que su hermanita: la una con vestido azul, muy corto, del cual parecían pen-

der como tallos endebles, las dos piernas, muy delgadas y de un blanco muy tierno, como el brote de la magnolia: el otro, con traje de hombrecito á la marinera, petulantemente gracioso en su corte.

Los niños reían las más ingenuas risas de primavera oculta; saltaban como pájaros, siempre cogidos del mocetón, y agitaban sus manos en una dirección que yo seguí. Atiné á ver entonces un rico tren á la sombra de un macizo de árboles. Los poderosos trotones, de pelo alazán, piafaban fogosamente, y el cochero, siempre hierático, inmóvil, los aguantaba con las riendas. En el interior una bella dama sonreía muy levemente, y á su izquierda una moza vestida de pasiega sostenía en su regazo una criatura envuelta en puntillas y piqués blancos, todo muy vaporoso. Y pensé para mis adentros: «He ahí una de tantas... Si Fray Luis, el Maestro...» Detuve mi aventurado juicio, y ví algo que me llenó de asombro y adorador respeto. La dama desabotonó su corpiño de seda negra, y saltó rebosante de vida un blanco seno—bóveda de marfil de un templo santo,— y cogiendo el niño de brazos de la moza lo colocó sobre su regazo, y el niño llevó sus labios hacia el pezón, que parecía una corona de oro antiguo, y apoyó su cara sonrosada sobre el pecho jugoso y maternal. La dama sonreía aún levemente y tornaba sus dulces ojos garzos, ora al niño que vivía á su pecho, ora á los otros que cogidos del lacayo saltaban riendo.

A lo lejos rugía una fiera con ansia rabiosa; quizás algún noble león poseído de nostálgica paternidad.

MOROS contra moros y España entre ellos. Amiga del Sultán y de las kábilas rebeldes, la pobre matrona envejecida no sabe á que carta quedarse. Impulsos le vienen de reír, mezclados con ganas rabiosas de echarse á llorar. Entretanto, balas morunas caen amigablemente en el recinto de Melilla. El gobierno y el país esperan que el comandante general Hernández *sabrà hacer su deber*, es decir sabrà dejarse matar inutilmente, como tantos

otros. El Ministro de la Guerra enferma con oportunidad aterradora. ¡Pobres, los que en Melilla representan la triste comedia del honor nacional—comedia que en tragedia vendrá el fin!—¡Qué honores hemos de hacer un día á sus esqueletos! Europa calla con su buen callar. Espera beatíficamente que los moros acabarán por mandar á paseo á su amiga España. Entonces hora será de vengar la ultrajada dignidad Europea, de arrasar el imperio Marroquí y de plantar tiendas en el que fué solar de la hidalga.

LA glicina del paseo de Recoletos, la glicina que enreda su cuerpo de culebra al piño viejo y verde, ha florecido. Sus flores enfermizas y vanas, lánguidas al dulce aire de estas tardes de primavera, y el verdor amarillento y desteñido de sus hojas, traen el recuerdo de lejanos países de niebla; al amor de estas flores y estas ramas pone el alma su idilio romántico, la carita pálida de su Julieta ó de su Margarita, y sus ojos llenos de lágrimas. Bajo el cielo azul de Abril y entre la alegría de oro del sol de España, esta glicina palidece y viene á ser como el alma dulce de la tardecita; pero un alma que sueña con la niebla. Bajo un cielo gris y sumida en una bruma opaca, estaría más entonada su nota de color, y el verdor enfermo y la flor malva darían mejor su melodía y su dulzura. Yo, al pasar junto al árbol triste y pálido, he hecho mi rima romántica, con cadencia de Heine y espíritu propio.

CÓRDOBA, la sultana, tiene hambre. ¡Oh! sombra ensoñadora del gran Califa; ¿vendrás las noches de primavera á sollozar al pie de la palma, tu amiga? Y vos, Isabel la primera, ¿no llorareis también sobre las tierras de Andalucía, donde sembró vuestra pujanza, juntas como trigo y cizaña, la fe y la miseria?

HELIOS

DE ARTE

QUEROL: EL FRONTON DEL PALACIO DE LA BIBLIOTECA Y MUSEOS NACIONALES

UNA obra de singular magnificencia artística, ostentará de aquí en adelante el florecimiento monumental de un genio escultórico, ilustrando la más grandiosa vía de la capital de España. Es el frontón del Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales, que los claros talentos de Agustín Querol, preclaro ingenio, han sabido esculpir en albo carrara.

Fuera de ocasión é innecesario, se me antoja el examen de la peculiar manera é interior carácter de nuestro artista. Distinguidos escritores, que merced á sus atinados juicios pudieron hacerse fama de críticos muy atendibles y discretos, han llevado á cabo esta meritísima tarea, con minuciosidad paciente y concienzuda, que les honra á ellos tanto como á Querol. He de decir, no obstante, que la personalidad del insigne artista, se muestra en tan complejo y vario carácter, que conjura nobles emulaciones, ideales, piedra de toque de su valer. Así, puede decirse, que cabe poner sus obras en parangón con las de los más célebres escultores pretéritos y contemporáneos sin que en el contraste comparativo desmerezcan, y afirmar, ciertos de que la hipérbole no asoma ó inspira el resultado, que son fuertes, vigorosas de grandeza como las de Miguel Angel, palpitantes de vida inquieta como las de Donatello, gráciles y elegantes como las de Benvenuto, y, por último, estremecidas por un movimiento fugaz, é inspiradas en una *sabia ciencia* de la composición, como las del gran Rodin.

Pero, sobre todo, y por encima de estas nobles cualidades, adviértese tan profundo sentido helénico en la evolución estética del escultor de España, que esta magnífica

obra, á que ahora se pone feliz remate, evoca el recuerdo del gran siglo de Pericles, aquel período puramente ático en que Fidias decoró el Partenón amalgamando en bello consorcio la suprema ordenación armónica, con el apasionado sentimiento realista de una vida adorable; he aquí la filosofía del frontón del Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales. Doctrina filosófica de superior armonía, que hizo estremecerse á Pitágoras creyendo oír una quimérica música ultratelúrica, y platicar á Sócrates y Platón en coloquios admirables de austera serenidad; doctrina filosófica que preconizó el amor á la vida divinizando las pasiones fuertes, rindiendo culto á la sana belleza, y que colocó á Felipe de Crotona en el rango de los semidioses por ser el más hermoso de sus contemporáneos. Y esta sabia filosofía estética tuvo su ciencia artística en lo plástico, su retórica en lo expresivo. La concepción del ritmo, que es armonía, aparece íntimamente en el sentido de la escultura, tanto como en el de la literatura, y persigue siempre cierta dirección de ponderadas correspondencias. Los asuntos y concepciones escultóricas de los griegos eran eurythmia de líneas, *música de esquemas*, que luego revestían de carne, fijándolas en posturas definitivas. «El arte de Rodin en Francia es una dirección hacia semejante sintaxis», afirma Paul Adan. El arte de Querol en España es grandioso renacimiento y victoriosa consecución de técnica y concepto helénicos y más estrictamente atenienses. Buena prueba de ello es el soberbio esfuerzo genial petrificado en mármoles, que ahora me inspiran.

En el total conjunto de las figuras que forman el frontón, ha de notarse, en primer término, una peregrina habilidad de composición, que, merced á sabias investigaciones, ó gracias, quizá, á perspicaces intuiciones, vence la necesaria dificultad de la forma triangular, y agrupa los detalles con apariencias de casuística combinación, inspirado en un criterio de serenidad clásica. Por otra parte, el simbolismo que entrañan los seres que en el frontón reposan, es insinuante y sugestivo, nuevo, desligado, por

impulso de libertad arrogante, de las áridas rutinas académicas, conforme con el genio de los grandes artistas griegos creadores de la mitología. La Paz, que aparece en el centro, es una arrogante escultura femenina, que enarbola la oliva con la siniestra mano, en tanto luce en la diestra una palma. A sus pies, una atleta inclinado en violento escorzo, rompe contra su rodilla la espada; y en su anatomía admirable se sigue el violento esfuerzo muscular. Simboliza la guerra. Junto á él, á la izquierda, surge la Poesía como nueva Venus en adorable desnudez, que es casta; sostiene la lira y muestra el mirto de los viejos poetas á las Artes del dibujo, sentadas junto á la Música que tañe la flauta *de dos cañas*, amada por Pan para encantamiento de las ninfas. Más á la izquierda, próximas á unirse en ángulo agudo una de las aristas superiores con la base, forman un bello grupo la Agricultura, Industria y Comercio, en amable trinidad fecunda y productora: una gavilla de trigo rompe la línea dura del vértice. A la derecha de la Paz y sentada en postura inquieta la Historia muéstrase propicia á consignar en su libro las hechos fugaces. La Justicia y la Teología se juntan en íntimo abrazo: la una empuña la espada inflexible de Themis, la otra, vestida de severas vestiduras talares que penden en adustos pliegues, desarrolla el santo pergamino de los Evangelios; su rostro parece transportado en arrobamiento místico. A su lado, reposando en sedentaria indolencia la Filosofía ostenta su desnudez, libre de cualquier profano velo que ocultarla pudiera. Vienen después la Geografía, la Astronomía y las Matemáticas, las tres ciencias exactas, que, con sus graciosas líneas de prodigiosa elegancia, alejan del ánimo la idea de una abstracción seca, obra de largas vigiliadas, como supone el científico saber. Seguidamente, rematando el ángulo de la derecha, aparecen reposando en tierra la Química y la Medicina, esta última con la guadaña implacable que siega vidas. Un gallo nos recuerda la ofrenda que Sócrates hizo á Esculapio.

En los tres vértices del triángulo frontal aparecen sentadas estatuas coronando la obra; son éstas, España, en el

centro, arrogante escultura de líneas poderosas, el genio, que ostenta la victoria siempre propicia, y el estudio, efigie admirable, digna de representar á Aristóteles, en sus abstractas especulaciones.

Este es, á grandes rasgos y prescindiendo de prodigiosos detalles—ya que la falta de espacio me fuerza á ello—el frontón del Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales; obra que consagra á un artista y es honra de un pueblo. Quizá los hombres frívolos, los que tienen ojos y no ven, pasen por Recoletos sin elevar sus ojos al mármol esculpido que vive en lo alto como ensueño sin, mácula; quizá las lindas damiselas pasen arrulladas por el frenético rodar de los coches sin dirigir sus mundanos lentes á la idea grande que anima la blancura del carrara. Que importa: yo sé, que el sol pondrá en los labios frios de los dioses, risas amatista en los triunfales crepúsculos madrileños del atardecer, risas rosa en los pálidos crepúsculos del alborar, y sobre la frente diademas de oro en la hora solemne del mediodía.

EDMUNDO ABEL

ACADEMIA LIBRE

MOTIVO á larga y aun sabrosa parlería pudiera dar la demostración de cómo las Academias oficiales, más que criaderos de nuevas generaciones artísticas, son á modo de museos conservadores de momias, vetustos almacenes de la rancia rutina.

Mas... dijo Antonio Pérez en uno de sus famosos políticos aforismos: «Es de grandes ingenios poner inconvenientes con el remedio al lado; mas sin éste es de irresolutos y demuestra, en los viejos imprudencia, y en los mozos cobardía.»

Y tomando el consejo por tan bueno como en realidad es, HELIOS, que gusta como nadie de las sabrosas char-

las, tiénelas por esta vez en poco y se acoge á los hechos, en querencia y escudriñamiento de ese remedio, que es de *grandes ingenios* poner y proponer junto al mal.

Y pensó, con pensar entusiasta, que sería empresa loadera edificar un hogar para los ideales recién nacidos. Consultó el pensamiento con muchos que en la jerarquía del arte han pasado de ilustres, y habiéndole juzgado con amor, prometieron ayuda. Habló más tarde á no pocos de aquellos que en el mundo del poder son señores, y encontró simpatías... Con las cuales, animado y fortalecido quien pensó, ha resuelto realizar su idea, que es como sigue:

HELIOS creará una Academia de arte completamente libre.

En ella serán maestros muchos grandes artistas, y discípulos, cuantos, amando el arte y soñando belleza, quieran para sus sueños aires de libertad.

Será esta escuela principalmente para enseñar Pintura y Escultura. Y además de maestros que enseñen el arte de bien pintar y esculpir, los habrá que muestren la ciencia de bien pensar y de hacer crítica noble y serenamente.

Y en este hogar de las artes plásticas, tendrá asiento y lugar junto á la lumbre su buena hermana la Poesía, entendiéndose por tal, el arte de narrar las grandes cosas en bello lenguaje; y hablarán los maestros diciendo con buena voluntad cuanto la Vida les enseñó.

Esta es la obra que HELIOS intenta hacer; obra que, hoy pensamiento, espera mirar prontamente trocada en realidad.

A su tiempo habránse de comunicar en estas páginas cuantos detalles se hayan menester.

INFORMACION LITERARIA

LITERATURA AFGANA

... .. KHOUCHAL KHAN

CUANDO levanté mi estandarte en el campo de la poesía afgana, dice Khouchal Khan, subyugaba el imperio de las palabras al galopar de mi caballo de guerra.» Con tales arrogancias hizo irrupción en el Parnaso afgán el jefe de la tribu montañesa de los Khataks, Khouchal Khan, príncipe, guerrero y poeta.

Era el año 1650, cuando la raza afgana dividíase políticamente en tres grandes grupos: afganos del Emir, afganos de la Reina y afganos independientes, reconociendo todos la soberanía de la corte de Delhi.

Una de las tribus más nobles era la de los Khataks que habitaban las faldas de una cordillera al Sur de Péchwer. El año 1640, el Khan ó jefe de los Khataks era Châbâr Khan, hijo de Yahiyâ Khan, que pereció en la persecución de unos bandidos que saqueaban los ganados de su tribu. A la muerte de Châbâr Khan, fué elegido Khan, por aclamación, su primogénito Khoucha', nombramiento confirmado por la corte de Delhi.

Khouchal Khan fué fiel á la soberanía y acompañó al hijo del Emperador Mourad en una expedición al país de Badakhchan y cuando el gran Aurengzeb hizo prisionero á su padre y asesinó á sus hermanos para apoderarse del trono, el jefe de los Khataks continuó imperturbable al lado de la corte de Delhi. Si Aurengzeb llega á utilizar sus servicios, el nombre de Khouchal se hubiese olvidado y Oriente acaso tuviera un héroe más y un poeta menos. Felizmente Aurengzeb fué un ingrato. Había llegado al poder después de una serie de perfidias y de crímenes, y su alma negra era incapaz de comprender la lealtad de los demás. Así que cuando el gobernador de Cabúl, enemigo mortal de Khouchal lo denunció como sospechoso al Em-

perador, éste dió orden de que lo enviasen prisionero al corazón del Indostán, lejos de su tierra nativa.

Desde allí mandó el poeta á las brisas lejanas el eterno mensaje del desterrado:

«¡Dulce brisa de la mañana! Si pasas por Khairabad, si los buenos hados te llevan hacia Saraê, en las riberas del Sind, salúdalos con todo mi afecto y mi amor.

»Al gran Sind gritáselo impetuoso, con voz sonora; al pequeño Sind díselo con voz murmuradora y dulce.

»Algún día beberé en tus cristalinas aguas; algún día cesará mi destierro.

»Da ¡oh Dios! la alegría á todos los que amo y dácela también á mi despedazado corazón.

»En el Indo, cerca del Ganges y de la Jamouna, no he de permanecer siempre, pues hasta los pecadores salen del infierno.»

«¡Qué hacer entonces sino maldecir del tirano!

»¡Oh, conozco bien la justicia y la equidad de Aurengzeb, su ortodoxia en los asuntos de fé; en ascetismo y sus abstinencias!

»Los hermanos, asesinados uno á uno; el padre, hecho prisionero...

»No hay misericordia para aquéllos que inclinan su frente y no su alma ante el Dios del Universo. Sus adoraciones y sus devociones son impostura y mentira. A su lado la serpiente es bella y de forma armoniosa, porque en él todo es impureza y veneno.

»Y puesto que mi brazo no puede abatir al tirano, en el día del juicio el Todopoderoso le rehusará sin piedad. En medio de mis miserias alabo á Dios por dos cosas; la una porque soy afgán y la otra porque soy Khouchal, el Khatak.»

Al poco tiempo salió de la prisión por mandato del Emperador, que veía en él el único hombre capaz de restablecer el orden en la ribera derecha del Indo.



Retirado en sus montañas, y de acuerdo con los Afri-
dis, hizo durante ocho años la guerra á los Mogoles. To-
das las tribus hasta Jelalabad, perecieron quemadas. So-
ñaba con el pan-afganismo, sueño realizado un siglo más
tarde por Ahmeh Chah, el Dourani. Sabía bien que si las
furias de estas razas indomables no se concentraban en
una mano única, la India volvería á ser como cuatro si-
glos antes, campo de correrías de los afganos. Los odios
y los egoísmos eran, sin embargo, muchos y el sentimiento
de la patria afgana sólo existía en el corazón del poeta.

«Venid, músicos y preparaos á tocar; tú, traenos las co-
pas llenas, desbordantes, pues los jóvenes afganos, han
teñido de nuevo sus manos en sangre, como el halcón las
tiñe en su presa.

Han enrojecido con la sangre las brillantes espadas y
el tulipán ha florecido en pleno estío. Hace cinco años
que en estos contornos se oye todos los días la crepita-
ción de las espadas centelleantes. Pero desde que yo es-
toy aquí, (1) me he convertido en nada, ó yo soy despre-
ciable, ó este pueblo es infame.

Les grito: ¡A las armas! ¡A las armas! hasta que me
canso; y ellos, sordos á todo, no responden: ¡Muramos! ni:
¡Mi vida por él! Los perros de los Khataks valen más que
los Yousoufsais aunque los Khataks no valen casi más
que los perros.

Todos los demás afganes de Caudahar á Attock, re-
suelta ó secretamente están conformes con la causa del
honor. Ved cuántas batallas se han librado por esta parte;
y, sin embargo, entre los Yousoufsais no se ha elevado un
sentimiento de honor.

Hace un año que Aurengzeb está entre nosotros per-
plejo, con el corazón desgarrado. Año por año, caen sus
nobles en la batalla, y sus armas destrozadas, ¿quién las
contará?

(1) En los Yousoufsais.

Los tesoros de la India, han sido esparcidos ante nosotros, los rojos *mouhours* de oro, han sido enterrados en estas colinas; y en tiempo de tanto honor y gloria como éste ¿qué hacen los traidores alevosos de entre los afghanes?

Los afghanes vencerían á los Mogoles con la espada, si tuviesen un poco de sentido y si las diversas tribus se sostuviesen unas á otras, los reyes tendrían que prosternarse ante ellas.

Sólo entre los afghanes lloro no nuestro honor y nuestra gloria, en tanto que los Yousoufsais cultivan sus campos. A mi pobre juicio la muerte es preferible á la vida, cuando no se puede gozar de la existencia con honor. En este mundo nadie será inmortal; pero el recuerdo de Khouchal vivirá, vivirá largo tiempo.»

La palabra del poeta era impotente; predicaba la guerra y evocaba el recuerdo de los grandes emperadores, Pathans de Pehlol, y de Chri Chah; pero no se le comprendía.

«Si los afghanes adquirieran el don de la concordia y de su unidad, el viejo Khouchal se rejuvenecería. Hablamos la misma lengua; somos todos afghanes: pero no comprendemos lo que nos decimos unos á otros.»

Sin embargo, los *mouhours* de oro exterminaban más hombres que la espada mogola, una á una las tribus se sometían: sus dos amigos, los jefes de los Afridis, Aemal y Daryakan, habrán llevado con él á la tumba la mitad de sus fuerzas y sus esperanzas: los *maliks* se ponían de parte del gran Mogol que pagaba muy buenos sueldos. Khouchal se cansó: abdicó en favor de su hijo primogénito Achraf Khan, y se dedicó á la poesía y á la historia: escribió los anales de su nación, y cantó sus odios, sus amores y su genio:

«Cuando levanté mi estandarte en el campo de la poesía afghana, subyugaba el imperio de las palabras al galopar de mi caballo de guerra. La luciérnaga era el héroe de la negra noche: yo he eclipsado su débil luz, como el sol cuando nace en Oriente. He rechazado de mi mente

las odas de Mirza: me he reído de Arzani (1), hijo de Khvechkai, hijo de Zamand.

Existían entonces Daulat y Vasil y muchos otros: mi poesía se ha reído de todos. He engastado los rubís y perlas de la poesía y he arruinado al librero de viejo.

He escrito versos afghanes sobre temas hasta entonces no usados, al modo del poeta de Chiraz y del poeta de Khodjaud.

He plantado todos los árboles en mi jardín y he disfrazado toda realidad con el velo de la metáfora. Me he inquietado poco de la crítica mordaz ó del elogio, porque yo no soy poeta á quien hayan violentado las gentes para hacerles admirar mis cantos.

El que no se deja alabar por los versos, tiene que ser ó un tonto ó un sér devorado por la envidia. No busco ningún provecho prodigando mi musa: es el amor el que me ha puesto en este oficio. ¡Oh, corazón mío, siguiendo el camino de la poesía, gozas y sufres á la vez!

El goce consiste en que eres poeta del siglo: el sufrimiento estriba en que has conmovido tu alma á fuerza de pensamientos.

¡Oh, amor, más grande que el emperador Anrengzeb, puesto que has colocado muy alto el nombre de Khonchal Khan!»

Este poeta posee todos los refinamientos de la poesía erudita:

«Para la flecha se necesita un arco y para la poesía un mago. Es preciso tener siempre en la mano del espíritu la balanza del metro; severo por el verso, demasiado pesado ó demasiado ligero.

Es preciso que la prometida Verdad se despoje de su negro palafren, del velo de la metáfora echado sobre su tersa frente.

Que lance de sus ojos cien miradas, miradas vencedoras. Que el poeta la adorne con joyas de arte de mil clases, que la orne con la metáfora.

(1) Col. Raxerty: *Selections from the Poetry of the Afghans.*

Como anillos de perlas presénte las alteraciones y cuelgue á su cuello ritmos misteriosos.

Añadid el sentido figurado: que sea, desde la cabeza á los pies, todo su cuerpo un completo misterio.» (1)

La tranquilidad poética de Khouchal fué turbada por nuevas ansiedades, peores que las de la prisión. Los *toutis*, cuyo gorjeo sentía él en su palacio, habían volado y guerreaban entre sí. Su segundo hijo, Bahram, «Bahram el malvado», se había sublevado, como pretendiente, contra su hermano: batido, preso y perdonado, había respondido á la clemencia de Achraf, vendiéndole á Aurengzeb, que le envió desterrado á la fortaleza de Bijapour. Khouchal salió de su retiro para apoyar al hijo de Achraf, Afral Khan; pero Bahram tenía de su parte á los Mogoles, y quedó dueño de la situación. Envió á su hijo, Moukarzam, para que encerrase al valiente anciano en su guarida: el viejo de setenta y siete años fué al palacio, espada en mano. Moukarzam, sobrecogido de vergüenza, no intentó tocar al anciano y volvió á su padre. Behram, indignado, le envió de nuevo con orden de matar al viejo: él se negó á hacerlo. El antiguo caudillo subió á la cumbre de la colina, permaneciendo allí muchos días seguidos sin intentar el avance. Khouchal, cansado de la lucha, abandonó su país natal y fué á buscar un asilo entre los Afridis. Murió al año siguiente, 1691, desterrado, pero libre. Al morir, recomendó á sus hijos y amigos, que le habían sido fieles, le enterrasen en un lugar donde las pisadas de los caballos mogoles no pudiesen violar las cenizas de aquel que en vida, sólo con su nombre, les hacía temblar. Les rogó también que si cogían á Behram el parricida, dividiesen su cuerpo en dos partes, y una de ellas la pusiesen al pie de su tumba.

(1) T. C. Plowden: *Translation of the Kalidi Afghani*. Lahore, 1875.



En su largo combate contra los hombres, dos cosas le habían sostenido: el odio á los Mogoles y el amor á las mujeres. Su barba blanca no le entristecía:

«Una barba blanca es un símbolo respetable entre los hombres: sólo la caída de los dientes puede avergonzar á un hombre.

Cuando se poseen todos los dientes, por blanca que sea la barba, no se es viejo: al contrario, se es joven.

Que el viejo no se inquiete por su edad, mientras su vista no se debilite. ¿Qué es la vista sino la amante del viejo? Verdaderamente, es el elixir, el bálsamo para las heridas del corazón.

El monje, ¿renuncia alguna vez al amor? ¡No! ¡No! No puede conseguirlo: de ahí su devoción y piedad.

Aunque la edad de Kouchal haya pasado de los setenta, sin embargo, en su corazón hay siempre amor y afecto por las bellas.»

Supongo, no obstante, que aún no sería muy blanca su barba, cuando escribió estos lindos versos:

«No me digas: ¿A qué juras por mí? ¿Si no juro por tí, por quién he de jurar?»

Tú eres la luz de mis ojos, lo juro por tus ojos negros. Tu rostro es el día; tus trenzas la noche; lo juro por el día y por la noche. En este mundo tú eres mi vida y mi alma y ninguna otra cosa lo es; te lo juro, vida mía!

El polvo de tus pies es un bálsamo para mis ojos; lo juro por el polvo de tus pies.

Cuando ríes, tu risa no se puede comparar á los rubís ni á las perlas; lo juro por tu risa.

Verdaderamente, te amo, te amo, y á tí sola, lo juro, yo, Kouchal, por tu bello rostro.»

Pero las bellas no eran siempre del parecer del príncipe sobre la hermosura de la barba blanca. No se si, ya en tiempos de Anacreonte, los jóvenes Jonios creían como su poeta que las rosas son más bellas mezcladas con los lirios. El pobre príncipe tuvo acerca de esto una experien

cia dolorosa. Aunque el recuerdo de sus siete hijos, tan poco fieles, le hubiere hecho escéptico sobre la nobleza de la sangre materna, se enamoró de una joven de los Jousoufrais, con quien contrajo matrimonio; no hay seguridad de que hubiese pedido su consentimiento, cosa poco necesaria entre los afghanes y, sobre todo, para un príncipe. Llevada al palacio de Khan, se puso á llorar. En vano le preguntó él la causa de su gran dolor; no respondía sino llorando, poniéndose cada vez más bella. Le dió joyas, hermosos trajes, esclavas; ella lloraba, siempre. Recordando la historia de su hija, exclamó: «llora, sin duda, á causa de sus padres» y la envió á pasar un mes en la casa materna del país de los Yousoufsais. A la vuelta, aún lloraba. Khouchal Khan supuso al fin el por qué, y repitió en su lengua el monólogo de Otelo: «Quizá porque he bajado al valle de los años, quizá.» Dijo á la joven: «Tú lloras porque eres joven y yo soy viejo y porque necesitas un joven». Ella no respondió; pero un rayo que pasó á través de sus lágrimas, hizo conocer al viejo que había adivinado la causa del llanto. «Pues bien; le tendrás», exclamó Khan, y avisando á un hermoso negro de Abisinia que estaba en el jardín, un *mousalli*, le dijo: «¡Aquí está tu mujer; yo te la doy; tómalala!» El negro, horrorizado ante aquél sacrilegio, se echó á los pies de Khan, pidiéndole perdón; «Tómala, gritó el príncipe, ó te hago degollar». Y el negro se llevó, temblando, á la princesa, que sollozaba.

Algunos días después, el Khan iba de caza para distraerse. Halló en el camino un haz de trigo; encima de él estaban un hombre y una mujer que hacían volar la paja; el hombre acariciaba á la mujer y ésta le correspondía cantando y riendo. El hombre era negro; eran el negro y la princesa. Y Khouchal se alejó suspirando y dijo:

Na Khouchal vi. Na Khatak vi. Na Khan vi...

«¡Pluguiese á Dios que no fuese Khouchal, ni Khatak, ni príncipe! ¡Que fuese un vagabundo, con mi saco á la espalda, pero que tuviese una juventud; mi juventud!»

RAIMUNDO DE PEÑAFORT.

FÉMINA

LA POETISA POLACA

... .. MARÍA KONOPNITCKA

Es verdaderamente consolador admirar como Polonia, la pobre y mutilada nación, sabe afirmar su vitalidad con manifestaciones intelectuales de todo orden. Y así, en pintura, música y literatura, los nombres de Mateyko, Chopin y Sienkiewicz bastan por sí solos para dar cuenta de la espléndida floración artística de un pueblo.

María Konopnitcka es uno de los poetas más admirados y geniales, á la hora presente, en toda Polonia. Sus estrofas cantan, en pensamientos fuertes y generosos, los dolores y las esperanzas de aquel pueblo.

He aquí ahora lo que ella misma dice de su vida y de su arte:

«Mi familia paterna y materna pertenece á la nobleza rural, muchos de cuyos representantes conservan aún hoy porciones más ó menos considerables del suelo natal. Yo he nacido en Suwalki, capital del Gobierno de este nombre. Mi padre ejercía allí las funciones de procurador del Rey. Apenas poseo un raro recuerdo de mi madre. Murió dejando seis huérfanos de corta edad. Mi único hermano, estudiante en la Universidad de Lieja, ferviente discípulo del célebre agitador Mieroslawski, no volvió á Polonia sino para perecer víctima de los lamentables sucesos del año 1863. Nosotras, jóvenes aún, todas casadas con gentileshombres rurales, compartíamos sus cuidados y sus ocupaciones rústicas. El medio ambiente en que transcurrió mi infancia fué absolutamente distinto del que ordinariamente nos rodea en esta edad. Mi padre, un místico, vivía solitario, enteramente dedicado á sus trabajos. Durante los cortos instantes de ocio que el tal le dejaba libres, traducía las *Cartas de Pascal* y los

Salmos. Bajo apariencias de resignación y humildad encubría, según pude observar más tarde, harto orgullo y una alta vanidad nobiliaria. Encerrado en sí mismo, casi diré misántropo, nos educó fuera de toda influencia femenina. La *Imitación de Cristo* constituía nuestra lectura cotidiana; bien pronto la supe á conciencia. Lo mismo me acaeció con los Evangelios y los Proverbios de la Biblia. Más tarde, diónos á conocer nuestros poetas nacionales. Nos leía pasajes en alta voz, llorando de emoción, y nosotras, al verlo llorar, prorrumpíamos también en sollozos. Así se grabó en mi memoria el hermoso poema de Walenrod. Aun hoy, por reminiscencias de mi juventud, no puedo oír declamar esos versos sin que una mortal palidez cubra mi semblante y sin que me vea sacudida de estremecimientos extraños.

»Casada en temprana edad, no me dí cuenta precisa de las obligaciones ni de los deberes que traen consigo los vínculos conyugales. De mucha más edad que yo, Konopnitcki habitaba con su padre y sus hermanos más jóvenes en un vasto dominio. ¡Cuánto difería de la nuestra esta existencia! Nunca se preocupaba de lo que pudiera sucedernos el día de mañana. Cacerías, convites, excursiones, procesos y arbitrajes: en este círculo se desenvolvía su vida cotidiana. Entregada á mí misma, me consagré á la educación de mis hijos. Sin embargo, las deudas crecían y estábamos cogidos en las garras de los usureros. A esto se agregaban discordias de familia. Desde luego, era fácil de prever el resultado final. Fué la ruina. Con todo, y á pesar de estas sacudidas brutales de la suerte, me esforcé en crearme un mundo mejor, una región ideal, donde refugiar mi alma. Leía mucho. Todá una biblioteca abandonada me permitió iniciarme en las grandes obras de los clásicos franceses y alemanes. Rehuía la atmósfera asfixiante de mi alrededor y pasaba largas horas en pleno campo. De esta época data el horror instintivo que me inspira el mundo, esa ansia de soledad, ese deseo de paz y de calma, esa comunión íntima de mi sér con la Naturaleza, esa comprensión del

lenguaje de las cosas, del silencio de las vastas planicies. Mis hijos habían crecido. Entonces fué cuando comencé á escribir. Debuté, si mi memoria no me es infiel, con un poema intitulado «Mañana de invierno» (Zimowy Ranek), que publicó uno de nuestros periódicos provinciales. A este siguieron: «Un idilio» (Idyla), «La Novela de Abril» (Romans Wiaxenny). Mi nombre se abría camino. Pero fué aquella una época de prueba y de ruda labor. La poesía no bastaba á procurarnos el pan de cada día.»

«En cuanto á las creencias que profeso, helas aquí. Mi pensamiento se niega á aceptar sin discusión todos los dogmas del cristianismo, que fueron, por lo demás, los que enseñaron las religiones antiguas, con ciertas diferencias de ritos y formas, dependientes del tiempo y de las razas que las habían concebido. Sin embargo, puedo llamarme profundamente religiosa. Sé distinguir la doctrina de Cristo de los cultos que de ella derivan, pues en ninguno de ellos subsiste plena y totalmente esa pureza ideal que Jesús predicó. Creo que el catolicismo es la expresión más fiel y universal de esta doctrina. A lo menos, millones y millones de almas encuentran en su seno, si no el origen de la verdad misma, el de consolación y esperanza. Ignoro si Polonia será ó no católica. Dios me ha hablado siempre por las múltiples voces de la creación. Se ha manifestado á mis ojos como la única fuerza y la razón del ser del universo. Dios se ha revelado á mí en la naturaleza. Creo que algunos espíritus reciben á su nacimiento el don de la inmortalidad; que hay otros, por el contrario, que trabajan en adquirirlo mediante los constantes esfuerzos de su vida. He escrito algunos aforismos á este propósito. Arrojarían luz sobre la cuestión de mis convicciones y creencias, pero nadie se ocupa de leerlo.»

«Entre los poetas de genio, cuya inspiración ha exaltado más poderosamente mi alma, citaré al Dante y á Shakespeare en primer lugar. En el curso de mi vida errante, siempre y á todas partes he llevado conmigo estos dos libros: *La Biblia* y *La Divina Comedia*».

Habla y canta maravillosamente, dice de María Konopnitcka, el gran novelista Enrique Sienkiewicz, á seres decaídos, incapaces de expresar sus aspiraciones y sufrimientos, y también á la Naturaleza, mudo y profundo símbolo. Eso significa que todos los desheredados, los enfermos, las viudas, los huérfanos, todos los que tienen hambre ó frío, todos los que gimen bajo el yugo de las leyes opresivas, ó bajo el peso de las convenciones sociales, si pudiesen ó supiesen hacer valer sus sufrimientos, se expresarían en los mismos términos que su protectora. Ella viene á ser como su queja, su protesta permanente frente al cielo; conciencia pura, indignada ante los que gozan bestialmente de la vida. Nuestros críticos, especialmente aquellos cuyo rasgo más característico es la intolerancia, le han reprochado su falta de resignación y de fe. Olvidan que estas quejas contra el soberano dispensador de los bienes y los males se exhalan de un corazón compasivo, más bien que de un espíritu propenso á la incredulidad. Olvidan que numerosos versículos de la Biblia contienen esas mismas quejas, y que el Hijo del Hombre las ha consagrado y sancionado con este supremo grito: «¡Padre mío, Padre mío! ¿Por qué me has abandonado?» Roído por el gusano de la miseria, el pobre sufre casi siempre su suerte sin protestar, porque la considera como una consecuencia natural de los destinos humanos. Pero el corazón del poeta, tan sensible al universal y común sufrimiento, ¿no tiene el deber de hacer oír sus reivindicaciones? Su queja no es, pues, una blasfemia, sino una plegaria. Así es la señora Konopnitcka. Sufre, intercede, implora por millones (1). Ruega por las bohardillas de las ciudades populosas, por las cabañas de las humildes aldeas, por esos pobres pueblos polacos, de donde ella misma ha salido. La antigua esclavitud pertenece hoy día á los vestigios de un pasado para siempre desaparecido; pero, como antiguamente, el hombre de la gleba sigue curvado bajo el yugo de la ig-

(1) Alusión á la frase de Mickiewicz: «Me llamo millón.»

norancia y de la superstición. El alma y el corazón del campesino palpitan en su poesía. Se cree oír en ella la voz argentina de las campanas, el pataleo de los rebaños, el silbar de las culebras, la melodía de los cantos conocidos. Algo como si, de las cumbres del Parnaso, nos llegasen los ecos de los cantos divinos modulados en una de esas flautas campesinas, trabajadas por nuestros pastores, en las ramas de los sauces que bordean los caminos arenosos. Pero la señora Konopnitcka no canta solamente á los humildes, canta á la Naturaleza: celebra á la tierra dispensadora de todos los bienes; los campos de trigo, las praderas olorosas, donde los miosotis húmedos

....abren sus ojos azules,

asombrados de oír una voz humana sondear con tanta delicadeza los misterios de su vida; canta los abedules argentados, los alisos «que lloran lágrimas de rosa». Hay en estas descripciones una intensidad de vida maravillosa; la extensión de las llanuras, la profundidad de los bosques, el resplandor de la luz, la variedad de reflejos, en una palabra, la vida latente de las cosas tan admirablemente reproducida, que si estos campos, estos bosques, estas brisas hablasen un lenguaje humano, no podrían emplear otro que el de los labios inspirados de su cantora.»

MARGARITA MARÍA DE MONTERREY.

LOS LIBROS

•• CORTE DE AMOR: FLORILEGIO DE
HONESTAS Y NOBLES DAMAS: LO COM-
PUSO DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN
•• MADRID 1903 •• •• •• •• ••

Los jardines dorados, las fuentes llenas de hojas secas, los viejos salones señoriales, todo el fondo precioso y encantado de *Sonata de otoño*, y sus cuerpos y sus almas, nos dejaron sumidos en un ensueño de añoranza y de sentimentalismo. Esa evocación de grandezas pasadas, de caballerosidades viejas, de emociones románticas, creo que es, en Valle-Inclán, la melodía feliz, toda la seguridad de su mente. A través de su obra se observa esta tendencia á la caricia de lo antiguo y de lo noble, y, ya en *Femeninas*—un primer libro muy bello—encontramos estos fondos y estas almas que luego han de seguir apareciendo por todas las páginas del admirable escritor. Y esta constancia, esta monotonía no es fatigosa para el lector, ni nociva para la personalidad del poeta; viene á determinar, por el contrario, con una gran variedad de contornos y de matices, el paso por la vida de unos seres y de unas cosas que al fin se quedan como eternos entre nosotros, como si viviesen y estuvieran en otra parte, pero en la tierra, y de quienes nos hablaran con frecuencia. Si fuéramos á Galicia, mal podríamos resignarnos con no hallar, por ejemplo, á Don Juan Manuel. Las mismas cuatro mujeres de *Corte de amor*, siendo nuevas, son las que ya hemos conocido en anteriores libros de Valle-Inclán: Eulalia recuerda á Octavia Santino y á la Condesa de Cela, y Beatriz es hermana de la pobre Rosarito. Verdaderamente, este poeta tiene una corte de amor maravillosa y bella: la Condesa de Cela, Tula Varona, Octavia Santino, la niña Chole, Rosarito, Adéga, Concha, Isabel, Rosita Zegrí, Eulalia, Augusta, Beatriz...; no podrá decirse de él que fué poco galante y poco caballero: su tendencia á crear complicadas almas femeninas y carnes tan blancas y tan tibias, me parece digna de los mayores elogios, porque, al fin y al cabo, en las orillas de los ríos, en las sendas de los jardines, en el marco de las puertas, en el fondo de las estancias, tras los cristales de una ventana ó entre la blancura de un lecho de virgen ó de cortesana, la mujer, solamente la mujer, nos redime de nuestras tristezas y de nuestras penumbras; y un trozo de su carne ó una ráfaga de su espíritu valen bien por nuestros campos de desolaciones. Siendo Valle-Inclán de una refinada sensualidad carnal, sus mujeres son ó sensuales ó víctimas de la sensualidad de otros; no importa quien: Don Juan Manuel ó Fray Angel. (Es doloroso que las mujeres, en la vida, guarden tanto esas carnes que se marchitan entre la sombra de los trajes y la sombra de las viviendas; y que las novicias

no entreguen el alma y el cuerpo á los poetas.) Todo el refinamiento sensual de Valle-Inclán es un romanticismo. El es un romántico: alma á lo Espronceda, á lo Zorrilla, y frase rica de exquisitas ondulaciones. Todo lo demás, los claros de luna, la noche, triste de brisa y de quejas, los perros negros llenos de maleficio, tiene de Musset y de Heine y de Becquer, mejor dicho, tiene de esa sombra profunda y florida de donde siempre ha salido tanta fragancia, tanta cadencia y tanta lágrima.

JUAN R. JIMÉNEZ.

WILLIAM CALDWELL .. «SCHOPENHAUER'S SYSTEM IN ITS PHILOSOPHICAL SIGNIFICANCE»

NO es este libro una exposición sistemática de la filosofía del autor de *Parerga und Paralipomena*, sino un juicio sobre esta filosofía considerada en sus orígenes y relaciones con el pensamiento moderno. El libro está dividido en diez capítulos. Caldwell muestra en ellos la significación de Schopenhauer, la expresión de su sistema por el idealismo, su teoría del conocimiento, sus consideraciones sobre la esclavitud humana, sobre el arte, la moral y la religión, su metafísica y el carácter fundamental de su pensamiento, en tanto que éste forma un conjunto homogéneo. Caldwell reconoce en Schopenhauer el mérito de haber cambiado totalmente el aspecto de la filosofía alemana. Se atrevió á ver en el hombre, dice, el animal que obedece al deseo y á la pasión, y no solamente el sér racional de Hegel y Kant. Pero esta potencia, la voluntad, que Schopenhauer restaura en su sistema, se hace el instrumento de un nuevo idealismo que para elevarse á los análisis de Berkeley y de Kant se entrega á un budismo *agravado*. Caldwell califica de *ilusionismo* esta situación singular, y no cree que la palabra pesimismo la resuma exactamente. Se pueden citar pasajes en que se ve á Schopenhauer estimar la vida como una cosa superior á los juicios que acerca de ella formamos. Constantemente habla de la inutilidad del pensamiento abstracto en la dirección de nuestra existencia, y el sólo juicio que tiene importancia es el que expresa por la voluntad de vivos, inherente á todo lo que vive. La vida es un fin en sí misma. «Jamás estamos seguros de nosotros mismos, escribe, sino cuando obramos en plena actividad; estamos sobre nosotros mismos cuando reflexionamos, nunca cuando obramos.» Schopenhauer, observa Caldwell, parece después de todo (considerando aparte su metafísica trascendental á lo Fichte y á lo Schelling), tomar el mundo *como es*; de aquí que á su filosofía se inclinen más los hombres de ciencia que los filósofos de profesión. Esto no le impide marchar hacia el sentimiento idealista, pues no puede creer que las cosas sean lo que parecen ser, creencia *demasiado idealista* que le conduce fatalmente á

su pesimismo. Una gran parte de la filosofía de Schopenhauer está consagrada á los esfuerzos de un idealismo imperfecto para llegar á la realidad. Es una importante lección digna de ser aprendida: que todo idealismo incluye una tendencia al pesimismo, pues tiene siempre tendencia al ilusionismo. El realismo rara vez tiene esa tendencia. Ningún hombre trabajador puede ser pesimista, porque está dispuesto á creer siempre en la bondad. Realismo no significa materialismo, significa creencia en la filosofía de acción. El estudio de la acción es útil porque da al espíritu el sentido de la energía libre, y, por consiguiente de la felicidad y de la esperanza. El estudio del pensamiento puro destruye en el hombre todo sentido de realidad. Me limito á citar algunos pasajes que revelan el ingenio del distinguido crítico de Schopenhauer. Su trabajo quedará como uno de los mejores, entre los numerosos, demasiado numerosos quizá, que á estudiar la filosofía del pensador alemán se han consagrado.

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO

«CAÑAS Y BARRO»

.. .. POR VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

ESTA última novela de Blasco Ibáñez ha sido calificada por algunos como la mejor de entre las suyas; no lo creo así, y juzgo que, en conciencia, los que tal dijeron no lo creen tampoco. Supongo que en el juicio influyó por mucho el ser ésta la postrera obra leída; las bellezas presentes eclipsaron las antiguas, esfumadas en nieblas de recuerdo; y esto fué todo.

No extraño, á fe, porque hay en el libro páginas sugestivas y llenas de emoción; la historia de la infeliz Neleta es un poema que lleva dentro toda la tristeza de la vida.

Pero el ambiente de la novela toda es desconsolador y repugnante; el paisaje húmedo, la tierra cenagosa. Siente el lector profunda antipatía por cuantos personajes intervienen en la negra historia; criminales los unos, como aquel Tonet; ambiciosos los otros y sensuales como la misma protagonista que lleva por cilicios de su cuerpo su misma codicia y su carnalidad; holgazanes, sucios y repulsivos los restantes, y Cañamel idiota, y Sangonera, que vive revolcándose cuerpo y espíritu en la ciénaga pestilente y cuya muerte—página admirable en el libro—es digno remate de la inmunda vida.

Verdad es que Blasco Ibáñez en todas sus obras muestra tipos y cuadros de tal jaez; pero hasta ahora habíalos entremezclado con páginas de serena y consoladora hermosura. En *La barraca* el adorable paisaje y aquellas santas delicadezas, el paso del *nen* muerto á través de la huerta valenciana, las mujeres que plañen, los pájaros que callan para dejar oír la tristeza... En *Cañas y barro* no hay nada de esto.

Blasco Ibáñez—él mismo lo declara—es fervoroso admi-

rador de Emilio Zola; en este libro sigue sus huellas; pero no como él, fustigador de una llaga social, la descubre en toda su grandeza con cierto fin didáctico, siempre digno de aplauso, ya que no de caliente simpatía; piérdese el novelista levantino en un laberinto de repugnantes detalles; pero no surge de ellos la grandiosidad.

Hay—esto aparte—en el libro páginas admirables; ya he citado aquella que nos dice la muerte de Sangonera; aquella otra que cuenta el sorteo de los *redolins* y, sobre todas, la descripción maravillosa de una cacería en la Albufera, vivida y movida á la manera de otras que en *Flor de Mayo*, en *Arroz y tartana*, en *La barraca*—á mi entender las tres mejores obras del autor,—retratan los mercados valencianos.

MIGUEL A. RÓDENAS.

•• LOS DUENDES DE LA CAMARILLA
POR BENITO PÉREZ GALDÓS •• ••

LEGA á nuestras manos el último libro de Galdós, *Los duendes de la camarilla*.

Y, leído, bien quisiéramos decir algo de lo mucho que merecen libro y autor.

Pero, he aquí, que tiempo y espacio suscitan dificultades, no por menguadas menos invencibles, y, obligados por ellas, hemos de guardar hoy silencio sobre el humano idilio que á través de las páginas de este XXXIII Episodio, vive el alma exquisita de Cigüela, la enamorada, á quien la pesadumbre de la vida obliga á enterrar el amor...

En el próximo número, y en un extenso estudio, diremos cuanto de Galdós, el gran novelador, podamos decir; sirva esta nota como cortés y cariñosa bienvenida al libro nuevo.

«LES PERSECUTÉS MELANCOLIQUES»

•• •• •• •• POR GASTÓN LALANNE

Es este un libro de ciencia sugestivo y triste porque cuenta la vida: la vida de los pobres cerebros enfermos, de las almas llagadas por la melancolía, de aquellos que se creen odiados, calumniados y perseguidos.

Es un libro hecho con los dolores de muchas existencias; útil para el que estudia, porque dice casos; ameno para el indiferente, porque cuenta historias emocionantes para el que quiera entre sus páginas pararse á pensar y á compadecer.

Y esta compasión tiene dejo sobremanera amargo, porque el mal que compadecemos es nuestro mal, es el mal de los tiempos y de las almas actuales.

Ya lo dice el autor en el resumen con que cierra y comenta la serie de exhibiciones clínicas. Señalando las causas de la terrible enfermedad, afirma: «El alienismo en su frecuen-

cia, sigue á la civilización: es su parásito, con ella vive y se acrecienta á sus expensas.»

Y luego habla—siempre mostrando causas—de la terrible lucha por la vida, del desenvolvimiento intelectual... del *tedium vitæ*. Y afirma: «Nuestros enfermos son casi todos cerebrales; los que van á la lucha con las armas del pensamiento.» Por eso dije que el libro del Dr. Lalanne es triste.

G. MARTÍNEZ SIERRA.

•• •• •• •• «ODIOS» •• •• •• ••
 •• •• •• POR RAMÓN SÁNCHEZ DÍAZ
 •• MADRID 1903 •• •• •• •• ••

TIENE una vibración honda y triste la prosa de este escritor. Y su alma, llena nieblas como las montañas de su tierra verde y llorosa, es noble y está henchida de quejas agrias y de gritos de protesta. Yo he leído, lleno de deleite y de emoción, las páginas de su último libro, y he sentido intensamente sus mismas sensaciones, á través de la prosa galopante y ágil, libre de retorcimientos, desatada, desnuda, sin tormentos de estilo. Hay, sobre todo, en el libro, cuatro impresiones ricas de claridad interior: *El sombrero*, *Los ojos*, *Remordimientos* y *La familia Montero*. Ramón Sánchez Díaz, como poeta y como hombre, nos ha dicho en ellas grandes frases de piedad, de esas que nacen en el valle dormido del corazón. Y sobre todos sus odios, hay una lluvia de pétalos blancos y de lágrimas. Observamos en este libro muchos aciertos de frase, mucha palabra feliz; y que casi siempre el adjetivo hiera bien, con un íntimo son de sentido y de ritmo. Contemplando unos ojos, el poeta nos advierte que tienen *algo de ese azul de las herramientas nuevas*; emocionado ante el verdor naciente de la primavera, dice que es un verdor *como el de las hileras de chopos nuevos que brotan á lo largo de algunos ríos azules*. Tiene en su alma tesoro de expresión sentimental, y la música de su cerebro llora ondulaciones extrañas y suaves; además, hay en su prosa apariciones, fosforescencias, aprisionamiento de vaguedades. Soñador sobre el hierro revuelto y sonante de su vida tan atormentada, su alma se ilumina por dentro del cuerpo y del traje, y como una sombra clara, vá por lo interior cantando hacia el horizonte de lo eterno, en ese mundo tan grande y tan abierto que tenemos en el fondo de la carne negra y cerrada. Su ternura y su piedad para la desgracia, me hacen pensar en el ángel blanco que llevamos todos dentro, ese ángel que llora con los pobres y besa á los niños descalzos, y que, si tenemos alma, será nuestra alma. Es ese ángel el que ha dictado estas palabras: «Toda mi conciencia está lastimada por aquel acto de cobardía; y he jurado, profunda, honda y honradamente, jugar mi felicidad contra la cárcel, el día que vuelva á ver pegar á un niño pobre... ¡Ya está di-

chol» Cuando leyó por mis ojos estas palabras el ángel que yo llevo dentro de mí, un ángel muy triste y muy blanco, tuvo rimas de bendición para el poeta, porque mi ángel siempre quiso á los niños pobres como una madre joven.

JUAN R. JIMÉNEZ.

MARIANO JOSÉ DE LARRA
 POR ENRIQUE PIÑEYRO
 ... PARÍS ... 1903

HAY quien de Víctor Hugo sólo conserva esta frase: «La crítica no tiene más que un derecho: el de callar se», y del elegante prólogo á *Mademoiselle de Maupin*, únicamente elogian aquello de que los críticos son unos eunucos. A estos señores no les parecerá puesto en razón que se dediquen trabajos enteros á hablar de *Figaro*, que tantas cosas buenas escribió. Los tales juzgan al crítico, y sobre todo, al crítico satírico, un sér *venenoso, bilioso, envidioso*, repulsivo. Lo creen contaminado de un furor maníaco por denigrar y decir mal de los escritores, y opinan—este es un lugar común—que si se dedica á criticar, es por su incapacidad para producir... Lean *Zurita*, de Clarín, y *El Doncel de don Enrique el Doliente* de Figaro, y verán si son capaces de crear esos tan odiosos y odiados críticos. El Sr. Piñeyro, que ha publicado ya un estudio sobre Quintana y otro sobre los poetas famosos del siglo XIX, da ahora á luz un ensayo sobre Larra. Triste es que este crítico de primera fuerza haya derrochado gran parte de su talento en arreglar piecicillas francesas y en ligeros artículos de actualidad. Algunos de éstos, sin embargo quedan como joyas literarias, tales como el de *Nadie pase sin hablar al portero*, *El castellano viejo* y otros semejantes, frutos todos de una precoz inteligencia. La lástima fué que Figaro se marchara tan pronto de este mundo sin haber rematado su obra, que, si no engañan los principios, había de ser grande. Pero así considerada, tiene partes que desmerecen, y es, en general, menos perfecta de lo que pudiera esperarse. El ambiente literario también le perjudicó. No había obras notables que juzgar; salvo *El Trovador*, *Los Amantes de Teruel* y alguna que otra más de que dió cuenta en buenos artículos, sólo se representaban en aquella época de verdadera degeneración artística *vaudevilles* traducidos ó... fusilados cruenta é irrespetuosamente, y la exigua vida literaria se concentraba en el teatro. Así que, reducido á la crítica diaria, sin alientos para nada al ver la hostilidad ó indiferencia de los que le rodeaban, no hizo lo que debiera haber hecho.

El Sr. Piñeyro nos habla de Larra principalmente como autor dramático. Examina, *No más mostrador*, que, según dice, no es original en absoluto, sino medio tomada de Dieulafoy y de Scribe. Nos habla también de su drama histórico

Macías «no tan interesante cual la novela sobre el mismo asunto», y de su otra novela histórica también *El Doncel de don Enrique el Doliente*, que, escrita conforme á los preceptos de la escuela de Walter Scott, es la obra más apreciable del período romántico como novela histórica.

No se crea que el Sr. Piñeyro es un admirador á *outrance* de Larra. Le juzga serenamente, diciendo verdad en todas sus apreciaciones. Lo trata como merece Fígaro; un escritor que hubiera podido rendir buena cosecha, que sobre todo hubiera florecido mejor al calor de otro ambiente más favorable, y que dejó algo bueno.

No le desdeñemos en nombre de su escuela muerta; todas las escuelas son buenas... en su época, y si él vivió influenciado por los románticos, la culpa túvola el tiempo, no él. Si publicó cosas inaceptables, á la actualidad hay que atribuir el defecto y, mas que nada, á su inteligencia demasiado precozmente desarrollada.

En su anterior trabajo sobre Quintana—París 1902—el Sr. Piñeyro mostró buenas facultades críticas hablando de un poeta tan discutido como es el autor de «El duque de Viseo.» Verdad que al *chauvinisme* informó la mayor parte de sus poesías; pero verdad también que tiene arranques líricos de primera fuerza... ya pasados de moda. Fruto fué su *extraviada* filosofía, como dice razonablemente el que ocupó el puesto vacante á su muerte en la Academia, de un tiempo no suyo. Con esto no está conforme el Sr. Piñeyro que vindica la honra de Quintana. La conclusión que se deduce de su ensayo crítico es que, si murió la escuela, no murió la obra del poeta, grande en su género.

Y si añadimos algo á lo dicho, será que otros autores más excelentes, casi olvidados, están esperando ensayos críticos como los del Sr. Piñeyro.

J. M. N.

POESÍA

«ALMA NÓMADE»
 POR ANGEL DE ESTRADA
 BUENOS AIRES

IGNORO si el señor Estrada ha escrito más obra poética que la examinada ahora; sólo se que *Alma Nómada* es la consagración rotunda y definitiva de un espíritu exquisito de poeta, y brillante muestra de la habilidad técnica de un artífice admirable.

No faltará purista arcaico de la vieja Metrópoli que pretenda encontrar atrevimientos de léxico y prosodia, duramente castigados por la quintañona *Academia* y estigmatiza-

dos con los deprimentes adjetivos: *solecismo* y *barbarismo*. Es un reparo éste que me hace reír. Son naciones las sud-americanas—en su mayor parte—que por virtud de su poderoso desarrollo vital, emancipáronse necesariamente del poderío español. No hemos podido sostener en ellas el cumplimiento de una constitución política ni de los Códigos civiles, y pretendemos imponer arbitrarias leyes gramaticales, apelando á un ilusorio derecho. El espíritu colectivo de aquellos pueblos no es el castellano añejo, ni siquiera el español contemporáneo; justo es, por lo tanto, que ajusten su lenguaje á la especial modalidad de su alma nacional, y que traduzcan sus diferentes matices como mejor les plazca. Y ahora, sin prolongar esta sugestiva disquisición, satisfecho ya con la solución provisional que se me ha venido á los puntos de la pluma, hablaré del libro del señor Estrada.

Adviértese en *Alma nómada* un culto entusiasta por cuanto signifique belleza, no puramente formal, sino interior y sustantiva, oculta; algo que han dado en llamar, impropriamente, panteísmo artístico. Camina el Alma por el mundo y se estremece ante la visión sublime del Universo, que siempre entraña un misterioso sentido, una superior armonía sutil, lejana é inefable, sólo sentida por el poeta.

Camínantes
De las arpas sonoras:
Bebed en fresca fuente
Linfá azul con crepúsculos y auroras.

Dice el poeta, y esta es la síntesis de toda su obra. El espíritu vidente recorre el mundo, nómada del ensueño, con todo su caudal, que es el arpa armoniosa, y allí donde encuentra un espectáculo noble tañe un canto sonoro. Así le vemos prodigar el tesoro de sus versos magníficos en París, en Sevilla, en el lago Lemán, en Chamberí, en Berlín, en Viena, en Atenas, y evocar con imperioso conjuro muertas civilizaciones, bellezas pretéritas, que surgen llenas de suntuosidad y admirables de lozanía.

«POEMAS BREVES»

.. .. . POR J. ORTIZ DE PINEDO

Es un libro doloroso todo él, impregnado de una tristeza honda que conmueve.

El poeta ha nacido para el dolor y canta al dolor. En el poema dedicatoria, escrito en sonetos, cuenta sus primeras angustias y su vida triste.

Muerta tú cuando apenas yo sabía
sobre el suelo mover la tierna planta,

dice á su madre; y más tarde, dirigiéndose al padre, exclama:

¡Tú también me dejaste, padre mío...
diez años no contaba todavía!

Y solo camina por la senda de abrojos de una existencia desamparada.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

NOTAS DE ALGUNAS

REVISTAS ❖ ❖ ❖ ❖

EN la revista holandesa *Elsevier's* A. S. Kok analiza las cincuenta historias del *Conde Lucanor*, libro que fué impreso por primera vez en Sevilla, año de 1575 y luego reimpresso en 1642, ediciones ambas que son hoy rarísimas. El autor, que es el infante Don Juan Manuel, hijo de un hermano de Alfonso el Sabio, fué en el siglo XIII uno de los mejores poetas españoles. Puibusque ha escrito su vida en francés al frente de una traducción del *Conde Lucanor*. Esta obra tuvo mucha boga en la Edad Media y Shakespeare tomó en ella el argumento para *La Fierecilla domada*.

BAJO el seudónimo de Tokushosei (un estudiante aficionado á la lectura) encontramos en la revista japonesa *Jiji Shimpo* curiosísimas revelaciones sobre *los males de la educación presente*. Ocúpase el articulista de la educación en China y Japón y dice ser la de este último pueblo puramente artificial. Sólo se atiende á ostentar saber y la sinceridad es reputada como un defecto. Hay muchos jóvenes japoneses y chinos que, por vanidad, por *pose*, no vacilan en darse muerte so pretexto de que es bello y glorioso sacrificarse por la Patria, aun cuando en tiempo de paz este sacrificio sea inútil. Tokushosei cree que esta manía suicida debe atribuirse á la deplorable educación que los niños reciben y á quienes se les nutre el espíritu con relatos del heroísmo antiguo, relatos impregnados de falsas ideas sobre el valor, relatos que fatalmente conducen al pesimismo. Así no es raro encontrar en el Japón muchachuelos de doce á catorce años que hablan de la vida, merced á la mórbida influencia de tales historias, con el más profundo desaliento, como almas heridas que aspiran á la liberación de sus esperanzas. El articulista cita cartas de un jovencito de doce años que «vierte lágrimas sobre su pasado» y deplora «la despiadada inestabilidad efímera de la vida humana». ¿Qué extraño es que con estas ideas se muestren luego indiferentes á los progresos y á la prosperidad del país? Nunca creyera, bien que sólo he conocido japoneses de circo, que allá en Mikado se dedicaran á otra cosa que á fabricar palillos de dientes y centros de sala con incrustaciones. Pero ¡ahl que la mala hierba cunde hasta en tan *lejanas tierras*.

EN la *Revue Bleue*, el admirable Mauricio Maeterlinck, escribe un primoroso artículo sobre *El Templo del Azar*. Después de describir los alrededores de Monte-Carlo, pinta las elegancias de aquellas salas *banalmente magníficas*, y los *fieles* de aquel extraviado culto en torno á las mesas, oprimiéndose con el ansia de la suerte esperada. Es aquél, dice, el lugar de los dramas mudos, de los combates interiores sofocados, de las desesperaciones que no estallan en voces, de las tragedias disfrazadas con la máscara del silencio, de

los destinos que se fraguan en una atmósfera de mentiras que absorbe todo ruido... Ante este espectáculo, comprendemos que el hombre, con todo su orgullo y todas sus esperanzas, se reconozca incapaz de saber nada.

El azar, concluye el célebre dramaturgo, es, á la verdad—y dándole la interpretación que los jugadores le dan,—un Dios que no existe. Cada uno de ellos le atribuye leyes, costumbres, preferencias contradictorias y puramente imaginarias. Sería cosa de nunca acabar el que pretendiésemos resumir todo el ilusorio *Corpus Juris* de la ruleta.

GUSTAVO Kahn, el amable poeta de *Les Palais Nonmades*, titula un artículo publicado en el último número de *La Revue* (15 de Abril), *Las obras póstumas de Paul Verlaine*. El pobre autor de *Parallèlement*, dejara inédita una colección de poesías que pensaba publicar. Le había puesto un título vago; pero que daba bien á comprender el carácter del libro: *Varia*. Eran fragmentos reunidos de poesías diversas, escritas en las etapas de sus viajes de vagabundo, sin orden, sin un sentimiento común que las ligase. Tenía también anunciados otros dos libros: *El Libro de Ester* (no presumamos que fuesen versos de matiz *raciniano*), y el *Libro Póstumo*, de que la *Revue Parisienne* ha publicado algunos fragmentos. Pero estos dos últimos no podemos apreciarlos en su integridad; sólo *Varia* constituye la cláusula esencial del testamento poético de Verlaine.

Las sensaciones de viaje que componen el volumen rotulado *Varia*, son de lo mejor que Verlaine ha hecho. *Monna Rosa* y *Le Charme du Vendredi Saint* son comparables sólo con algunos pasajes de *Fêtes Galantes*.

EL eminente crítico Jorge Pellissier nos habla de Henri de Regnier, el celebrado autor de *La Cité des Eaux*, á propósito del «*Mariage de minuit*.»

El autor de *Les Amants singuliers*, que, como poeta, es uno de los mejores, uniendo las tradiciones de la antigua poesía declamatoria y pintoresca, con las tendencias del simbolismo hacia la música en la poética, escribiendo ahora novelas y cuentos, se muestra como un gran prosista. Pellissier aprecia como la mejor obra de Regnier, la última «*Le Mariage de minuit*.»

«*Le Mariage de Minuit* no es lo que comunmente se llama un libro bien hecho, escribe. Pero haciendo caso omiso de lo superficial é incoherente que la obra tiene, hemos de confesar que es encantadora y agradable. Narrando Henri de Regnier, es fácil, elegante, claro: recuerda á los mejores cuentistas de los siglos XVII y XVIII, con quienes se comprende que ha vivido familiarmente. El estilo en esta novela es lo más encantador; difícil será poder dar á entender toda su gracia, ligereza y animación.»

Juzga que no eran estas cualidades las que distinguían sus primeras obras en prosa. Los *Contes á soi-même*, aún

conteniendo muchas páginas excelentes, llegaban á ser un galimatías... precioso. Y aún los mejores pasajes eran algo amanerados. Bien que sólo se les puede considerar como un ejercicio de estilo.

EN *L'Ermitage*, Eurique Cellerier habla de dos poetas: Alberto Cerlande, un provenzal muy artista, y Leo Larguier, un labrador aficionado á la lírica, que ama la vida robusta, la gloria y la tradición clásica.

OTTO Frommel en *Deutsche Rundschau*, resume en algunas páginas la carrera artística de Gustavo Frenssen, el novelista más popular de la Alemania actual. El tal novelador, es un acérrimo idealista, que pone en boca de uno de sus personajes, las siguientes frases: «Hay que estudiar, para describirlo, lo que es bello, fuerte y sano; de suerte que, acabada la lectura, se respire como cuando sopla el viento del Oeste, y se diga: «¡Oh, que refrescante era esto!» Que cuando dejemos un libro de la mano, nos sintamos rejuvenecidos y grandes; así como cuando desde la torre de una catedral contemplamos abajo la pequeñez de los hombres, entre los cuales sólo se destaca, con su alta estatura, su andar rítmico y su mirar claro, el gran Sigfredo!»

¡Hermosas palabras de resurrección!

EN la *Revue Blanche*, de 1.º de Abril, Yvan Strannik nos expone la *condición social de las letras rusas contemporáneas*.

Hasta la guerra de Crimea, la literatura rusa, semejaba á una de esas princesas de los cuentos de hadas, prisioneras en su torre de marfil. Desde esa época, ha entrado en la vida civilizada, ha discutido las cuestiones palpitantes. Después de la abolición de la esclavitud, hubo como una explosión de sentimientos generosos, poco coherentes, perjudiciales alguna vez, en fuerza de su exaltación, dolorosos en su vehemencia. En ningún país está el escritor tan profundamente convencido de la importancia y utilidad de su obra, tan resuelto á llevarla á cabo, cueste lo que cueste; al arte por el arte, que para él no tiene valor alguno, opone «el arte por la vida...»

NOTAS FINALES

Desde el número próximo, y creyendo que la *Crónica* es en nuestra Revista algo muy interesante, procuraremos robustecerla con las firmas del Sr. Pérez Triana, literato distinguidísimo y cuya competencia en asuntos internacionales es bien notoria, y con la de D. Alvaro de Albornoz, que en Ciencias sociales es en España uno de los escritores más indiscutibles.

Publicaremos, asimismo, en el número de Junio, merced á la amistosa galantería del Sr. Navarro Ledesma, páginas inéditas, de aquel gran espíritu que en vida se llamó Angel Ganivet.

También contamos con la colaboración del eminente literato inglés R. B. Cunningham Graham, inimitable cuentista y hábil narrador de viajes y aventuras.

Ambrosio Pérez y Compañía, impresores.—Pizarro 16. Madrid.

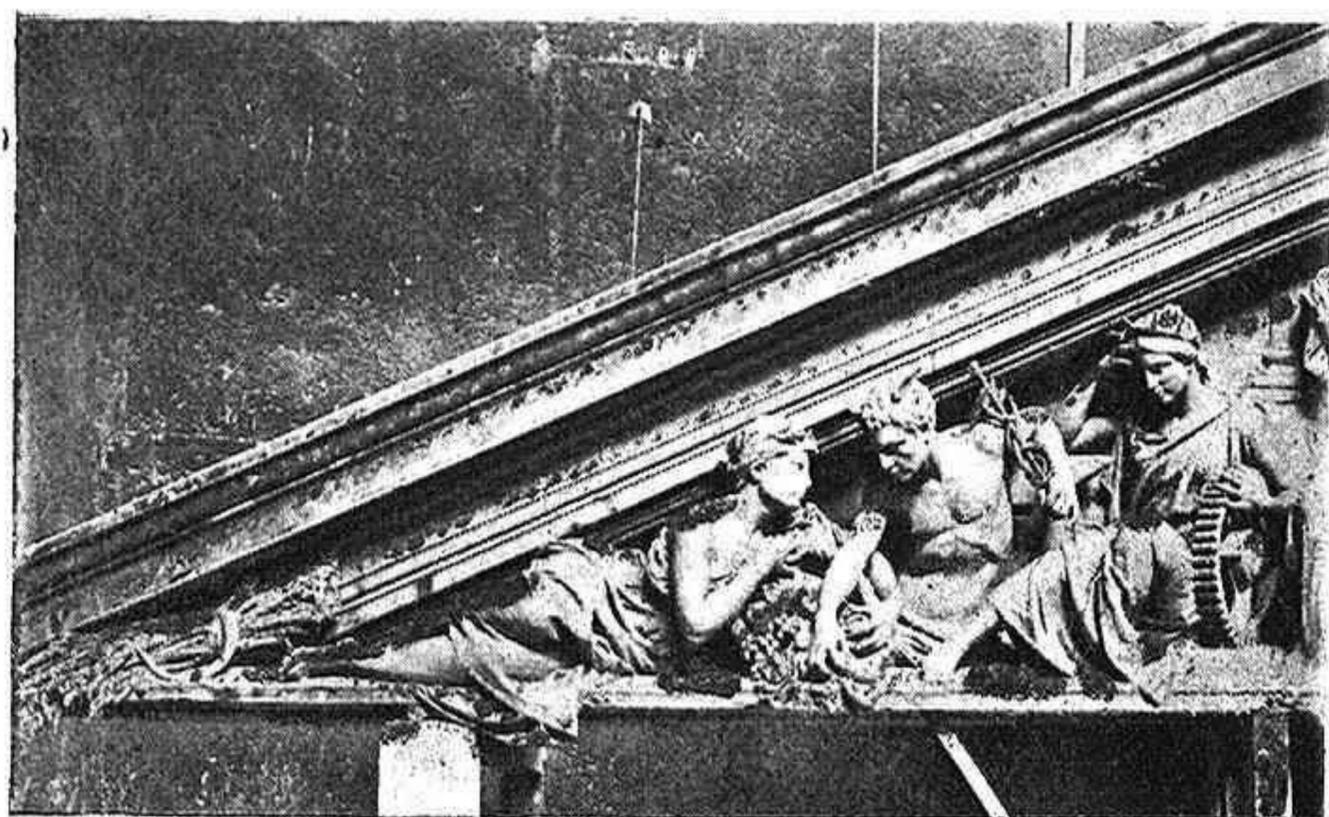
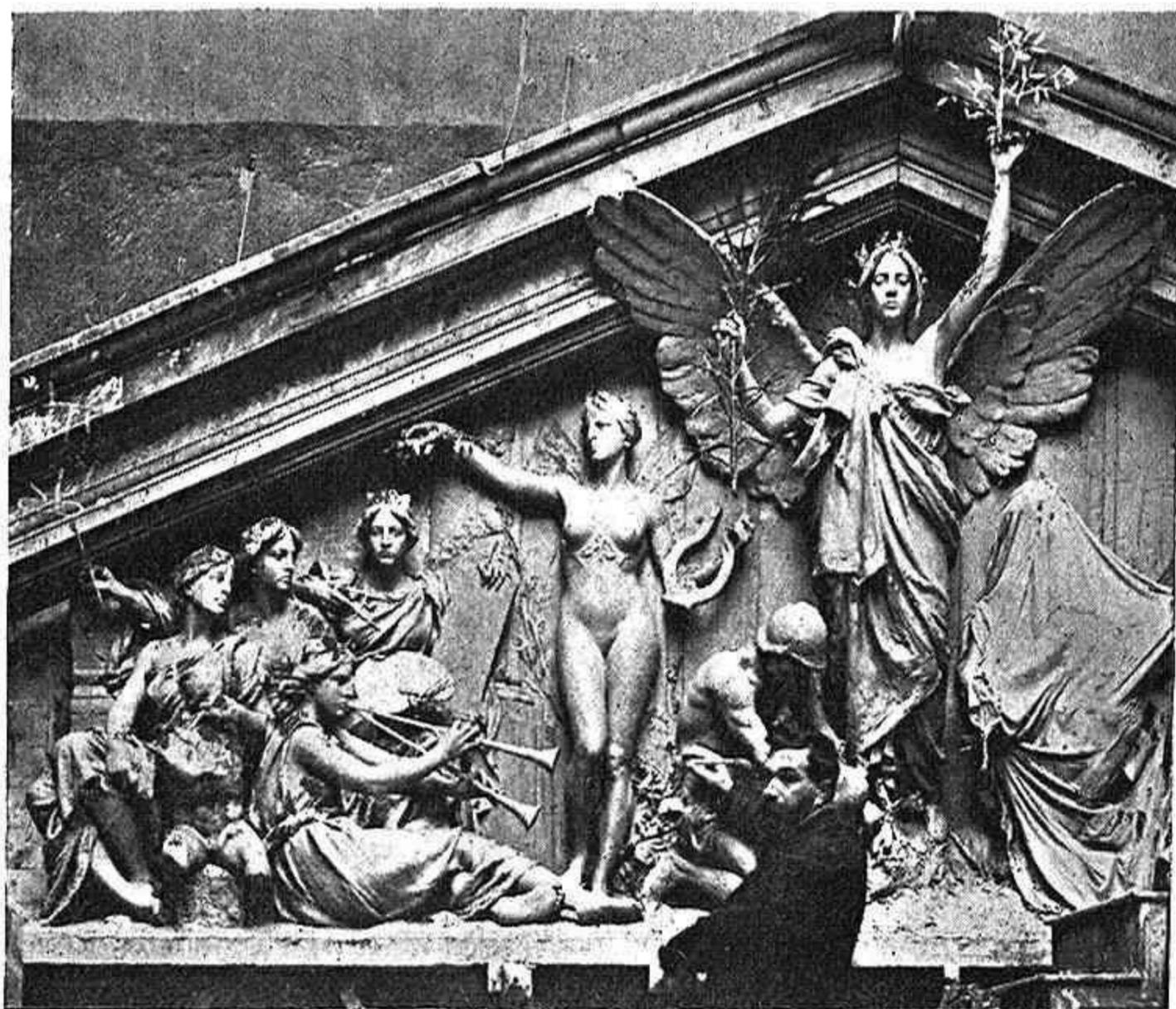


RETRATO DE AGUSTÍN QUEROL

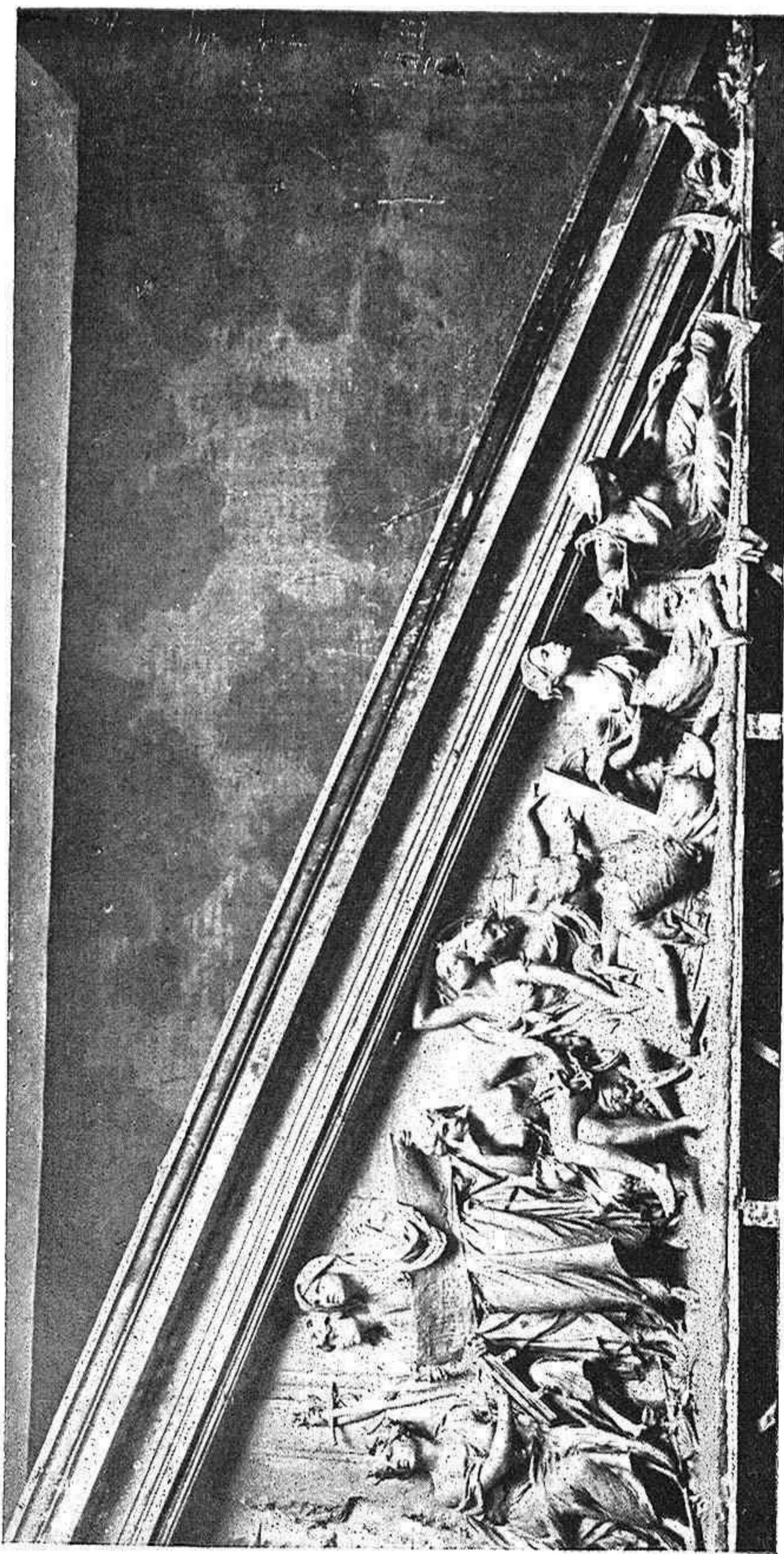
✧ ✧ POR EMILIO SALA ✧ ✧

•• HELIOS •• NÚM. II •• MAYO ••

•• •• SUPLEMENTO ARTÍSTICO •• ••



QUEROL ∞ FRONTÓN DEL PA-
LACIO DE LA BIBLIOTECA Y MU-
SEOS NACIONALES - FRAGMENTOS



☞ QUEROL ☞ FRONTÓN DEL PALACIO DE LA

BIBLIOTECA Y MUSEOS NACIONALES ☞ FRAGMENTO

